ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de *Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores* se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



William Arden

Misterio del Diablo Danzante

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 25

ePub r1.3
Titivillus 16.11.16

Título original: *Mistery of the dancing devil*
William Arden, 1976
Traducción: Ramón Margalef Llambrich
Ilustraciones: R. Escolano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Prólogo

¡Bienvenidos, amantes de lo misterioso!

Una vez más me han requerido para presentaros a ese trío de formidables jóvenes detectives conocidos con el nombre de *Los Tres Investigadores*. Y de nuevo he de admitir que su último caso merece toda vuestra atención. En pocas ocasiones he tropezado con un relato de un alcance histórico superior al presente, que oscila desde las bárbaras hordas del gran Gengis Kan hasta un grupo de modernos conspiradores. Raras veces, también, he dado con un caso más extraño. En el curso de la lectura de esta narración, tropezaréis con la monstruosa figura del Diablo Danzante, cuya fantasmal visión helará la sangre en nuestras venas. ¡Os lo garantizo!

Permitidme ahora que proceda a efectuar las presentaciones de rigor. Jupiter Jones, el Primer Investigador y mente rectora de la juvenil firma de detectives, es muy tenaz, una vez lanzado a la aclaración de un misterio, cualquiera que sea el final a que conduzca. Pete Crenshaw, el atlético Segundo Investigador, es más cauto a la hora de enfrentarse con el peligro, pero siempre resulta valeroso cuando se trata de prestar ayuda. Bob Andrews, sereno y estudioso, es el encargado de los archivos, obligación a la que hace frente con meticulosidad. Los tres chicos viven no lejos de Hollywood, en Rocky Beach, California, donde tienen su secreto puesto de mando… En fin, todo esto lo averiguaréis pronto, por vosotros mismos. Terminaré diciendo que las dotes perfectamente combinadas de estos tres muchachos les han permitido solucionar algunos casos extraordinarios.

Y ahora, si tenéis valor para enfrentaros con el Diablo Danzante, pasad al primer capítulo y comenzad a leer.

ALFRED HITCHCOCK

Capítulo 1

La muñeca volante

—Vosotros sois detectives —dijo, nerviosa, la pequeña pelirroja—, y podréis encontrar a Anastasia. Quiero que trabajéis para mí.

La chica les tendió su gordezuela mano, en cuya palma se veía una moneda de cincuenta centavos.

Pete Crenshaw se echó a reír.

—Nosotros no nos dedicamos a buscar muñecas, Winnie.

—Los casos de que nos ocupamos son más importantes —añadió Jupiter Jones.

Bob Andrews miró sonriente a la pequeña vecina de Pete, una niña de seis años de edad.

—De todos modos, apostaría cualquier cosa a que has perdido la muñeca en tu casa.

—Seguro —corroboró Pete—. Vete a casa y búscala mejor, Winnie. Nosotros ahora tenemos que llevarnos el proyector de cine de mi padre para que lo arreglen.

Los tres chicos, muy conocidos en Rocky Beach, California, como el juvenil equipo de detectives los Tres Investigadores, habían dedicado la primera mañana de sus vacaciones de primavera a poner un poco en orden el garaje de Crenshaw. Acababan de dar fin a este trabajo y se disponían a llevar el proyector de cine del señor Crenshaw a un taller de reparaciones, en el momento en que Winifred Dalton franqueó el alto seto de la casa vecina para plantarse ante ellos en solicitud de ayuda.

—Sentimos mucho que hayas perdido tu muñeca —prosiguió diciendo Pete—. Pero ocurre que mi padre quiere ver reparado este proyector con toda urgencia. Tenemos que irnos, Winnie.

—¡No es que se me haya perdido Anastasia! —exclamó Winnie —. La muñeca huyó. La tenía acostada en su cama, en el patio, ¡y salió volando!

Jupiter miró a la niña, parpadeando.

—¿Que salió volando…?

—Vamos, vamos, Winnie —le interrumpió Pete—. No nos vengas con cuentos. Bueno, no querrás que mi padre se enfade con nosotros, ¿eh?

—No —repuso Winnie, poco convencida y empezando a sollozar —. ¡He perdido a Anastasia para siempre!

—No llores, Winnie —dijo Bob—. Ya verás cómo la encuentras…

Jupiter frunció el ceño.

—¿Qué es eso de que Anastasia salió volando? ¿Qué quieres decir?

—¡Salió volando! —insistió Winnie, pasándose el reverso de ambas manos por las mejillas para limpiarlas de lágrimas—. La dejé en su cama, en el patio, anoche, y, al ir a acostarme, me asomé por la ventana, y la vi entonces que remontaba el vuelo para dirigirse a un árbol. Mi papá estuvo buscándola esta mañana. ¡Ha desaparecido! ¡No volveré a verla más!

—Bueno, quizá podamos echar un vistazo —admitió Jupiter.

Pete profirió una especie de gemido.

—Tenemos que llevar el proyector al taller, Jupe.

—Las muñecas no vuelan —puntualizó Bob.

—Es verdad —reconoció Jupiter. El Primer Investigador del trío parecía estar pensativo—… Y por eso, precisamente, vamos a echar un vistazo a ese árbol. Es algo que nos llevará poco tiempo.

Winifred se secó las lágrimas, sonriendo.

—Os enseñaré dónde es.

Los chicos la siguieron hasta el otro lado del seto, entrando en la casa vecina. El árbol era un viejo aguacate que quedaba cerca de la calle, junto a la valla emplazada delante de la finca. Algunas de sus más gruesas ramas colgaban sobre el patio de los Dalton, quedando a escasa altura del suelo. Winifred señaló un punto.

—Ahí era donde Anastasia estaba durmiendo.

Los chicos inspeccionaron el espeso follaje, moviéndose por entre los verdes frutos del viejo árbol. Luego, pisaron con atención el grueso lecho de hojas.

—En este árbol no hay ninguna muñeca —declaró Pete.

—En el suelo tampoco hay nada —informó Bob.

Jupiter se trasladó al otro lado de la valla, a la calle. Una vez allí pudo comprobar que el aguacate arrancaba de un estrecho macizo de flores situado enfrente de la cerca. Se aproximó y estudió el blando terreno.

El jefe de los Tres Investigadores llamó a sus amigos. Apartando a un lado y a otro las ramas, Bob y Pete se encaminaron a la valla y se asomaron por encima de ésta. Jupiter estaba señalando algo. En la base del árbol se veían cuatro claras huellas, correspondientes a unos zapatos de lona con suela de goma, menudos y estrechos.

Jupiter observó, hablando lentamente:

—Yo diría que alguien trepó por este árbol recientemente, alguien bajito y que calzaba zapatos de lona.

—Habrá sido algún chiquillo —manifestó Pete—. Eso es una cosa que hacen a diario los chicos de por aquí.

—Cierto —convino Jupiter—. Pero también es posible que alguien trepara por el árbol, valiéndose de una de las ramas más bajas para llegar hasta el patio y coger la muñeca que estaba en el suelo.

—Bueno —objetó Pete, con un gesto de extrañeza—, pero en la oscuridad eso jamás podría dar la impresión de que la muñeca había empezado a volar…

—Además —dijo Bob—, ¿qué interés puede tener para nadie la muñeca de una niña?

Jupe se encogió de hombros y se trasladó al lado opuesto de la valla. En este preciso instante, una mujer de rojos cabellos salió de la casa de los Dalton. Tenía el aire de Winifred.

—¡Winnie! ¡Peter! ¿Qué estáis haciendo ahí?

—Estamos buscando a Anastasia, mamá —repuso Winnie—. Son detectives.

La señora Dalton sonrió mientras avanzaba.

—Desde luego. No me acordaba. —Movió la cabeza, dubitativamente—. Anastasia indudablemente ha desaparecido, chicos.

—¿Está usted segura de que la muñeca fue robada, señora Dalton? —inquirió Bob.

—Al principio, no lo pensé así. Después, no obstante, cuando el padre de Winnie terminó de buscar por toda la casa, dimos cuenta del hecho a la policía.

—¿Y qué dijo la policía? —preguntó Jupiter.

—Los agentes estaban muy enojados. Al parecer, anoche hubo una serie de robos en esta manzana.

—¿Robaron otras muñecas además de la suya? —quiso saber Jupiter.

—No. Desaparecieron un taladro, varias herramientas, un microscopio y unas cuantas cosas más de las que ya no me acuerdo. No eran útiles de gran valor.

Reynolds, el jefe de policía, afirma que todo es obra de algunos jóvenes gamberros.

—A ciertos tipos de cabeza hueca les parece que esto de robar es una prueba de valor —declaró Pete.

—Pero, cuando son detenidos, siempre cambian de opinión —añadió Bob.

Jupiter se mostró desconcertado.

—Yo creo que esto debe ser cosa de unos cuantos chiquillos idiotas que roban para sentir grandes emociones…

De pronto, Winnie comenzó a llorar nuevamente.

—¡Yo quiero mi muñeca!

Pete miró a sus amigos.

—Tranquilízate, Winnie. Intentaremos dar con tu Anastasia. Conocemos a casi todos los chicos de la vecindad.

—Si lo lograseis nos haríais un buen servicio, muchachos —dijo la señora Dalton—. La policía tiene demasiado trabajo para ocuparse de unos robos de poca monta.

—Pero yo tengo que pedirles que trabajen para mí como en la televisión y les pagaré —indicó Winnie mostrando sus cincuenta centavos—. Aquí está el dinero.

Jupiter lo cogió solemnemente.

—Ya eres nuestra cliente, Winnie. Tú quédate en casa, esperando nuestros informes. ¿De acuerdo?

La pequeña asintió feliz, y los tres amigos volvieron al patio de Pete. ¿Por dónde comenzar aquella investigación? Casi inmediatamente decidieron que lo mejor era interrogar a sus condiscípulos, por si éstos tenían noticias de algunas actividades raras entre los chicos. De repente, oyeron la voz de la madre de Pete, detrás de la casa:

—¡Fuera de mi jardín! ¡Eh, usted! ¿Qué está haciendo? ¡Salga de

aquí!

—¡Vamos todos para allá! —gritó Pete.

Los investigadores echaron a correr alrededor de la casa, a tiempo de ver una extraña figura de grandes y negras alas… ¡que se elevaba por encima de la cerca posterior de la vivienda y se perdía de vista!

Los chicos se miraron mutuamente.

—¡Mis flores! —exclamó en un tono lastimero la madre de Pete —. ¡Las ha pisoteado todas!

Pero los tres amigos se habían desentendido por completo de las flores. Seguían con la vista fija en la valla, por donde la extraña figura se había desvanecido… Las «alas» de la negra figura eran una amplia capa. Al volver la cabeza, los chicos habían tenido ocasión de contemplar una huesuda faz en la que campeaba un frondoso bigote.



—Con seguridad que no se trataba de ningún chiquillo —puntualizó Pete.

Jupiter dio la vuelta, corriendo en dirección al garaje. Sus amigos le siguieron. Jupiter señaló el sitio en que dejaran el proyector del señor Crenshaw, en su estuche.

—¡El proyector ha desaparecido! —gritó.

Capítulo 2

Un misterio aclarado

—¿Para qué va a querer un ladrón el proyector del padre de Pete, la muñeca de Winnie y todas las otras cosas robadas? —Hizo una pausa el jefe de los Tres Investigadores—. Probablemente no necesitará ninguna de ellas…

Pete y Bob miraron boquiabiertos al Primer Investigador.

—Entonces, ¿por qué… —empezó a decir Bob.

—… las robó? —terminó Pete.

Habían transcurrido varias horas desde el momento en que el hombre pequeño de la capa escapara con el proyector del señor Crenshaw. Los Tres Investigadores se habían reunido después de cenar en su alojamiento secreto, un viejo remolque escondido bajo montones de chatarra, en un rincón del «Patio Salvaje» de los Jones. Atestado de muebles, cajones de archivo y equipos detectivescos de construcción casera, el remolque en cuestión constituía una buena base de operaciones perfectamente aislada. El tío Titus y tía Matilda, familiares de Jupiter y propietarios del «Patio Salvaje», hacía tiempo que no se acordaban de la existencia del remolque. Éste contaba con entradas secretas, y los chicos disponían hasta de un periscopio para inspeccionar desde dentro los alrededores. Estaban ahora congregados en su cuartel general para hablar de la serie de pequeños robos cometidos en la manzana de Pete.

Sólo de una cosa estaban seguros: los robos no habían sido cometidos por chiquillos. Tras la desaparición del hombre de la capa, los Investigadores habían encontrado sus huellas en el jardín de la señora Crenshaw. Estas huellas eran exactamente iguales que las vistas al pie del aguacate de Winnie Dalton. Pero ¿por qué había robado aquel hombre una muñeca y un proyector de cine?

—Es posible que sea un… un… ¿cómo se les llama a esas personas que roban sin ningún propósito, porque hay algo que las

empuja a apropiarse de lo que no es suyo? —preguntó Pete.

—Cleptómanas —apuntó Bob.

—¡Eso es! —exclamó Jupiter—. Ahora bien, el cleptómano no se dedica normalmente a ir por las casas, sustrayendo esto o aquello. Se apodera de objetos que ve en las tiendas y otros sitios públicos.

—Si no es un cleptómano, ni necesita para nada lo que roba —señaló Bob—, ¿qué es lo que pretende entonces?

—Yo me inclino a pensar —declaró Jupiter— que ese hombre busca algo.

Bob y Pete miraron fijamente al Primer Investigador. Sus rostros reflejaban una gran confusión, una profunda duda. Bob fue el primero en hablar.

—Pero, Jupe —dijo el chico, hablando lentamente, como si midiera sus palabras—, si anda detrás de algo, ¿por qué se dedica a robar cosas tan diferentes? Seguramente sabrá detrás de qué va y, si no le interesa nada de lo que toma, ¿por qué se lo lleva?

—Puede ser que ese hombre ande mal de la vista —sugirió Pete.

Bob profirió un gemido al oír las palabras del alto Segundo Investigador. Pete aportaba al grupo siempre más fuerza muscular que energía cerebral.

—Tendría que estar ciego para confundir una muñeca con un proyector de cine, o al revés —opuso Bob.

—De acuerdo —manifestó Pete—. Pues no serán las cosas lo que busca, sino algo que puedan contener. Debe de saber que lo que le interesa ha sido escondido en alguna parte, pero no sabe exactamente dónde.

—Como en nuestro *Misterio del gato de trapo* —asintió Jupiter—. No obstante, continuamos con el mismo enigma… Si suponemos que el ladrón sabe lo que se hace, en todas las cosas robadas buscará lo mismo. *Probablemente, todas tienen algo en común*.

—¡Un proyector de cine y una muñeca! —exclamó Bob, incrédulo.

—Tiene que haber algo —insistió Jupiter—. Sus robos deben de hallarse relacionados entre sí de una manera u otra. Hay que ampliar nuestras investigaciones.

—¿Es eso todo, Jupe? —dijo Pete—. Tenemos la muñeca de Winnie, el proyector de mi padre, y las cosas que figuran en la lista que la policía te entregó… —Cogió el papel que Jupiter tenía sobre

la mesa—. Un taladro eléctrico, un microscopio, un barómetro, un equipo de modelar y un equipo para pulir piedra… Todo ello fue robado en mi manzana.

Cuando Pete hubo terminado de leer la lista, los tres jóvenes detectives se miraron mutuamente. Permanecieron callados durante algún tiempo.

—No todos son utensilios eléctricos —señaló Pete, por fin.

—No todos son instrumentos —dijo Bob.

—No todas las cosas son muñecas —comentó Jupiter—. Ni son propietarios de ellas chiquillos. —Quedóse en actitud reflexiva antes de añadir—: ¿Será, quizá, que fueron compradas todas en el mismo sitio?

Bob movió la cabeza, denegando.

—No se puede comprar en el mismo sitio un barómetro y una muñeca —objetó.

—Mi padre, por otro lado, compró su proyector en Nueva York, hace unos años —declaró Pete, con un suspiro—. Yo no acierto a dar con ello, Jupe.

—Algo tienen que tener en común esos objetos —Jupiter se mostraba insistente—. Será algo muy simple. ¡Vamos, amigos! Pensad en esto.

Cada uno expuso una idea.

—Son cosas todas ellas sólidas —sugirió Pete—. Quiero decir que no son líquidas.

—Eso nos va a servir de mucho —ironizó Bob.

—Hemos de calibrarlo todo —apuntó Jupiter—. De acuerdo, se trata de objetos sólidos. ¿Son de metal? No. ¿Tienen el mismo color? No. Y luego…

—Son cosas pequeñas, fáciles de llevar de un lado a otro —le interrumpió Bob.

Jupiter se puso en pie de un salto, con los ojos encendidos.

—Fáciles de llevar… Esto podría ser. Salgamos de aquí. Hemos de hablar con Winnie Dalton.

Jupiter estaba levantando ya la portezuela que había en el piso del puesto de mando de los Tres Investigadores. Sus amigos sabían que lo mejor era callar en aquellas circunstancias. Jupe no se detenía a dar explicaciones cuando empezaba a seguir un rastro. Pete y Bob le siguieron a través del túnel dos, una larga tubería de

grandes dimensiones que conducía por debajo del remolque y los montones de chatarra, hasta la puerta del taller de Jupiter. Una vez aquí los chicos cogieron sus bicicletas y se encaminaron a la manzana de Pete. Jupe iba delante. Dejaron atrás el patio de Pete y se dirigieron a la puerta de la casa de los Dalton. Llamaron al timbre y se plantó ante ellos la señora Dalton, en compañía de Winifred, embutida en un pijama.

—¡Habéis encontrado a mi Anastasia! —exclamó la pequeña.

—Todavía no —contestó Jupiter, moviendo la cabeza a un lado y a otro—. Winnie: tú nos dijiste que Anastasia estaba *en su cama* cuando echó a volar hacia el aguacate. ¿Qué clase de cama es?

—La suya —replicó Winnie—. Ella siempre…

Jupiter saltó impaciente:

—Sí, pero ¿cómo es esa cama? No es una cama normal, ¿verdad?

Medió la señora Dalton:

—No, Jupiter. La hizo mi esposo para Winnie, aprovechando una caja vieja.

—¿Una caja negra? ¿De unos veinticinco centímetros de altura? ¿Semejante a un pequeño baúl, con un asa arriba?

—¡Parecida al estuche del proyector de mi padre! —exclamó Pete.

—Sí, sí, muchachos —dijo la señora Dalton—. Así es.

—Gracias. —A Jupiter le brillaban muchos los ojos—. No tardarás en volver a vernos, Winnie.

Los investigadores montaron en sus bicicletas para trasladarse al patio de Pete y a su garaje. Todavía había suficiente luz para que allí se pudiera ver. Bob se mostró exultante.

—Todos los objetos robados pueden ser llevados en cajas negras semejantes a la del estuche del proyector del señor Crenshaw…

—Sí —Jupiter sonrió, satisfecho de sí mismo—. Eso es lo único que la muñeca de Winnie podía tener en común con los otros objetos robados. Nuestro ladrón anda en busca de algo contenido en un estuche negro.

—¡Caracoles! —exclamó Pete—. Pero ¿de qué se trata?

—Bueno, no será… —comenzó a decir Jupiter.

En aquel instante, oyeron un ruido detrás del garaje.

Primero fue un sonido como de algo dando contra una madera;

luego percibieron un gruñido apagado; a esto siguió el ruido de una cosa en movimiento. Los chicos echaron a correr hacia la única ventana que daba a la parte posterior del resiento, a tiempo de ver desvanecerse una forma entre los espesos arbustos del patio trasero de Pete.

—¡El ladrón! —exclamó Pete.

Salieron por la puerta principal del garaje y se deslizaron cautelosamente a su alrededor en una oscuridad cada vez mayor. Pero ahora no observaron ningún movimiento, ni oyeron ningún ruido. Pete se agachó bajo la ventana del garaje. Cogió un pequeño objeto, que contempló atentamente.

—Es… es… ¡la zarpa de un animal! —tartamudeó.

Jupiter la asió.

—Yo diría que es la zarpa de un lobo… un lobo viejo, además. Debe de ser un amuleto…

—Estaba aquí bajo la ventana —explicó Pete—. ¡Alguien ha estado espiándonos, amigos! Alguien tenía interés por saber lo que hablábamos.

—Supongo que habrá sido el ladrón de la capa —aventuró Bob.

Jupiter movió la cabeza.

—No. Ese hombre era demasiado alto. Es posible que haya más de una persona que vaya en busca de un estuche negro… y lo que pueda contener.

—Y ahora ya saben que nosotros hemos descubierto qué es lo que tratan de encontrar —subrayó Pete, sombrío.

—Sí —convino Jupiter. Sus ojos parecieron brillar en la oscuridad—. El desconocido, quien sea, está informado, y gracias a ello lo atraparemos. Haremos lo necesario para que venga a parar a nuestras manos.

—¿Y cómo lograremos que…? —empezó a decir Pete, dudoso.

—Probablemente él no nos perderá de vista, y estará pendiente de lo que ocurra en esta manzana —explicó Jupiter—. Nos moveremos como si anduviésemos buscando esa caja negra… ¡Y daremos con ella! Nos conduciremos como si la hubiéramos hallado y…

—¡Una trampa! —exclamaron Bob y Pete, a un tiempo. Jupiter sonrió.

—Sí. Montaremos una pequeña trampa para atrapar a nuestro

ladrón… ¡o a nuestros ladrones!

Capítulo 3

La trampa se dispara

Una espesa niebla llegaba aquella noche desde el puerto y el océano Pacífico. Las calles de Rocky Beach estaban en silencio. Brillaban fantasmalmente las luces de dos solitarias farolas.

Ladró un perro en la lejanía.

Durante un buen rato, no se observó el menor movimiento por allí.

Luego, Pete apareció en la abierta puerta del garaje de los Crenshaw, cuya luz había sido encendida. El Segundo Investigador, chico de buena talla, se paseaba de un lado para otro contemplando la mal iluminada calle, como si esperara algo. De vez en cuando volvía la cabeza y fijaba la vista en unas cuantas cajas negras. Habían sido reunidas horas antes por el grupo, y eran claramente visibles para cualquiera que quisiera mirar por allí.

De repente, Jupiter y Bob llegaron corriendo provenientes de la parte superior de la manzana. Eran portadores de otra pequeña caja negra. Veíaseles excitados al avanzar por entre la niebla en dirección a la casa de Pete.

—¿Qué pasa? —inquirió Pete.

Bob y Jupiter se aproximaron a él.

—¡Jupe cree que la hemos encontrado! —gritó Bob.

—Espera, espera a que la veamos bien —añadió Jupiter jadeante.

Dentro ya del garaje, los tres chicos se congregaron ansiosamente en torno a la pequeña caja negra que Jupiter acababa de dejar en el suelo. El obstinado jefe del trío abrió la caja y miró a Pete, muy excitado. Éste estudió su interior, muy interesado.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Esto ya es algo! Jupiter elevó la voz.

—Tengo la seguridad de que es lo que el ladrón andaba buscando.

—Yo también estoy convencido de ello —manifestó Bob—. ¿Qué vamos a hacer con eso, Jupe?

—Pues… —Jupiter pareció reflexionar—. Ya es tarde. Hace una hora que debía haberme presentado en casa. Guardaremos la caja en este garaje y mañana por la mañana la llevaremos a la jefatura de policía.

—Sí, se ha hecho muy tarde —convino Pete.

—Yo también tengo que irme a casa —admitió Bob—. Mañana, a primera hora, nos pondremos al habla con los agentes.

Después de colocar la caja negra sobre el banco de trabajo, apagaron la luz.

Salieron del garaje, cerraron la puerta y echaron el candado. Bob y Jupiter montaron en sus bicicletas. Tras haber hecho un gesto de despedida a Pete, se pusieron en marcha y se perdieron de vista al doblar la esquina de la manzana. Ya solo, Pete entró en su casa.

La calle, casi a oscuras y saturada de niebla, se quedó silenciosa de nuevo.

Pero después de haber doblado la esquina, cuando ya nadie que hubiera estado observando momentos antes lo que ocurría en el garaje podía verlos, Bob y Jupiter se apearon de sus bicicletas y las dejaron entre las sombras de unos cuantos eucaliptos. Sin hacer el menor ruido, los chicos se deslizaron a lo largo de los patios posteriores de las casas correspondientes a la manzana de Pete. Llegados al de los Dalton, junto a la casa de Crenshaw, treparon por el muro y se apostaron junto a un seto que separaba parte de la finca de Winnie del camino interior de la vivienda de Pete.

La puerta del garaje, ahora a oscuras, quedaba justamente al otro lado del seto.

Lentamente, los dos investigadores se deslizaron por detrás del seto. Estaban perfectamente escondidos, pero en condiciones de lanzarse en el momento en que fuese preciso sobre el camino interior de la finca de Pete. En la ventana de su habitación que daba al garaje, Pete se abotonaba el pijama. Por unos momentos el Segundo Investigador permaneció allí, bien visible, bostezando varias veces. Luego, se apagó la luz del cuarto.

En la noche cargada de niebla, nada se movió.

Así transcurrió media hora. Bajo el seto, Jupiter sintió que la pierna izquierda comenzaba a dormírsele. Bob se esforzó para evitar

un castañeteo de dientes.

Hacía frío. Un gato avanzó sigilosamente por entre los cubos de basura, en el patio de los Dalton. Pasaron dos hombres por la calle, hablando en voz alta, pero no se detuvieron. Sus palabras se desvanecieron progresivamente un bloque más abajo.

Jupiter empezó a pensar que su plan no iba a dar ningún resultado. El ladrón no se presentaba. Y los padres de Pete, que se habían ausentado aquella noche, podían estar de vuelta de un instante a otro y dar al traste con su proyecto.

Bob continuó temblando de frío. A Jupiter se le cerraban los ojos. Y luego…

—¡Jupe! —susurró Bob.

Un hombre apareció al principio del camino. La luz de la calle perfilaba su figura.

¡Era el ladrón de la capa, el hombre del bigote!

—Lo veo —contestó Jupiter, también en voz baja.

El hombrecillo, aparentemente muy nervioso, miró a su alrededor. Seguidamente, echó a andar hacia el garaje. Jupiter habló apresuradamente:

—Recuérdalo bien… Primeramente lo dejaremos entrar, y enseguida cerraremos la puerta desde fuera. Tú te encargas de la ventana posterior y yo de la puerta principal mientras Pete llama a la policía.

Bob asintió. Los dos chicos vieron que el ladrón esgrimía una herramienta sacada de un bolsillo de la amplia capa y hacía saltar el candado. A continuación penetró en el garaje. Jupiter se puso en pie rápidamente.

—¡Ahora, Bob! ¡Deprisa!

Nada más separarse del seto… ¡un brillante rayo de luz dio directamente en sus ojos!

—¿Qué es esto? —gritó Bob.

Cubrieron se los ojos con las manos. La luz provenía del lado del garaje más próximo al seto.

Después, la luz desapareció y un fantasmal ruido pareció retumbar en la noche… Era un sonido escalofriante, como el gruñido de una bestia salvaje.

El sonido provenía del mismo punto que la luz cegadora. Al mirar los chicos, muy asustados, hacia el espacio comprendido entre

el garaje y el seto, apareció allí de pronto una faz bañada en un fantasmal destello luminoso.

¡No era un rostro humano! Vieron la cabeza de un animal, de hirsutos y negros pelos, de ojos enrojecidos, con una enorme boca muy abierta mostrando unos afilados colmillos. Unos largos cuernos salían de la maciza cabeza, hacia los lados, y en su parte superior había un manojo de cabellos. La bárbara cara, los salvajes dientes, centelleaban como si hubieran sido de fuego en el círculo de luz.

—¡Jupe! ¡Bob!

Paralizados, los dos chicos contemplaron aquel rostro demoníaco… Y luego, la luz se apagó, desapareciendo la terrible faz.

Profundamente impresionados, los chicos se quedaron inmóviles.

Pete les estaba llamando desde la casa. El Segundo Investigador se había asomado a la ventana de su dormitorio y señalaba frenéticamente hacia el camino.

—¡Se ha apoderado de la caja! —aulló—. ¡Se nos escapa!

El ladrón había aprovechado los momentos de indecisión de Jupe y Bob para abandonar el garaje. Ahora se encaminaba ya hacia la calle, con la capa flotando sobre su espalda. Se llevaba la caja que los chicos dejaron en el garaje a modo de cebo para su trampa.

Bob fue el primero en reaccionar.

—¡Procuremos atraparlo, Jupe!

Echó a correr, seguido por Jupiter. Pete se unió a ellos cuando llegaban a la calle. El Segundo Investigador señaló un punto, manzana abajo. El ladrón de la capa corría en dirección a un rojo «Datsun» estacionado en el lado opuesto de la calle. Los tres muchachos habían emprendido una veloz carrera… y Bob tropezó violentamente con un hombre que surgió en su camino.



—¿Qué ocurre aquí? —inquirió el desconocido con voz irritada, reteniendo a Bob por un brazo—. ¿No tenéis otra cosa que hacer que lanzaros sobre las personas que circulan por la calle?

Tratábase de un hombre delgado, de grisáceos cabellos, que llevaba unos lentes sin montura sujetos al chaleco de su elegante traje, también gris, mediante una cinta negra. Tenía un tic nervioso en el ojo izquierdo. Contempló a los chicos con el gesto de un profesor receloso.

—¡Ese hombre es un ladrón! —gritó Bob, señalando al hombre de la capa, que en aquel momento se acomodaba en el «Datsun».

—¡Y va a conseguir huir! —gimió Pete.

El «Datsun» arrancó y se puso en marcha con un rugido. Los muchachos y el desconocido lo vieron partir.

—Ésas son palabras mayores, jovenzuelo —dijo el hombre severamente—. ¿Qué es lo que él robó?

—Una caja negra —contestó Bob, muy acalorado—. Y si usted no lo hubiese impedido, nosotros…

—¿Qué había en la caja? —quiso saber su interlocutor.

—¿En… en… la caja?

Jupiter intervino rápidamente.

—No podemos decir lo que contenía, señor.

—Ya. —El hombre pareció quererlos fulminar con su mirada—. Estáis entregados a algún juego juvenil, ¿eh? Bueno, os sugiero que regreséis cuanto antes a vuestras casas y que os dejéis de travesuras.

Echó a andar, muy digno. Jupiter fijó pensativamente la mirada en aquella figura, hasta que se perdió de vista.

—¿Vive ese hombre en tu manzana, Pete? —inquirió.

—No le había visto nunca antes —replicó Pete—. ¡Oye! ¿Piensas que nos retuvo para que el ladrón pudiera huir?

Jupiter asintió lentamente.

—Es posible, Segundo.

—¿Y qué será esa terrible cara que vimos, Jupe? También ayudó al ladrón. ¿Qué sería eso? —preguntó Bob.

Jupiter movió la cabeza, denegando.

—No lo sé…

—¿A qué cara te refieres? —dijo Pete.

Bob procedió a describir el fantasmal rostro que él y Jupiter vieran. Pete no había contemplado aquella visión por habérsela

tapado el garaje.

Pete tragó saliva.

—Habrá sido efecto de la niebla…

—Fuera lo que fuera —manifestó Bob, de mal humor—, ¡el ladrón consiguió huir!

—Tal vez no se haya salido con la suya —declaró Jupiter, mirando sonriente a sus dos amigos—. Precisamente, temiendo que algo pudiera salir mal, coloqué uno de nuestros radiobalizas en la caja negra. Con un poco de suerte, amigos, podremos seguir al fugitivo.

—Siempre que no ande muy lejos —se lamentó Pete.

—No creo que se haya alejado mucho de aquí —opinó Jupiter—. Lleva un par de días rondando esta manzana. Lo más probable es que se haya instalado por las inmediaciones. Lo averiguaremos enseguida.

Jupe sacó de un bolsillo uno de los radiogoniómetros localizadores de señales que había construido para el grupo y lo puso en marcha, en «recepción». Durante unos segundos, no oyeron nada. Después, empezó a sonar un persistente *bip*… *bip*… *bip*…

—¡Aquí está! —exclamó Jupiter, muy contento—. No se encuentra ni a tres kilómetros de nosotros.

Los Tres Investigadores corrieron en busca de sus bicicletas.

Capítulo 4

El Diablo ataca

El persistente *bip bip bip*… llevó a los chicos en dirección al océano Pacífico. La niebla les obligaba a desplazarse no muy rápidamente en sus bicicletas. Los tres avanzaban atentos a las señales indicadas y observando la flecha en el receptor de Jupiter.

—Estamos acortando distancias —manifestó Jupiter—. Al parecer, se encuentra cerca del puerto, en algún lugar de la playa.

Aquel localizador electrónico ofrecía dos facetas: los sonidos indicadores se hacían más fuertes y rápidos cuando la unidad receptora se aproximaba a la emisora; y además, una simple flecha señalaba en un cuadrante si los sonidos provenían de la izquierda, de la derecha o de delante. Había también una señal de emergencia —una luz roja que se encendía en el aparato cuando alguien pedía socorro desde el otro—, pero esto no tenía interés para los chicos ahora.

—Las señales van haciéndose más fuertes —comentó Pete al llegar a la playa.

—La flecha señala a la izquierda —añadió Bob, al echar un vistazo al cuadrante del dispositivo, en la cesta de la bicicleta de Jupiter.

Se alejaban del puerto. Los chicos enfilaron la carretera de la costa, en aquellos instantes desierta bajo la niebla. El tráfico era escaso. El lugar no resultaba acogedor para los paseantes y grupos juveniles que normalmente se veían por allí.

Los Tres Investigadores pedaleaban en silencio. El *bip*… *bip*… *bip*… del ingenioso dispositivo se tornaba cada vez más fuerte. También aumentaba el ritmo.

Al cruzar una zona con moteles, las señales perdieron intensidad de pronto, espaciándose más y más.

—¡Lo hemos dejado atrás! —exclamó Bob.

—Debe estar en uno de esos moteles —aventuró Pete.

—Es lo más probable —decidió Jupiter—. Ocultemos las bicicletas en alguna parte y empecemos a andar. Mucho cuidado ahora. Recordad que él ya nos conoce.

Los investigadores dejaron sus bicicletas en un grupo de arbustos de adorno situados entre dos moteles y comenzaron a caminar por la carretera en sombras. De nuevo, las señales se hicieron más fuertes y rápidas. La flecha del cuadrante apuntó ahora hacia la playa.

—¡Debe de andar por ahí! —puntualizó Jupiter.

Entre la carretera y la playa, medio oculto por la niebla, había un motel. Un rótulo parpadeante de neón pregonaba su nombre «Palm Court». Unas luminosas manchas de colores dejaban ver la fachada alternativamente. Tratábase de una pequeña construcción de una sola planta, en forma de U, de cara a la carretera. Había coches aparcados delante de casi todas las unidades. Los chicos estudiaron los vehículos, uno por uno. Pete, finalmente, movió dubitativo la cabeza.

—¡Caracoles, Jupe! —exclamó—. No veo el «Datsun» rojo.

En efecto, aquel coche no se encontraba allí, ni tampoco en las cercanías.

—¿Crees tú que habrá visto la radiobaliza y la habrá abandonado por estos lugares para engañarnos? —inquirió Bob.

—Siempre cabe tal posibilidad —convino Jupiter, inquieto.

—Ya se habrá dado cuenta a estas horas de que quisimos ponerle una trampa —indicó Pete—. Ha dispuesto de tiempo más que suficiente para abrir la caja y ver que sólo contenía un trozo de tubo de hierro.

—Sí —reconoció Jupiter, abatido. Seguidamente, su voz sonó con firmeza—. Sin embargo, no podemos darnos por vencidos tan pronto. Vamos a averiguar de dónde provienen esas señales.

Sin esperar a que los otros aprobaran sus palabras, el obstinado investigador echó a andar. Con los ojos fijos en su receptor, describió un círculo casi completo, seguido por sus amigos. La parte posterior del motel daba a la amplia playa. Los chicos avanzaban en silencio en la oscuridad, cerca de unas dunas y varias altas palmeras coronadas con jirones de niebla.

La flecha del aparato señaló inesperadamente una de las

unidades del motel.

—¡Ahí no hay luz, Jupe! —susurró Bob—. ¡No hay nadie dentro!

—¡Ha huido! —gimió Pete.

—Puede ser que haya tenido que ir a alguna parte, y que regrese… ¿Y si no hubiese llegado a abrir la caja siquiera? —preguntó Jupiter, esperanzado—. ¡Vamos!

Encogiéndose, el Primer Investigador se fue aproximando cautelosamente a la parte posterior de la unidad, en sombras. Pete y Bob producían una serie de crujidos característicos al pisar los menudos guijarros de la playa. La flecha del aparato de Jupiter continuaba señalando la misma unidad del motel y el ritmo de los sonidos se aceleraba enormemente…

—¡Al suelo! —ordenó Pete, de pronto, propinando un empujón a Bob y a Jupiter.

¡Alguien estaba abriendo la puerta de la unidad del motel!

Una flaca figura salió de allí y permaneció inmóvil un momento para girar luego lentamente como si pretendiera avistar algo. Su rostro quedaba escondido en las sombras más densas por la proximidad de las paredes de la construcción.

Los chicos contuvieron el aliento en aquellos instantes. Hubieran querido entonces fundirse con la arena.

El hombre sin rostro pareció erguir el cuerpo, estudiando la noche más detenidamente, como si hubiera acabado de ver u oír algo.

«¡Las señales!», pensó Jupiter, alarmado. Su mano apretaba el receptor contra la arena, pero los *bips* no quedaban del todo apagados. Buscó febrilmente el botón de parada y lo oprimió. Las señales dejaron de oírse. Lentamente, Jupiter respiró.

El hombre permaneció todavía unos segundos más en su puesto de observación. Tranquilizado ya al parecer, se encaminó a una de las esquinas del edificio.

Entonces, se deslizó por las cercanías de una farola que proyectaba una apagada luz.

—¡Jupe! —susurró Bob.

Acababa de ver al individuo del traje gris, al mismo que impidiera que atraparan al ladrón de la capa ante la manzana de Pete.

—¡Se había puesto de acuerdo con nuestro hombre! —señaló

Pete, muy nervioso.

—Así es, seguramente —contestó Jupiter en un leve susurro.

Los chicos permanecieron varios minutos tendidos en la arena. Como el hombre que había estado espiando no volviera, optaron por encaminarse hacia la esquina, tras él. Luego se deslizaron por entre la parte posterior y las secciones laterales del motel. Entonces vieron al sujeto, en el instante de acomodarse en su reluciente «Mercedes» estacionado frente a la oficina del establecimiento. El elegante vehículo no tardó en alejarse de allí.

Los Tres Investigadores volvieron a oscuras a la unidad del motel para mirar por entre las cortinas de la ventana posterior, corridas a medias. La habitación quedaba débilmente iluminada por las luces de color del patio que brillaban a través de las livianas cortinas de la ventana de la fachada. Allí dentro, al parecer, no había nadie… Se distinguían en cambio en el suelo unas oscuras formas.

—¡Ajá! —murmuró Jupe.

Puso una mano en el tirador de la puerta trasera y ésta se abrió. Pete y Bob le siguieron al penetrar el chico en la estancia.

—No pierdas de vista la fachada, Segundo —ordenó Jupiter.

El suelo estaba cubierto de cajas negras de menudo tamaño. Mientras Pete se apostaba junto a la ventana principal, Bob y Jupiter las examinaron.

—Aquí está todo, todo lo que ese individuo robó… —señaló Bob.

—Sí —convino Jupiter—. Incluso la muñeca de Winnie y nuestro pedazo de tubo de hierro. Y todavía no tenemos la menor idea sobre lo que anda buscando el ladrón… Bob: tú ve por la izquierda, yo iré por la derecha. Tratemos de dar con algún rastro que nos revele el objetivo de ese sujeto.

Pero la habitación del motel no contenía casi nada. No vieron maletas, ni ropas, ni nada que pudiera darles a conocer las intenciones del ladrón.

Pete habló desde la ventana principal.

—¡Estoy viendo un coche rojo! —anunció desde su puesto, tras las cortinas—. ¡Es el «Datsun» y se dirige hacia aquí!

—¡Salgamos! ¡Lo espiaremos desde fuera! —contestó Jupiter.

Unos momentos después se situaban bajo la ventana posterior.

Encendiéronse las luces y los investigadores pudieron ver claramente al menudo ladrón por vez primera. Era de corta talla, no superior al metro y medio; llevaba una raída chaqueta y unos arrugados pantalones de color marrón bajo la amplia capa. Tenía los cabellos grises y enmarañados, como si nunca se los hubiese peinado; su faz era delgada y estrecha, sus dientes pequeños y la nariz afilada; en aquella cara apenas se notaban los llorosos ojos. La faz del individuo en cuestión, detrás del frondoso bigote, recordaba la de un ratón.

Pete susurró:

—¡Caramba! Ese tipo no parece un ladrón.

—De categoría, desde luego que no —comentó Bob—. ¡Fíjate en lo nervioso que está, Jupe! Parece una rata asustada.

El recién llegado paseó la mirada por las cajas negras que había en el suelo. Algo le preocupaba… Frunció el ceño y arrugó la nariz como una bestezuela que husmea el peligro. Los chicos vieron que sus labios se movían, como si hablara para sí. Jupiter tocó con el codo a sus compañeros.

—Yo creo que sospecha que alguien estuvo en la habitación —indicó, apremiante.

—¡Pues vámonos de aquí cuanto antes! —respondió.

Se alejaron de la ventana, buscando el amparo de la duna más cercana. Flotaban jirones de niebla en el aire. Las altas palmeras parecían fantasmales centinelas a lo largo de la playa. En su escondite, los chicos conferenciaron.

—¿Por qué no intentamos capturarlo? —sugirió Bob—. Es un sujeto poco corpulento. Entre los tres podríamos dominarlo fácilmente.

A Jupiter no le agradó la idea.

—No. Sería buscarnos problemas. Lo de atraparlo en el garaje era una cosa muy distinta de lo que tú ahora propones. Podría estar armado. En un momento de desesperación quizás intentara algo peligroso.

—Pero tenemos que tomar una determinación…

—Supongo que ha llegado el instante de recurrir a la policía —decidió Jupiter—. Bob, da un rodeo y toma nota del número de la matrícula del «Datsun», por si lo perdemos de vista. Yo iré a telefonear al jefe Reynolds. Seguidamente volveré y…

—*¡Ggggggrrrrr…!*

Una figura espantosa se plantó en lo alto de la duna.

—El… el… monstruo… —tartamudeó Bob.

Bob y Jupiter fijaron los ojos en la salvaje faz que contemplaron en el garaje. De nuevo vieron sus largos cuernos, sus enrojecidos y centelleantes ojos, sus colmillos que brillaban como si fueran de fuego. Era una demoníaca forma de largos pelos, con las piernas y los brazos acolchados. Unos huesos colgaban de su cuello. Un cinturón rodeaba su cintura, pendiendo del mismo varias campanillas, hojas y mazorcas. Una piel de lobo cubría su pecho y su espalda. La cabeza del animal parecía ir a lanzarse sobre los chicos, con las fauces abiertas.

—¿Qué… qué… es… esto? —inquirió Pete, tembloroso. Antes de que Bob o Jupiter pudieran contestar, la bárbara y espectral figura empezó a danzar en la noche. Los objetos que colgaban de su cuello y de su cintura se entrechocaban, produciendo unos lúgubres ruidos. Lenta y pesadamente, aquel extraño ser proseguía su danza y echó a andar luego en dirección a los chicos.

—¡Corramos, amigos! —aulló Bob.

Capítulo 5

Pánico

Los Tres Investigadores echaron a correr desesperadamente por la oscura playa. El piso de guijarros y arena no facilitaba su huida.

—¡Busquemos la protección de esas rocas! —gritó Pete.

A su derecha había un saliente rocoso que cruzaba la playa y se adentraba en el mar y formaba una especie de rompeolas pequeño. Los Tres Investigadores se dirigieron allí, jadeantes. En el momento de alcanzar su objetivo volvieron la cabeza.

—¡Se… ha… ido! —comentó Bob, muy nervioso e incrédulo.

A sus espaldas, la playa se veía desierta. En aquellos parajes no se advertían más movimientos que los de los coches que utilizaban la carretera de la costa. Las luces de los faros se notaban muy mortecinas por efecto de la niebla.

—Estaba… estaba… allí —dijo Pete, boquiabierto—. ¿No es así?

—¡Pudimos verlo y oírlo! —exclamó Bob.

Jupiter se derrumbó sobre una roca, esforzándose por recobrar el aliento, tras la desenfrenada carrera.

—Es verdad. Lo vimos y lo oímos, pero… ¿qué es lo que realmente contemplamos?

Pete y Bob se tendieron en el suelo.

—¡Ah, no! —gimió Pete—. No se trataba de un fantasma. ¡Era algo real, Jupe! —El Segundo Investigador tragó saliva—. Ni siquiera sé lo que me digo…

—Yo no creo que fuese un fantasma, Segundo —manifestó Jupiter, todavía resoplando—. Aunque se dan ciertos fenómenos psíquicos que pueden recibir la denominación de fantasmas o espectros, éste…

—¿Se tratará de algún extraño truco, Jupe? —sugirió Bob—. ¿Habrá sido eso, simplemente, una ilusión de los sentidos?

—La figura se puso a bailar…

—No sé a qué atenerme —dijo Jupiter, caviloso.

—Era una especie de diablo —recordó Bob—, un diablo mitad animal y mitad humano.

—¿Quieres decir que nos encontramos ante un diablo? —preguntó Pete, sinceramente alarmado—. ¿Un diablo viviente?

—A mí me hizo pensar en las figuras de los diablos tribales —admitió Jupiter—. ¡Hum! Sea lo que fuere, estaba allí para asustarnos.

—Pero no por eso nos dejaremos intimidar; no por eso nos alejaremos de aquí, Jupe —señaló Bob, tercamente.

—Yo sí que me voy —declaró Pete—, ¡y lo más lejos posible!

Jupiter y Bob sonrieron en la oscuridad. Los dos sabían que Pete, con aquellas manifestaciones, sólo pretendía aliviar su tensión personal. Cuando llegaba el momento de pasar a la acción era Pete, generalmente, quien tomaba la iniciativa.

Los investigadores permanecieron sentados en las rocas durante un buen rato. De vez en cuando Pete miraba intranquilo a un lado y a otro, como si hubiera esperado ver a la demoníaca figura avanzando hacia ellos. Pero no sucedió nada…

—Bien. Hemos de organizarnos —anunció Jupe—. Os sugiero que salgamos a la carretera y que rodeemos seguidamente el motel. Sobre la marcha veremos cuál es el mejor modo de actuar. Mientras yo llamo a la policía, vosotros vigilaréis por si anda un segundo hombre por allí. Estoy convencido de que ha de haber dos ladrones. El hombrecillo de la capa nos dio en cierto momento la impresión de que monologaba en el cuarto… Me inclino a pensar que estaba dirigiéndose a alguien situado a su espalda, cerca de la puerta principal, donde, desde nuestro observatorio, no podríamos verlo.

—Quizás estuviera hablando al animal que nosotros vimos —apuntó Bob.

—¡Oh! —gimió Pete—. ¡Un animal adiestrado! ¡Lo que nos faltaba!

—No te preocupes, Pete —rió Bob—. Ese animal, o lo que fuera, ha desaparecido ya.

—¿Quién ha dicho tal cosa? —preguntó Pete—. ¡Mirad!

El terror se apoderó ahora de los tres amigos.

—*¡Grrrr…!*

En lo alto de las rocas, directamente sobre ellos, acababa de

aparecer la demoníaca figura. Una vez más contemplaron la cornuda cabeza, los centelleantes y enrojecidos ojos, la luminosa fila de colmillos y la cabeza de lobo que colgaba sobre el pecho. La visión dejó paralizados a los chicos. El monstruo empezó a danzar, a hacer raras cabriolas. Se entrechocaban los huesos pendientes del cinturón, sonaban unas campanillas que provocaron una oleada de terror en los testigos de la asombrosa escena. De repente, llegó a los oídos de los Tres Investigadores una fantasmal voz que parecía confluir en ellos y provenir de varios puntos a la vez:

—*¡Todos los que atentan contra los espíritus son destruidos!*

Esta voz quebró el hechizo y les sacó de su paralización. Poseídos por el pánico, se lanzaron en alocada carrera por la playa en sombras.

Bob tropezó con una gran piedra enterrada a medias en la arena, y cayó al suelo.

Pete y Jupiter oyeron el sordo golpe del cuerpo de Bob al dar contra la arena. Se detuvieron entonces, fijando la vista horrorizados en su camarada.

De las fauces de la salvaje aparición se escapó en aquellos momentos una espantosa risotada. El monstruo avanzó hacia el desvalido investigador.

—*¡Ya habéis sido avisados!*

Pete se agachó para coger una piedra, que arrojó con todas sus fuerzas contra el monstruo.

—*¡Ggggggrrrrr…!*

La salvaje forma hizo un alto, sacudiendo su maciza cabeza. Luego, se dispuso a saltar…

—¡Vamos Jupe! —gritó Pete, invitando a su amigo a imitarle.

Jupiter obró así. Al poco, una lluvia de piedras se abatía sobre el monstruo, mientras Bob se esforzaba por ponerse en pie.



—*¡Necios! ¡Ya habéis sido avisados!*

Hubo como un fogonazo, seguido de una nube de blanco humo… ¡y la figura se desvaneció!

Pete profirió una exclamación.

Bob, resoplando, se unió a ellos.

—Gracias, amigos. Creí por un momento que…

—¡Se ha esfumado! —comentó Pete—. De un modo misterioso…

—Echemos un vistazo —propuso Jupiter muy serio.

No de muy buen grado, Pete y Bob le siguieron hasta las rocas. Una vez en ellas miraron en todas direcciones. La aparición se había disuelto en la niebla de nuevo. Jupiter hincó una rodilla en el suelo.

—¡Cenizas! —exclamó, señalando un montoncito de polvo blanquecino—. ¡Cenizas calientes!

Aquel montoncito de polvo era todo lo que quedaba de la salvaje figura.

—Regresemos… regresemos a nuestras casas —sugirió Pete.

—Todavía no, Pete —contestó Jupiter, irritado—. Vamos a hacer lo que planeamos antes.

—¡Ah, no! —dijo Pete, atemorizado—. ¿Te refieres a lo… de volver al motel?

—Sí, Segundo. Y además voy a llamar al jefe Reynolds.

* * *

La policía llegó diez minutos después de haber telefoneado Jupiter. ¡Demasiado tarde ya, sin embargo! Al regresar al motel, Pete y Bob comprobaron que el rojo «Datsun» ya no estaba allí. En la habitación sólo quedaban las cajas negras robadas.

—El director del motel dice que a tu hombrecillo no le acompañaba nadie y que no dejó ningunas señas —informó el jefe Reynolds a los chicos—. Indudablemente utilizó una identificación falsa, muchachos. Procuraremos localizar su «Datsun». Probablemente en este momento se hallará a bastante distancia de aquí, pero lo encontraremos, ¡y no va a deshacerse de nosotros, desde luego, recurriendo a una treta de ilusionista!

Jupiter sonrió.

—Bueno, chicos, os habéis portado muy bien —continuó

diciendo el jefe Reynolds—. Aquí están todos los objetos robados, que serán entregados a sus dueños respectivos. Os felicito. Otro caso resuelto, ¿eh? En marcha. Os llevaré a vuestras casas.

—Gracias, señor —contestó Jupiter—. Pero tenemos aquí nuestras bicicletas. Regresaremos en ellas.

Los investigadores cogieron el proyector de cine del señor Crenshaw y la caja negra que contenía la radiobaliza electrónica de Jupiter. Pedalearon hasta el «Patio Salvaje» en silencio. Cuando Pete y Bob se disponían a separarse del Primer Investigador, éste les habló así:

—Mañana nos reuniremos lo antes posible. Este caso sólo quedará resuelto cuando la policía haya detenido al ladrón. Quizá sepamos algo dentro de pocas horas. Después trataremos de hacer averiguaciones sobre la demoníaca figura. ¡Tengo la seguridad de que no fue una ilusión de los sentidos!

—¿No… no era… un fantasma? —inquirió Pete, tembloroso.

—Tú le alcanzaste con una de las piedras y entonces el monstruo lanzó un grito y retrocedió, Segundo. Los fantasmas no suelen comportarse así.

—¿Quieres decir que era algo real? —preguntó Bob.

—Estoy seguro de ello —manifestó Jupiter—. Si bien, quizá, no pueda calificarse de humano…

Capítulo 6

Jupe formula unas deducciones

—Este caso no está terminado, ¡ni mucho menos! —anunció Jupiter —. En efecto, amigos, yo creo que no ha hecho más que empezar.

Los tres jóvenes detectives se encontraban en su remolque, reunidos, a la mañana siguiente. Después de haber desayunado apresuradamente, Bob y Pete se habían trasladado al Patio Salvaje. Jupiter se hallaba ocupado en aquellos momentos, escribiendo en un bloc que tenía sobre la mesa.

—Entonces, Jupe, ¿no logró la policía dar con el ladrón? —preguntó Pete.

—No consiguieron localizarlo, en efecto —repuso Jupiter—. Encontraron en cambio su «Datsun» abandonado en el centro de la población. Hace unos minutos estuve hablando con el jefe Reynolds. Me notificó que por el coche no podrán llegar a nada concreto. Fue alquilado por alguien que dio un nombre falso. Reynolds está convencido de que el ladrón ha salido de aquí. Pero yo no pienso igual. Y me imagino que no anda muy lejos.

—¿Por qué piensas así? —quiso saber Bob.

—Me figuro que el hombre no ha hallado todavía lo que buscaba. Recordaréis que todo lo robado se quedó en la habitación del motel —puntualizó Jupiter—. Además, si el ladrón hubiese dado con lo que buscaba, no se habría esforzado por asustarnos.

—Tal vez halló lo que le interesaba tras abandonar el motel —apuntó Bob.

—Eso es posible, pero no probable. El jefe Reynolds me ha notificado que han sido denunciados nuevos robos en la manzana de Pete. Podemos suponer con bastante fundamento que el ladrón insiste en su búsqueda.

—¿Y dónde estará lo que él desea encontrar? —inquirió Pete.

—Eso, Segundo, es lo que tenemos que descubrir.

—¿Cómo, Jupe? —preguntó Bob a su vez.

—Valiéndonos de la lógica y de la deducción —declaró Jupiter, un tanto afectadamente—. Reflexionemos… En primer lugar, ¿qué es lo que hasta ahora sabemos?

—Sabemos que el ladrón busca algo guardado en una pequeña caja negra.

El chico se quedó muy serio. Su gesto revelaba gran preocupación a causa de los robos ocurridos en la manzana de Pete.

—Además —subrayó Jupiter—, lo que busca no pertenece a ninguno de los que habitan dentro de la manzana de Pete.

Bob y Pete miraron a su amigo, inquisitivos.

—Me explicaré… Si bien nuestro ladrón sabe lo que quiere, evidentemente ignora *dónde* está y *quién* lo tiene. De saber *quién* lo tiene habría robado en un solo lugar. En cambio, nos consta que robó cajas negras en distintos puntos de la manzana.

Bob objetó.

—Si sabe lo que busca, ha de saber quién es su dueño…

—¡Ah! Él sabe quién es su dueño: ¡él mismo! —contestó Jupiter —. Al menos, estoy seguro de que fue el último en poseerlo.

Pete parecía sentirse cada vez más confuso. Bob, sin embargo, lo comprendió enseguida.

—¡Ah, ya! Quieres decir que se trata de algo que él *perdió*, naturalmente.

—Exacto —replicó Jupiter—. Es algo que perdió o que le fue robado.

Bob se quedó pensativo.

—El hombre no sabe quién se lo llevó o se lo encontró, pero está convencido de que se encuentra en la manzana de Pete.

Pete seguía debatiéndose en un mar de confusiones.

—Sin embargo, Primero, ¿por qué no pregunta? ¿Por qué no va de puerta en puerta, haciendo indagaciones? ¿Por qué no ha denunciado el hecho a la policía, si fue robado?

—Porque, aunque él fuera el último poseedor del objeto no creo, sencillamente, que le perteneciera —declaró Jupiter, con aire triunfal—. Ha obrado siempre ocultamente, husmeando aquí y allí, robando cajas, intentando asustarnos para que lo dejáramos en paz. El objeto buscado debe ser algo importante, algo probablemente de mucho valor, ¡algo que él robó en alguna parte!

—¡Caramba! —exclamó Pete—. ¡Lo robó y lo perdió!

—Sí, eso es lo que sucedió, a mi juicio.

Bob frunció el ceño.

—¡Caracoles, Primero! Yo no recuerdo ahora ningún robo de importancia en la población…

—Probablemente el robo no fue cometido en Rocky Beach —indicó Jupiter—. También pudiera ser que el robo en cuestión no haya sido descubierto aún. Sea lo que sea, nuestro ladrón de la capa parece estar muy interesado en recuperar lo que busca con la mayor rapidez posible.

—¡Pues tendremos que adelantarnos a él! —señaló Bob, muy excitado. A continuación, se dibujó en su rostro un gesto de abatimiento—. ¿Y cómo? Si él mismo no sabe *quién* tiene el objeto, ¿cómo podemos averiguarlo nosotros?

Pete añadió, hablando lentamente:

—Y si el ladrón ignora quién es el propietario actual, ¿cómo es que sabe que es una de las personas que habitan en mi manzana?

—Acabas de plantear el enigma que tendremos que resolver para poder atrapar a nuestro hombre —manifestó Jupiter.

Bob y Pete intercambiaron una mirada, como diciéndose que su inteligente amigo había perdido todo contacto con la realidad. Jupiter no se dio por enterado. El Primer Investigador les miró sonriente, tan satisfecho como un gato que hubiese acabado de engullir un sabroso canario.

—Bueno, Primero —dijo Bob, finalmente, sin advertir la astuta sonrisa de Jupiter—, ni siquiera sabemos por dónde podemos empezar.

Jupiter repuso, optimista:

—Sí que lo sabemos, ¡puesto que ya hemos empezado! —Inclinose hacia delante—. ¿Cuándo comenzaron los robos?

—Hace dos noches —contestó Pete. Jupiter asintió.

—Yo me Imagino que nuestro ladrón se percató enseguida de la pérdida que había sufrido e inició la búsqueda sin perder de tiempo. Pienso que extravió su caja negra poco antes, digamos que en las últimas horas de la tarde…

—¿En un punto próximo a la manzana de Pete? —sugirió Bob.

—Me figuro que sí —corroboró Jupiter—. Ahora bien, ¿cómo puede perder alguien una caja de valor, algo que se manipula

habitualmente con cuidado? Es algo, además, que nuestro hombre nunca olvidaría en circunstancias normales…

—Supongamos entonces unas condiciones anormales —dijo Bob.

—Claro —repuso Jupiter—. Tuvo que ocurrir cualquier cosa fuera de lo corriente, que quizá le asustara, que tal vez le hiciera actuar precipitadamente.

—¿Un enemigo que le perseguía? —sugirió Bob—. ¿El tipo flaco de los lentes raros?

—¿Le asustaría la policía? —ofreció Pete.

—Puede ser también que sufriera un accidente automovilístico —declaró Jupiter—. O que lo presenciara, mejor… abandonó su coche con la caja y luego volvió al mismo sin ella, y salió disparado para evitarse complicaciones.

—¡Dejando la caja en el lugar! —exclamó Bob—. Pero ¿cómo vamos a arreglárnoslas nosotros para…?

Pete resopló, mirando a Bob:

—Jupe nos ha engañado, Bob —dijo—. Él sabe que se produjo un accidente. Ha efectuado ya las comprobaciones necesarias con la policía.

Jupiter sonrió.

—Sí, Segundo, es verdad. Y ese accidente se produjo exactamente a las cinco y media de la tarde, hace un par de días. Un coche se despistó en plena calle y chocó contra un patio, en una de las esquinas de la manzana de Pete. Luego el conductor emprendió la huida. Nadie se hizo con el número de matrícula del vehículo, pero los testigos han hablado de un «Datsun» rojo. Estoy seguro de que ese conductor era el ladrón y que perdió la caja en ese momento. En consecuencia, nos pondremos en movimiento y…

De repente, Pete levantó una mano, escuchando. Hasta los oídos de los chicos llegaron rumores de voces airadas. Habíase producido una discusión allí fuera, no muy lejos.

—Utiliza el periscopio —indicó Bob.

Pete elevó el tubo. Había sido construido por Jupiter a base de la tubería de una vieja estufa. Gracias al periscopio podían ver sin salir de su refugio los alrededores del remolque, por encima de los montones de chatarra.

—Es tu tía Matilda, Jupe —informó Pete, irguiendo el cuerpo de pronto—. En este momento se aparta de ella aquel hombre que nos

retuvo en mi manzana, el mismo que se encontraba en la habitación del motel anoche…

—¡Afuera! ¡Daos prisa! —ordenó Jupiter, apremiante.

Levantaron la trampilla del piso y se deslizaron por el túnel dos. Llegaron al sitio en que estaba tía Matilda. El hombre se encaminaba al mismo «Mercedes» negro que los chicos vieron en el «Palm Court Motel». El automóvil arrancó inmediatamente.

Jadeando, Jupe inquirió:

—¿Quién era ese hombre, tía Matilda? ¿Qué quería?

—Andaba husmeando por aquí, por lo visto —replicó ella—. Le pregunté qué estaba haciendo y entonces me preguntó. Aludió a tres chicos… —Tía Matilda estudió sucesivamente los rostros de los investigadores—. Parecía estar enfadado. ¿En qué lío estáis metidos ahora, bribones?

—¡Él sí que está metido en un buen lío! —exclamó Pete, acalorado.

Jupiter procedió a explicar todo lo relativo a las cajas negras, y le dio cuenta de sus sospechas y de la colaboración del jefe Reynolds.

—Ahora vamos a visitar el escenario del accidente, tía Matilda. Hemos de investigar el caso.

—Precisamente hoy, Jupiter, te había asignado unos cuantos trabajos…

El chico se quedó muy serio. Su gesto revelaba tal aflicción que tía Matilda se ablandó.

—Bueno, bueno, si en este asunto estáis trabajando con el jefe Reynolds…

Los Tres Investigadores corrieron en busca de sus bicicletas.

Capítulo 7

Una solución para el enigma

Era una vivienda blanca. Solamente tres puertas la distanciaban de la esquina de la manzana de Pete. Se hallaba separada de la calle por una valla de estacas; contaba con un jardín lleno de rosales y un piso de césped. Pero la valla estaba destrozada en parte, algunos rosales parecían haber sido pisoteados y el césped había desaparecido en ciertas zonas.

Jupiter oprimió el botón del timbre. La mujer que salió tenía unos cabellos muy canosos y un gesto de enfado en el rostro. Dos o tres veces, nerviosamente, fijó los ojos en su jardín, y entonces su expresión se hizo más agria.

—¿Qué queréis? —preguntó, bruscamente—. Ya tengo bastantes dolores de cabeza para que vengáis vosotros ahora a incomodarme más.

—Sentimos mucho lo de su jardín, señora —dijo Jupiter, expresándose en el tono más cortés posible—. Hemos venido para…

—¿Puede usted decirnos quién le hizo este destrozo? —saltó Pete, sin más.

—Bueno, ahora no puedo perder el tiempo… —comenzó a decir la mujer.

—Desde luego, señora —intervino Jupiter, dando un codazo a Pete—. Ha sufrido usted una pérdida terrible. Esos preciosos ejemplares de «reina Isabel» y «Lincoln»…

—¿También tú eres aficionado a las rosas, muchacho? —inquirió la mujer sorprendida.

—¡Oh! Las que yo cultivo no llegan a ser tan bellas como las suyas, señora —manifestó Jupiter, modestamente. Ella se mostró radiante.

—Por supuesto, me he llevado algunos premios…

—¿Y huyó el individuo? ¿Es cierto eso? —preguntó Jupiter,

moviendo la cabeza, apesadumbrado—. Me refiero al autor de este lamentable estropicio.

—El salvaje se fue sin más, sin pronunciar una sola palabra de excusa.

Jupiter inquirió ahora, con toda naturalidad:

—¿Era un hombre pequeño, con una capa?

—¿Cómo? Pues sí, llevaba una capa. Saltó del coche rojo igual que si hubiera estado temiendo que explotara de un momento a otro. Seguidamente volvió a meterse en él, salió disparado y me destrozó la cerca. Se presentaron algunos de mis vecinos para intervenir, pero desapareció en un santiamén. Ni siquiera pudieron ver el número de la matrícula del coche.

Jupiter siguió preguntando:

—¿No dejó por aquí nada que pudiera servir para identificarlo? ¿Una maleta, por ejemplo?

—Yo no vi nada —repuso la mujer, entristecida—. Todo pasó en unos instantes. Además, el patio se llenó casi inmediatamente de gente.

—Estoy seguro de que todos los de por aquí sienten mucho lo ocurrido —manifestó Jupiter—. Gracias, señora.

El chico hizo una seña a Bob y Pete. Los tres abandonaron aquel patio en completo desorden.

—Todo parece indicar que se trata de él, efectivamente —puntualizó Bob.

—¡Y el hombre llegó a salir del coche! —recordó Pete.

—Sí. Por aquí habrá, seguramente, algún vecino que haya visto algo más —concluyó Jupiter.

En el patio de al lado vieron ahora un hombre que regaba su césped. Los chicos se acercaron a él.

—Dispense, señor —dijo Jupiter—. ¿Me permite que le haga algunas preguntas sobre el accidente ocurrido en la casa vecina? Estamos investigando…

—¿Investigando?

El hombre hizo un gesto de desconfianza.

—Es para un trabajo que estamos realizando en el colegio —se apresuró a declarar Bob—. Es un estudio que nos ha encargado uno de nuestros profesores sobre el comportamiento social de los conductores.

Jupiter se olvidaba a veces de que la mayor parte de los adultos no les tomaban en serio cuando se presentaban como detectives. Muchos se negaban, incluso, a seguir hablando con ellos. Ahora bien, las personas de edad veían con buenos ojos los trabajos escolares. El hombre sonrió enseguida.

—¡Eso está bien! Todos necesitamos que la ley sea respetada en cualquier circunstancia —dijo—. Sin embargo, creo que en este caso no os podré prestar una buena ayuda. Yo me encontraba en la casa, cuando vi que el coche se abalanzaba contra la cerca. Del vehículo empezó a salir humo y el conductor salió de él rápidamente. Llevaba una especie de maletín de herramientas o algo por el estilo. Probablemente, pensó que el automóvil iba a arder. Pero sólo se trataba, quizá, de algún manguito que perdía, una avería fácil de reparar en cualquier garaje. Cuando me planté aquí, ya se había ido.

—¿Un maletín de herramientas? —preguntó Pete—. ¿Qué hizo con él?

—No lo sé… No tardaron en congregarse aquí muchas personas. Había hasta niños. Es posible que Kastner, que vive ahí enfrente, viera algo más. Habitualmente, se encuentra en su porche.

Los Tres Investigadores dieron las gracias a su interlocutor. Cruzando la calle, se plantaron ante una casa azul. En el amplio porche, había un hombre viejo sentado en una silla.

—Yo conozco al señor Kastner —anunció Pete al echar a andar —. En la iglesia actúa como diácono. —Después de dar unos pasos más, el muchacho saludó al anciano—. Buenas noches, señor Kastner. ¿Podríamos hablar con usted un momento acerca…?

—¿Del accidente ocurrido ahí delante, Pete? —inquirió el viejo, que tenía unos ojos muy vivos y parpadeantes—. He estado observándoos. Estoy pensando que los Tres Investigadores buscan al desconocido conductor… ¿Me equivoco?

—No, señor —replicó Pete, muy risueño—. ¿Qué puede usted contarnos?

—Lo vi todo, chico. ¿Qué es lo que deseáis saber?

—El conductor llevaba un maletín de herramientas —señaló Bob —. ¿Lo vio usted? ¿Es posible que se lo dejara ahí? ¿No sería una pequeña caja negra?

—Así fue, en realidad. Ya le dije al detective…

Jupiter miró atentamente al anciano.

—¿Al detective, señor?

—Sí. Apareció por aquí cinco minutos después de haber salido disparado el «Datsun» rojo —explicó el señor Kastner—. Era un tipo menudo, con la cara afilada, que vestía una chaqueta de corte deportivo, en muy mal estado. La verdad es que la policía debiera estar mejor pagada… Quería saber si yo había visto tirada en el suelo una caja negra. Le contesté que sí, y que la había cogido un chico montado en una bicicleta. Será de tu edad, Peter, o un poco mayor. Creo haberlo visto más de una vez por aquí, pero ahora no acierto a identificarlo…

—¿Qué hizo con la caja? —preguntó Bob, muy interesado.

—Luego, continuó pedaleando, hacia la calle de Peter, más o menos. Ya no volví a verle. Así se lo notifiqué al detective y éste echó a correr hacia tu manzana. —El viejo frunció el ceño—. Es chocante… Ahora acabo de caer en la cuenta de que el detective iba a pie y no en coche.

—Gracias, señor Kastner —dijo Pete.

Los chicos se encaminaron a la calle de este último.

—Era el ladrón, ¿verdad, Jupe? —comentó Bob al llegar a una esquina—. ¡Se hizo pasar por detective!

—¿Quién lo duda? ¡Volvió por la caja! —exclamó Pete.

—El señor Kastner le dio la pista del chico en bicicleta —subrayó Jupiter—. Por eso pensó que lo que buscaba tenía que encontrarse en la manzana de Pete.

Bob se detuvo, mirando a sus amigos, preocupado.

—¿Cómo podía estar seguro el ladrón de que el chico habitaba en esta manzana? Todo lo que el señor Kastner le indicó fue que había visto al muchacho dirigirse a esta calle, y que desapareció después. También pudo haber seguido hasta el final, y trasladarse a otra manzana…

Jupiter daba la impresión de hallarse muy desconcertado.

—¡La alcantarilla! —exclamó de pronto Pete, mirando hacia el extremo más alejado de la manzana—. No me acordaba de que están realizando unos trabajos en el alcantarillado de por aquí.

En aquella parte se veía una amplia zanja, que atravesaba aceras y patios.

—¡Caracoles! —dijo Bob—. No es fácil salvar este obstáculo, y

menos aún en bicicleta. Por tanto, si el chico llegó hasta esta manzana y no regresó, eso significa que ha de vivir por aquí.

—Pete: ¿qué chicos de nuestra edad viven en esta parte? —preguntó Jupiter.

—Pues… Joey Marsh, desde hace poco, cuatro casas más allá de la mía. Y también Frankie Bender. ¿Sabes a quién me refiero? Al que capitanea la peor pandilla del colegio.

—Me acuerdo muy bien de él. Vamos a verlos.

Pete guió a Bob y a Jupiter hasta la primera de las casas.

Oprimió el botón del timbre y salió de la vivienda una mujer gruesa y sonriente. El chico preguntó por Joey.

—Tú eres Peter Crenshaw, ¿verdad? —dijo la señora Marsh—. Joey no se encuentra aquí y lo sentirá cuando se entere de que has venido a verle. Está en casa de su abuela, en San Francisco.

—¿Hace muchos días que se fue?

—Lleva casi una semana fuera ya, Peter.

Se despidieron de la mujer. Pete y sus amigos cruzaron la calle, llegando hasta un bungalow.

—Creo que podemos prescindir ya de Joey Marsh —declaró Pete mientras avanzaban hacia la puerta de la casa—. No me alegra nada la perspectiva de hablar con Frankie Bender, sobre todo cuando pienso en la probabilidad de que haya sido él quien se quedara con la caja… Es muy capaz de una cosa así.

—Mucho cuidado con lo que vayamos a decirle —aconsejó Jupiter—. No quiero que recele nada raro.

Un puñado de hojas de árbol cayó inesperadamente sobre sus cabezas y algo silbó en el aire, no muy lejos de ellos.

—¿Qué significa esto? —gritó Bob.

Otro objeto zumbó sobre ellos. Era algo menudo y veloz, como un proyectil, que golpeó violentamente unas ramas cargadas de follaje.

El ataque volvió a repetirse, y…

—¡Ay! —aulló Pete, al sentirse alcanzado en una pierna.

—¡Cuerpo a tierra! —ordenó Bob.

Los Tres investigadores se tendieron en el suelo. Varios proyectiles más pasaron zumbando sobre sus cabezas.

Capítulo 8

La caja negra

—¡Ja, ja, ja!

Las burlonas risas provenían del tejado del garaje. Sobre éste se encontraba un muchacho de la edad de Pete, de corta talla y hombros cuadrados. Habíase apostado allí como hubiera podido hacerlo un francotirador. De una de sus manos colgaba un gran tirachinas.

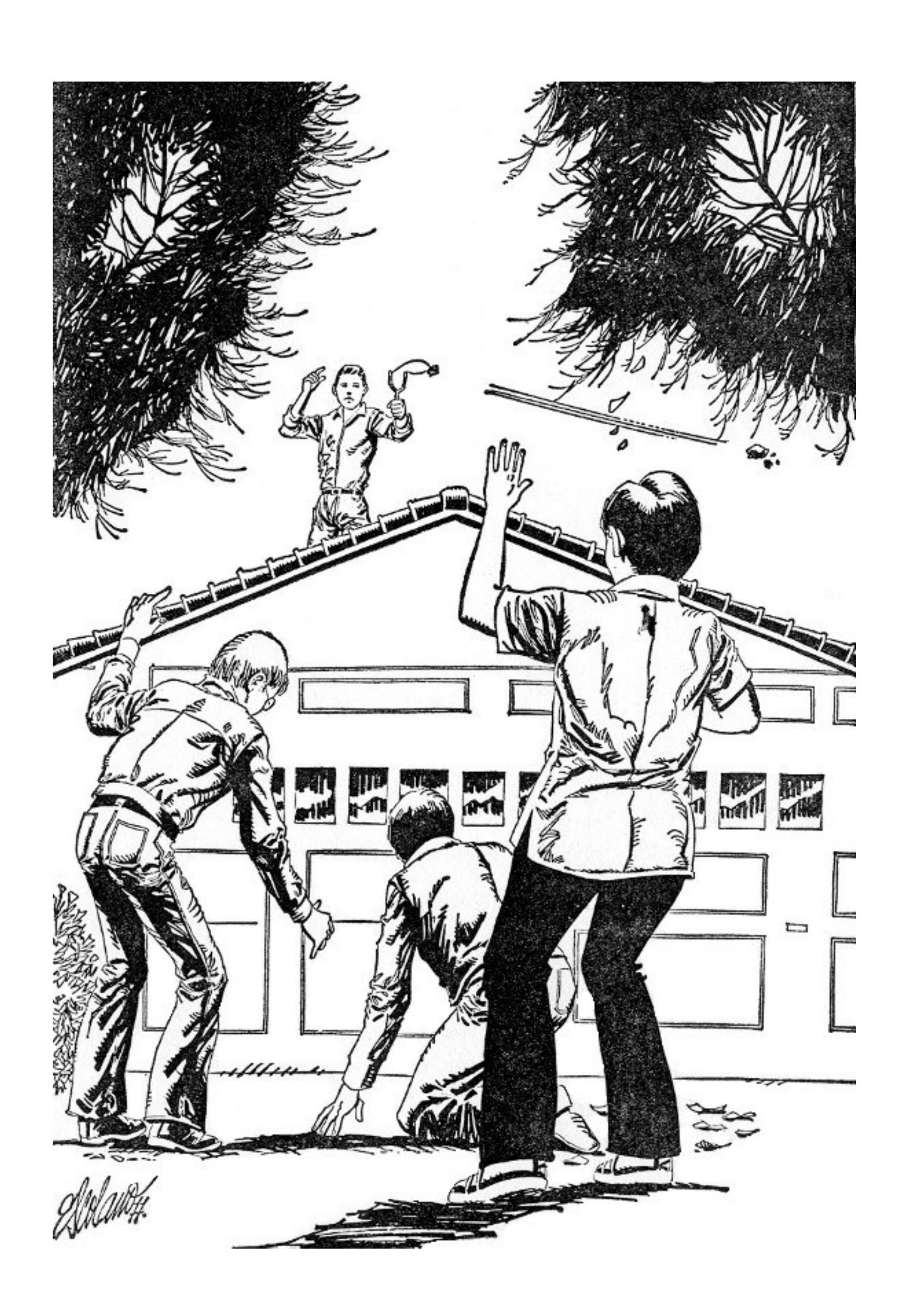
—Pum… pum… pum… —El chico siguió riendo—. Hubiera podido acabar con los tres como si hubieseis sido unos conejos asustados. Pero ¿es que no sabéis moveros manteniendo una buena cobertura? ¡Estáis listos del todo, muchachos!

Pete se puso en pie de un salto, furioso.

—¡Podías haberme fracturado la pierna, Bender! Ese tirachinas es un arma peligrosa.

—No seáis estúpidos —contestó Frankie Bender. Sacó algo de una bolsa que llevaba colgando del cinturón y lo arrojó, sin fuerza, a los pies de Pete—. ¿Te das cuenta? Son pelotas de madera. Además, yo soy un buen tirador y sólo pretendía asustaros. ¡Fíjate!

Bender disparó su tirachinas. El proyectil pasó muy cerca de la cabeza de Pete. Éste palideció, pero no se movió un milímetro. Jupiter aminoró la distancia que le separaba del chico del tejado.



—Eres un idiota, Bender —dijo—. Algún día herirás a cualquiera y te verás metido en un lío. He de advertirte que la ley prohíbe el uso de tirachinas como el tuyo.

—Bueno, bueno —contestó Bender, molesto—. Ya está bien de sermones. ¿Es que no sabéis encajar una broma?

—Tus bromas, y hasta tú mismo, sois difíciles de encajar, Frankie —repuso Pete, acalorado.

Jupe continuó diciendo, calmosamente:

—Pienso denunciarte a la policía.

La sonrisa de Bender se desvaneció de pronto, mirando entonces con gesto agrio a los tres amigos.

—Será mejor que no lo hagas. Bueno, y a todo esto, ¿qué hacéis vosotros aquí? Os habéis metido en una propiedad privada. ¡Sois unos intrusos! ¡Yo estaba defendiendo mi propiedad!

—Será mejor que leas algo de leyes —recomendó Bob, burlón—. ¡Caracoles, Frankie! ¡La de cosas que ignoras!

—Tal vez no me interesan —dijo Bender.

—No quieras dártelas de listo, Bender, que no engañas a nadie —dijo Jupiter, secamente—. Hemos venido aquí para que nos entregues la caja negra que robaste hace dos días, cuando ocurrió el accidente. Queremos también lo que contiene.

—¿Y cómo habéis…? —Bender guardó silencio de repente. Sus ojillos se movieron inquietos, animando su gruesa faz—. ¿De qué caja estáis hablando? Yo no sé nada de ninguna caja negra…

—¡A ti te vieron con ella! —señaló Pete.

—No puede ser —contestó Bender.

—¡Tenemos testigos! —declaró Bob.

—¿Sí? Entonces, ¿por qué no os habéis hecho acompañar por la policía?

—Es que la policía no sabe aún todo lo que sabemos nosotros —indicó Jupiter—. Escucha esto, Bender: ¡el hombre del «Datsun» es un ladrón! Te has apoderado de una cosa robada. Puede ocurrirte algo muy serio.

—No sé de qué me estáis hablando —opuso Bender.

—No seas tonto —dijo Jupiter, moviendo la cabeza impacientemente—. Si no quieres vértelas con la policía, habrás de enfrentarte con el ladrón. Éste anda buscando su caja. Si se entera de que tú…

Sobre el tejado del garaje, Frankie Bender se mordió los labios en silencio, durante unos segundos. Estaba nervioso, al parecer. Luego, levantó la cabeza con aire terco.

—¡Bah! Me habéis preparado alguna trampa. Yo no he visto ninguna caja negra. Y ahora largaos de aquí cuanto antes, si no queréis que llame a los de mi pandilla.

—Nosotros recurriremos a la policía, si es necesario —advirtió Jupiter.

—¡No creas que vas a lograr asustarme, Jupiter Jones! Si no salís de aquí enseguida, quizá sea yo quien llame a los agentes. ¡Os ordeno que os marchéis!

Medió Pete:

—¡Atrévete a bajar hasta aquí para decirnos lo mismo!

—Sin los de tu pandilla —remató Bob.

Bender se puso encarnado como la grana.

—¡Largo de aquí!

—Será mejor que nos vayamos —declaró Jupiter.

Bob y Pete, muy a disgusto, echaron a andar por el camino, detrás de Jupiter. Poco después se dirigían a casa de Pete, donde habían dejado las bicicletas.

—¿Es que vamos a darnos por vencidos, Primero? —preguntó Bob—. Estoy seguro de que fue Bender quien se apoderó de la caja.

—Claro que la tiene —sentenció Pete.

—Sí. Yo pienso como vosotros —corroboró Jupiter—. Ahora se ha quedado muy preocupado. Cuando crea que nos hemos alejado suficientemente, irá al sitio en que la guardó para comprobar si continúa allí.

—¿Crees que nos llevará hasta ella? —inquirió Pete cuando cruzaban la calle, rumbo a su casa.

Jupiter asintió.

—Tenía mucho interés por desembarazarse de nosotros y estaba sumamente nervioso. Querrá asegurarse de que sigue donde la puso… ¡y en ese momento nosotros nos hallaremos allí!

Nada más internarse en el patio posterior de la casa de Pete, los chicos echaron a correr por los de las otras viviendas, camino de la de Bender. Una vez situados en las inmediaciones de la misma, exploraron el terreno. Una fila de espesos arbustos separaba el último patio del siguiente. Comportándose como miembros de una

patrulla militar que estuviese operando en territorio enemigo, los investigadores se deslizaron por entre los arbustos y llegaron casi a la acera.

Desde su puesto de observación podían ver perfectamente la zona anterior de la casa de Frankie Bender, al otro lado de la calle.

Esperaron agazapados unos minutos. Por fin, pudieron ver a Frankie Bender salir del garaje para avanzar por el camino de la finca hacia la calle.

—¡Jupe! —susurró Bob—. ¡Se va!

—¡Y no lleva ninguna caja! —añadió Pete.

—Vamos a seguirlo —indicó Jupiter—. Hemos de procurar que no nos vea.

El fornido Bender, con su tirachinas colgando del cinturón, llegó hasta un solar sin edificar del final de la calle, y empezó a alejarse de la orilla del mar. Desplazándose de patio en patio, el trío de investigadores siguió sus pasos hasta las afueras de la población. Comenzaron a encaminarse hacia las laderas de las elevaciones que rodeaban a Rocky Beach.

De vez en cuando, Bender miraba nerviosamente a un lado y a otro. Pero, como les ocurre a muchas personas, no sabía cómo comportarse en aquella situación, por cuyo motivo no acertó a descubrir a quienes seguían sus pasos. Tras haber cruzado la vía férrea, remontó la falda de un pequeño monte cubierto de matorrales espinosos, de entre los cuales surgían de trecho en trecho los retorcidos troncos de unos robles de verde follaje. Unos momentos más tarde, cuando aún continuaban los investigadores moviéndose sigilosamente entre las matas, alcanzó una espesura de mezquites[1], ¡y desapareció!

—¡Lo hemos perdido de vista! —exclamó en voz baja Pete.

—¡Cuidado! —advirtió Jupiter—. Pudiera ser que estuviera espiándonos.

Avanzaron entonces con más precauciones que nunca, arrastrándose por el suelo unos metros antes de llegar a la espesura. Pete levantó poco a poco la cabeza e inspeccionó los alrededores.

—¡Aquí hay una cueva! —murmuró—. La entrada queda oculta por toda esta vegetación.

Las espinosas ramas de los matorrales se enganchaban en sus ropas, originando dolorosas rozaduras. Penetraron por fin en

aquella oscura boca de la montaña. Todavía reptando, se deslizaron por un corto túnel que repentinamente se ensanchaba.

Durante un rato miraron a un lado y a otro, sin incorporarse ni hacer el menor movimiento.

Frankie Bender se había perdido de vista definitivamente. Cuando sus ojos se habituaron a la semioscuridad de la cueva, vieron unas sillas y unas mesas hechas con cajas y jaulas de embalajes; varias alfombras viejas cubrían el pétreo piso; allí había sacos de dormir, linternas de mano, cajas de galletas y dulces, un poste de los existentes en las paradas de las líneas de autobuses, una motocicleta vieja, dos portezuelas de coche, prendas de uniforme sueltas, y otros objetos de muy diversa naturaleza.

—Éste debe de ser… —empezó a decir Pete.

—¡El escondite de la pandilla! —remató Bob.

—Por supuesto —susurró Jupiter—. Aquí es donde suelen ocultar todo lo que no quieren que sea encontrado. No os descuidéis ahora. Frankie Bender no debe de andar muy lejos.

Lentamente se pusieron en pie y avanzaron cautelosamente, esperando verse sorprendidos. Unos diez metros más adelante, la cueva presentaba un recodo. Al final de aquella especie de pasillo, vieron a Frankie Bender, arrodillado delante de una piedra plana. ¡Sobre la piedra, había una pequeña caja negra abierta!

Bender oyó los pasos de los investigadores y volvió la cabeza inmediatamente, alarmado.

—Así pues, estaba en tu poder, ¿eh? —dijo Jupiter.

El gesto de alarma desapareció del rostro del muchacho, y fue sustituido por otro que delataba su confusión.

—¡Ha… ha desaparecido!

Los chicos se le acercaron. El interior de la caja negra estaba forrado con terciopelo azul… ¡Y allí no había nada!

—Era una estatuilla —balbuceó Frankie Bender—, una mascota estupenda para nuestra pandilla. Representaba una extraña figura…

—Descríbenosla con la mayor exactitud posible —ordenó Jupiter.

Bender estaba ante ellos. Súbitamente, el terror pareció dilatar sus ojos.

—¡Era… era… —tartamudeó, señalando algo situado a espaldas de los investigadores— como eso!

Los chicos volvieron la cabeza.

Pete ahogó un grito.

¡Dentro de la cueva se encontraba el monstruo que vieran en la playa! Frankie Bender gimió:

—¡La estatua ha cobrado vida!

Armando un gran alboroto, estampando los pies con fuerza en el suelo, ¡el monstruo de los grandes cuernos y los ojos enrojecidos empezó a avanzar hacia ellos!

Capítulo 9

¡Atrapados!

Los cuatro muchachos habían quedado paralizados por el miedo. ¿Hacia dónde correr en el interior de la cueva? El monstruo, con los ojos encendidos, seguía danzando y haciendo cabriolas al tiempo que acortaba la distancia que le separaba de ellos.

La cueva terminaba a sus espaldas. ¡Estaban atrapados!

—¿Qué vamos a hacer, Jupe? —chilló Bob.

—No… no… sé… —tartamudeó Jupiter.

Frankie Bender fue el primero en reaccionar. Era torpe, pero no carecía de valor. Sumamente pálido, cogió el tirachinas, colocó una de las muchas piedras que alfombraban el piso de la cueva y la disparó contra el imponente monstruo.

Alcanzado por ella, la salvaje figura emitió un gruñido y retrocedió un paso. Bender se agachó para procurarse más proyectiles.

—¡Tiradle piedras vosotros también! —gritó a los investigadores.

Bob y Pete empezaron a apedrear a aquella demoníaca figura. Bender utilizaba una y otra vez su eficaz tirachinas. Pero las piedras rebotaban en el cuerpo acolchado del monstruo y en su voluminosa cabeza, sin causarle ningún daño, al parecer.

—*¡Ggggrrrr…!*

Ahora se movió más deprisa. Los chicos estaban cada vez más cerca de la pared de la cueva…

—¡No logramos hacerle daño! —se lamentó Frankie Bender.

La espantosa figura continuaba con su bárbara danza.

Jupiter se abalanzó sobre la caja negra, todavía encima de la piedra plana, y la agarró con ambas manos. A continuación la dejó ostensiblemente, cogió una gran piedra y la levantó a cierta altura, sobre la caja abierta.

—¡Voy a aplastarla! —gritó.

¡La fantasmal aparición se quedó inmóvil! Sus encendidos ojillos miraron al muchacho, pero no hizo el menor movimiento. Jupiter fijó la mirada en el monstruo.

—Así que eres algo real, suficientemente real para entender mis palabras, ¿eh? —dijo.

—¡Seguro que quiere la estatua! —añadió Bob.

—Es natural —comentó Frankie Bender, con voz temblorosa—. Él es la estatua. O la estatua es él. ¿O quizá…?

Un fuerte estremecimiento sacudió a la fantástica aparición. Las campanillas, huesos y todo lo que colgaba de su cuello y de su cinturón sonaron como agitados por una gran fuera interior.

—*Cuidado, pequeñas criaturas. Todos los que atentan contra los espíritu son destruidos*.

Jupiter continuaba sosteniendo la piedra sobre la caja.

—¿Qué significa esta estatua? ¿Quién eres tú?

—*¡Oíd al Espíritu Chamán, necios!* —exclamó la voz retumbante —. *¡El Gran Kan de la Horda Dorada aguarda en el viento al Diablo Danzante!*

Pete tragó saliva.

—¿El Diablo Danzante? ¿Kan? ¿La Horda… qué?

—¿Es esta estatua el Diablo Danzante? —inquirió Jupiter, observando atentamente al monstruo—. ¿O eres tú, acaso? ¿Un espíritu que habla como nosotros?

—*¡Nosotros somos uno y todos! ¡Nosotros lo vemos todo, lo sabemos todo! ¡Somos el azul firmamento, el brillante sol, la estepa infinita, la espada y el trigo! Y destruimos con la llama del viento. ¡Mira!*

Su grueso brazo se adelantó, señalando la piedra plana. Surgió allí una llamarada, y luego una nube de denso humo blanco…

—¡Cuidado! —aulló Frankie Bender, alejándose de allí de un salto.

—*¡Temblad!* —gritó el monstruo. Su voz retumbó en la cueva.

Otro movimiento de la figura y, del suelo, a un metro de distancia de Pete, ascendió otra llamarada seguida de una segunda nube de humo.

—*¡El Gran Kan espera conseguir lo que es suyo!*

Presas del mayor pánico, los cuatro chicos retrocedieron hasta quedar pegados a una de las paredes de la cueva. La diabólica

aparición extendió sus brazos hacia ellos y reanudó su avance. Jupiter arrojó a un lado la piedra que había estado sosteniendo sobre la caja.

—¡Allá va! —gritó el Primer Investigador.

Cerró violentamente la caja y la arrojó con todas sus fuerzas a través de la cueva en sombras. El monstruo, el espíritu, el Diablo Danzante o lo que fuera, profirió un quejumbroso alarido y se lanzó hacia la caja negra, que se estrelló contra el suelo, entre los montones de chatarra.

—¡Ahora, amigos! —chilló Jupiter.

Los otros no necesitaban la voz de aviso. Al abalanzarse el Diablo Danzante sobre el objeto, echaron a correr alocadamente en dirección a la entrada de la cueva. El Diablo debió de verlos, pero se desentendió de los chicos. Buscaba afanosamente la caja en las sombras del lugar.

Los cuatro muchachos tropezaron con las jaulas de embalajes y las cajas de galletas, los unos con los otros, al tratar de alcanzar la salida.

Una vez fuera de la cueva, siguieron corriendo sin reparar en los arañazos causados por las espinosas matas en sus brazos y piernas, sin fijarse en los destrozos producidos en sus ropas. Frankie Bender iba delante. A su espalda, resoplaba Jupiter. El descenso por la ladera fue accidentado, cayéndose y levantándose todos varias veces.

Llegaron por fin a una hondonada que constituía un excelente escondite. Durante unos minutos ninguno de ellos hizo el menor movimiento, guardando además un absoluto silencio. Jadeando, se mantuvieron a la expectativa.

No oyeron nada por los alrededores.

—¡Acordaos de lo que pasó en la playa! —dijo Pete—. ¡Ese monstruo puede aparecer ante nosotros cuando menos nos lo figuremos!

Continuaron a la escucha… Finalmente, se atrevieron a levantar la cabeza, mirando hacia un lado y otro de la ladera, intentando penetrar con la vista entre los matorrales. Todo seguía igual, no se distinguía nada que pudiera significar para ellos una señal de alarma.

—¿Dónde… se… habrá… metido? —inquirió Frankie Bender.

—Creo que ni siquiera deseo saberlo —manifestó Pete—. ¡Jupe!

El Primer Investigador no contestó, continuando con la mirada fija en la vegetación que ocultaba la boca de la cueva.

Media hora más tarde imperaba allí la misma quietud. Jupiter se incorporó.

—Hemos de volver a la cueva —decidió.

—¡Tú estás loco! —exclamó Frankie Bender—. Yo me voy.

—Tú vas a acompañarnos, Bender —repuso Jupiter, con firmeza—. De lo contrario, no tendrás más remedio que explicar a la policía cómo te llevaste la estatuilla.

Bender torció el gesto, pero no formuló ningún comentario. Echó a andar detrás de los investigadores cuando éstos empezaron a remontar la pendiente en dirección a la cueva. Dentro de ella reinaba un gran silencio. Caminando cautelosamente, los chicos exploraron el sombrío recinto. Allí no había nadie. La caja había desaparecido. En el sitio en que vieran por última vez al Diablo Danzante localizaron dos montoncitos de blancas cenizas. Pete las tocó y notó que se encontraban levemente calientes.

—¿Tendrá otra salida esta cueva? —preguntó Jupiter.

—No —contestó Bender—. No me explico cómo ha podido salir de aquí el Diablo.

—Se convertiría en humo para poder desaparecer —opinó Pete.

—También puede ser que escapara mientras nosotros corríamos —declaró Jupiter—. Durante unos minutos no nos atrevimos ni a volver la cabeza.

Bob consideró:

—Ya no nos perseguirá más. El ladrón recuperó la estatua, así que el Diablo ya no tornará a vagar por nuestros alrededores. A mí me parece que este caso ha llegado a su fin.

—Todo lo contrario —señaló Jupiter, severamente—. Estoy seguro de que el ladrón no ha recobrado todavía la estatua. Hay más: pienso que ahora está más desorientado que nunca acerca de su paradero.

—¡Caramba! —exclamó Pete—. ¿Cómo has llegado a esa conclusión, Primero?

—Evidentemente, el Diablo Danzante tiene una relación de un tipo u otro con el menudo ladrón —indicó Jupiter—. Si éste hubiese sacado la estatuilla de la cueva, el Diablo se habría desentendido de

nosotros y hubiera sabido que la caja estaba vacía. No siendo así, la estatuilla ha tenido que ir a parar a manos de otra persona.

El Primer Investigador se volvió hacia Frankie Bender.

—¿Quién ha estado visitando la cueva últimamente además de los miembros de tu pandilla, Frankie?

El fornido muchacho guardó silencio. Una vez esfumado el peligro, volvía a adoptar su actitud antagónica de antes.

—Tú, Bender, robaste la estatuilla. Podemos buscarte muchas complicaciones —puntualizó Jupiter, fríamente—. Colabora, y nosotros nos abstendremos de buscarte molestias.

Frankie arrugó el ceño. Sin embargo, hizo un gesto de asentimiento.

—Conocimos a un viejo vagabundo. Solía utilizar esta cueva antes de que nosotros lo echáramos de ella. Lo vi por ahí ayer, y hoy encontré aquí una botella de vino.

—¿Cómo se llama ese hombre? —quiso saber Bob.

—No lo sé, pero es fácil de encontrar. Tendrá unos setenta años. Su barba es blanca, pesa unos noventa kilos, calza botas de vaquero y viste una vieja americana de uniforme de la Armada.

—Procura no hacernos ninguna jugarreta, ¿eh, Frankie? —avisó Jupiter—. Vámonos.

Los Tres Investigadores dejaron a Bender en la cueva y se apresuraron a descender por la ladera de la colina. Cruzaron la soleada población y volvieron a la casa de Pete. Era ya la hora de comer, pero Jupiter no pensaba en ello.

—¡Un vagabundo! —exclamó—. Pete, ¿te acuerdas de ese bohemio que suele vender chatarra? El tañedor de guitarra. ¿Será Andy, aquel tipo que tío Titus tiene por un genio? El hombre que no quiere ataduras de ningún género… Conoce a todos los vagabundos de la comarca. En cuanto hayáis comido, tú y Bob visitaréis los sitios que más frecuenta, hasta localizarlo.

—De acuerdo, Primero —contestó Peter—. ¿Qué vas a hacer?

Los ojos de Jupiter brillaron intensamente.

—¿Que qué voy a hacer? ¡Descubrir la pista que ha de llevarnos al Gran Kan, a la Horda Dorada y al Diablo Danzante!

Capítulo 10

El Diablo Danzante de Batu Kan

A primera hora de aquella tarde, los Tres Investigadores se encontraban reunidos en su escondido remolque, en el «Patio Salvaje» de los Jones. Bob y Pete habían estado haciendo gestiones para intentar dar con Andy, el vagabundo. En todas partes dejaron recado de que Jupiter deseaba que fuera a verle a su puesto de mando.

Jupiter se había presentado allí llevando bajo el brazo un libro de gran tamaño. Después de cerrar la trampilla, abrió el libro sobre la mesa, y señaló uno de los grabados antes de exclamar:

—¡Aquí tenéis al Diablo Danzante!

Bob y Pete se inclinaron sobre la ilustración, asombrados.

—¡Es la estatua! —exclamó Bob.

—Cierto… Es el monstruo que vimos los tres —gimió Pete.

En la fotografía se veía una pequeña estatua que mediría unos treinta y cinco centímetros desde la cabeza hasta la base del pedestal. Confeccionada en un verdoso metal, la estatua se apoyaba en una pierna doblada, manteniendo la otra y los brazos en el aire. Con sus cuernos, la colgante piel de lobo y las acolchadas extremidades, la estatua constituía una reproducción a pequeño tamaño de la fantasmal aparición.

El grabado tenía un pie.

Bob lo leyó en voz alta:

«El Diablo Danzante de Batu Kan. Hallado en la zona septentrional de China, en los últimos años del siglo XIX, donde se le conoce con dicho nombre. La estatua lleva una fecha: Año 1214 de la Era Cristiana, y con una inscripción en latín que significa: "Al Kan de la Horda Dorada". Evidentemente es obra de un artesano europeo y podría tratarse de un amuleto mágico.

Es la reproducción de un chamán o hechicero mongol, con su piel de lobo y su máscara de cuernos de buey, con sus complementos de campanillas, huesos, haces de hierbas, mazorcas y raíces, que simbolizan los espíritus del universo natural».

Bob levantó la vista.

—Jupiter, ¿te das cuenta de lo que significa? Todo eso significa que nos hayamos ante un objeto de valor inestimable.

Pete estudió la ilustración atentamente.

—No sabía que una pieza de bronce pudiera valer tan…

—Lo de menos es el material de que está hecha la estatua, Segundo. Lo que interesa es *cuándo* fue hecha y *por qué* —explicó Jupiter—. Después de haber oído hablar a aquel demonio de la Horda Dorada y del Espíritu Chamán, decidí ir a ver al profesor Hsiang, de la universidad. Es un experto en arte oriental e identificó al Diablo tan pronto lo describí. Él…

—¿Qué es la Horda Dorada? —inquirió Pete ahora—. Parece el nombre de un equipo de fútbol. ¿Y quién fue Batu Kan?

—Tú habrás oído hablar de Gengis Kan, ¿verdad? O quizás de Kublai Kan…

Pete se mostró valiente.

—Fueron reyes o algo por el estilo, ¿no? Grandes generales, como Napoleón y Alejandro el Grande, ¿verdad? Kublai Kan me parece que fue visitado por Marco Polo cuando éste fue a China… Supongo que debieron de ser emperadores chinos…

—Los kanes eran orientales, pero no chinos, si bien Kublai fue emperador de China. Se trataba de mongoles, nómadas del norte de este país. Los mongoles eran jinetes, jinetes guerreros. Vivían en tiendas de pieles e iban de un lado para otro, formando pequeñas tribus. Algunos de ellos llegaron hasta allí. Pero en la actualidad parte del territorio mongol pertenece a China.

—En resumen: no son chinos y gustan de los caballos y de la guerra. ¿Qué tiene que ver toda esa historia con la estatua?

—Hacia el año 1206, Gengis Kan reunió a un puñado de tribus, tras una serie de luchas internas, ¡inició la conquista del mundo! Antes de que sus hijos y sus nietos hubiesen desaparecido, logró imponer su dominio en el norte de la India y moverse a su antojo entre Corea, en el este, y Hungría, en el oeste. Aquellos hombres

rigieron Siberia, China, Rusia, Persia y la mayor parte de Europa oriental. Los hijos llevaron los nombres de Juchi, Ogadal y Chagatal. Kublai Kan fue un nieto y también Batu.

—¡Caramba! —exclamó Pete—. Esos nombres parecen hacer referencia a unos hombres muy duros…

—Eran extremadamente crueles, en efecto —confirmó Jupiter—. Asesinaban a todos los que les oponían resistencia. Batu Kan venció a rusos y húngaros, y rigió en la porción más occidental del Imperio Mongol. Su ejército (y su parte del Imperio) fue denominado la «Horda Dorada». Los mongoles eran mejores guerreros que gobernantes y, por esta razón, el Imperio no duró mucho. Pero la Horda Dorada se mantuvo en Rusia hasta el año 1480.

—Bueno, ¿y qué hay de la estatua? —inquirió Pete—. ¿Y de lo del chamán?

—Verás… —continuó diciendo Jupe—. La religión de Batu Kan, la religión mongólica, recibe el nombre de *chamanismo*. Los mongoles creen que hay espíritus en las rocas, en el viento, en el firmamento, en la tierra y en los árboles, y que un hombre especial puede hablar con ellos: el *chamán*.

—Bueno, es una especie de hechicero, como el de los pieles rojas —señaló Bob.

—¡Exactamente! En efecto, los indios americanos fueron originalmente gentes asiáticas, que probablemente tuvieron los mismos ascendientes que los mongoles. El profesor Hsiang me explicó muchas cosas acerca de los chamanes. Eran expertos en *ventrilocuismo* y convocaban danzando a los espíritus. Algunos de los chamanes, los más poderosos entre ellos, podían requerir la presencia de los demonios, incluso. Los chamanes utilizaban siempre un disfraz durante sus rituales, para que los espíritus no lograran identificarlos. Se cubrían con máscaras y pieles de animales, igual que se ve en la estatua…

—Bueno, ¿y qué es lo que tiene ésta de especial? —preguntó Pete.

—¡No existe ninguna otra igual en el mundo! —exclamó Jupiter —. ¿Os dais cuenta? Los mongoles no hacían estatuas, estatuas permanentes, al menos. Disponían de ídolos, de imágenes de sus deidades, que estaban hechos de arcilla, de fieltro y de otros materiales no duraderos. Esta estatua metálica es obra de un artista

europeo. Es un singular ejemplo de una figura mongólica. ¡Es una pieza única!

—Me pregunto cómo fue a parar a China —musitó Bob—. Tú dijese que la estatua perteneció a Batu, que rigió el Oeste.

—Eso no lo sabe nadie. El profesor Hsiang me comunicó que Batu Kan no había estado siempre en Rusia. La capital del Imperio volvió a estar en Mongolia, en Karakorum. Allí tenían que hacer acto de presencia los príncipes rusos para prestar el juramento de fidelidad al Gran Kan, el Emperador. Batu Kan tuvo que abandonar la lucha en 1242 y regresar para tomar parte en la elección de un Gran Kan, tras el fallecimiento del anterior. Quizá se llevó la estatua consigo, dejándola allí por cualquier motivo. Unos cuarenta años más tarde Kublai Kan se apoderó de China y se convirtió en el Gran Kan, trasladándose a la capital mongólica, la ciudad conocida hoy con el nombre de Pekín. Es posible que la estatua fuera enviada allí. Nunca podremos saber con exactitud qué fue lo que pasó.

—¿Y has conseguido averiguar cómo llegó hasta aquí?

—Lee el resto del pie de la ilustración…

Bob leyó en voz alta:

«La estatua estuvo en China hasta la Segunda Guerra Mundial. Luego, desapareció durante la ocupación japonesa. En 1956 reapareció en Londres, donde fue comprada por un acaudalado americano llamado H.

P. Clay

, y pasó a engrosar su colección privada de piezas artísticas orientales».

—¿H. P. Clay? —inquirió Pete—. ¿No se llama así ese magnate del petróleo que ocupa una lujosa mansión en Fernand Point? ¿Quieres decir que la estatua ha estado en Rocky Beach por espacio de veinte años? Entonces, está claro que el ladrón…

—El robo fue cometido aquí, sí —remató Jupiter—. A mí me parece que lo mejor sería ir a hablar con el señor H.

P. Clay

.

Por si Andy se dejaba ver, los chicos avisaron a Konrad, uno de los fornidos hermanos bávaros que trabajaban en el «Patio Salvaje».

Éste le diría que se habían trasladado a la mansión de los Clay. Los Tres Investigadores montaron en sus bicicletas y se dirigieron al sur por la carretera de la costa.

—Oye, Jupe… —dijo Pete de pronto, mientras avanzaban por entre un sinfín de vehículos—. Ya sabemos lo que significa la estatua, pero ¿qué representa en realidad ese vivo Diablo Danzante?

—Verás… Los mongoles todavía creen en el chamanismo, al menos una gran parte de ellos. Probablemente, se trata de un chamán auténtico que anda en busca de la estatua. El profesor Hsiang dice que los chinos desean recuperarla. Le pidieron a nuestro presidente que colaborara en esto, en el curso de su última visita a Pekín. Puede ser que un chamán esté ejerciendo cierta presión. O bien…

—O bien, ¿qué, Jupe?

—Los mongoles creen que hay un espíritu en todas las cosas —continuó diciendo Jupiter—. Quizás hayamos visto el espíritu del Diablo Danzante.

—No debiera haberte preguntado nada —gimió Pete.

Jupiter y Bob se echaron a reír. Sin embargo, no las tenían todas consigo. Les producía una especie de escalofrío pensar en lo que habían visto. Los tres chicos no volvieron a hablar. En silencio llegaron a Fernand Point, donde la tierra se adentraba en el mar. Aquí se enfrentaron con una extensión de terreno cubierto de árboles de unas diez hectáreas. Al otro lado de la alta cerca de hierro no se divisaba ningún edificio.

Las puertas de la cerca se encontraban abiertas y los tres siguieron pedaleando por un sinuoso camino. Finalmente divisaron una casa de imponente aspecto, emplazada en un vasto prado. Tratábase de un edificio de dos plantas, macizo, de estilo morisco, dotado de vigas de color marrón oscuro, una techumbre de rojas tejas y gran número de ventanas provistas de complicadas rejas.

Jupiter se adelantó por la escalinata de acceso y se plantó ante la magnífica puerta de dos hojas, y oprimió el botón del timbre. El muchacho pareció ganar en estatura al adoptar una actitud rígida y digna. Abrió la puerta un hombre ya entrado en años, vestido con una chaqueta oscura y pantalones a rayas. Era el mayordomo. Estudió muy serio a los jóvenes visitantes.

—¿Qué hay, joven?

—Soy el señor Jupiter Jones —contestó el chico, recurriendo a su pronunciación más pulida—. Deseo ver al señor H.
P. Clay
.

—Ya —dijo el mayordomo, con una leve sonrisa—. Lo siento, señor Jones, pero el señor Clay no se encuentra en casa.

—Me trae aquí un asunto muy urgente —insistió Jupiter—. ¿Puede usted decirme dónde podría localizar al señor Clay enseguida?

Se oyó una voz en el interior de la casa:

—¿Quién es, Stevens?

—Un tal Jupiter Jones pregunta por su padre, señorito James.

Un sonriente joven de alta estatura, que no contaría más de veinte años, surgió al lado del mayordomo. El recién llegado manifestó, mirando a los muchachos:

—Mi padre se encuentra hoy en la ciudad. Tal vez pudiera atenderos yo, chicos.

Jupiter vaciló.

—Es que…

—Pasad a la biblioteca —dijo James Clay—. Yo me encargo de estos muchachos, Stevens.

El mayordomo asintió, alejándose. El joven condujo a los investigadores a una estancia llena de estanterías colmadas de libros.

—Bueno, ya podemos hablar, chicos. ¿Qué os trae por aquí?

—Queríamos hablarle del Diablo Danzante, señor Clay.

—Llamadme Jim. ¿Qué ocurre con el Diablo?

Pete saltó:

—¡Ha sido robado!

—¿Robado? —Jim Clay movió la cabeza, denegando—. ¡Oh, no! Lo vi hace tres o cuatro días, tan sólo. Me acuerdo porque…

—Fue robado hace dos días —manifestó Bob, rápidamente.

—¿Hace dos días? —Jim estudió el rostro del chico atentamente —. Bien. Vamos a comprobarlo.

Recorrieron dos pasillos y se trasladaron a la parte posterior de la casa. El joven abrió una puerta cuya cerradura estaba dotada de una cadena. Penetraron en una estancia grande, débilmente iluminada, llena de formas, y…

¡Una figura de cuya cabeza salían dos grandes cuernos les observó con sus menudos y encendidos ojos desde el fondo de la habitación en sombras! Tenía la boca entreabierta y se cubría con una piel de lobo…

Capítulo 11

Una inesperada faz

—¡Está… está… aquí! —tartamudeó Jupiter.

Los chicos se quedaron inmóviles al enfrentarse con aquella aparición. Se encendieron las luces…

—¿Qué es lo que hay aquí? —preguntó Jim Clay, mirando desconcertado a su alrededor.

La habitación se hallaba atestada de objetos.

—¡El Diablo Danzante! —señaló Pete—. Ahí…

Su voz se fue apagando poco a poco al estudiar la figura que tenía delante, sobre un pedestal. Jim Clay se acercó a la estatua, y la tocó.

—¡Oh, no! —dijo—. El Diablo Danzante es de bronce y mucho más pequeño. Esto es solamente un maniquí equipado con un traje de chamán mongol. Mi padre es un buen coleccionista de artesanía oriental. He de advertiros que este equipo es completamente auténtico, amigos.

Jupiter se movió por entre las vitrinas de la estancia, en las que se exponían numerosos objetos, y tocó el traje del maniquí. Se desprendió de éste una nubecilla de polvo. El Primer Investigador retrocedió, asintiendo.

—Ahora advierto que es distinto… —comentó—. Los cuernos son más cortos, y la piel es de oso y no de lobo. Además, este polvo demuestra que lleva mucho tiempo sin ser tocado.

—Distinto… ¿de qué, Jupiter? —preguntó Jim Clay.

—Del otro traje de chamán, del chamán vivo, o lo que fuera lo que vimos nosotros —explicó Pete—. ¿Tiene su padre algún otro traje de chamán por aquí?

—No hay más que éste. Creo que es un atuendo raro, difícil de encontrar —contestó Jim Clay.

—El nuestro es exactamente igual que el del Diablo Danzante —

comentó Bob.

—Pudiera ser, entonces, que la estatua hubiese cobrado vida —manifestó el hijo del magnate, sonriendo—. La estatua auténtica se encuentra en esa vitrina.

Fijó la vista, asombrado, en el punto que acababa de señalar. ¡Allí no había nada!

—¡Ha desaparecido! —exclamó Pete.

Jim Clay miró a su alrededor, muy confuso. Fue de un lado para otro, examinando todas las vitrinas. Allí había otras estatuas, armas, jarrones, cascos, entre un sin número de piezas. ¡Pero del Diablo Danzante no halló el menor rastro!

—No… ¡no lo entiendo! ¿Cómo pudo alguien…? —El joven se volvió hacia los chicos—. ¿Cómo supisteis vosotros que había desaparecido?

Los Tres Investigadores procedieron a referirle todo lo sucedido. Jim Clay escuchó atentamente su relato, escrutando sus rostros. Después, empezó a pasear por la estancia, muy nervioso.

—¡Robada! Mi padre se fue tranquilo, suponiendo que sabría cuidar de sus cosas. ¡Se pondrá muy furioso! Esa estatua tiene un gran valor, y además… —Se quedó inmóvil, moviendo sólo la cabeza, apesadumbrado—. Yo no siento mucho interés por el arte oriental, así que la estatua no constituía para mí nada especial, ¿comprendéis? Pero ¿cómo ha podido llegar hasta esta habitación un ladrón y llevarse eso sin dejar el menor rastro? He estado muy ocupado con mis estudios… Stevens tuvo que ver al ladrón, o Quail… —Jim se volvió rápidamente hacia el interfono, pulsando uno de sus botones—. ¿Quail? Venga a la habitación de las colecciones…

El joven continuó yendo de un sitio para otro.

—Me habéis dicho que el ladrón perdió la estatua, ¿no? Pues entonces, ¡Dios sabe dónde puede estar! A mi padre le va a dar algo cuando se entere. Cuando se fue, hace una semana, me hizo muchas recomendaciones, y ahora…

Se abrió la puerta de la estancia y entró en ella un hombre.

Jim Clay se volvió hacia él.

—Quail, ha pasado algo terrible…

Pete abrió mucho los ojos.

—¡Es él!

Bob y Jupiter se quedaron helados. ¡Tenían delante de ellos al hombre delgado de las gafas sin montura! Jim Clay miró alternativamente a los chicos y al recién llegado.

—¿Cómo? —inquirió desconcertado—. ¿Quién es… Quail?

—¿Quién es este hombre, Jim? —inquirió Jupiter.

—El ayudante de mi padre, Walter Quail. Le ayuda a redactar los artículos que escribe sobre sus colecciones. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque éste es el hombre que se interpuso entre nosotros y el ladrón, el que impidió que lo capturáramos, el que se encontraba en la habitación del motel ocupada por el ladrón —repuso Bob.

Jim Clay miró al colaborador de su padre.

—¿Es eso cierto, Quail?

—Sí —respondió Walter Quail, llanamente—. Es verdad. Un día descubrí que un hombre de rostro nada tranquilizador rondaba la finca. Recelando de él, lo seguí. Estos chicos me dijeron que era un ladrón y continué vigilándolo. Pero lo perdí en aquel motel… No obstante, registré su cuarto, sin encontrar nada.

—¿Sabía usted, por tanto, que el Diablo Danzante había sido robado?

El hombre pareció experimentar un gran sobresalto. El tic de su ojo izquierdo se hizo más pronunciado. Luego fijó la vista en la vacía vitrina y asintió lentamente.

—Sí, lo sabía. Yo…

Jupiter no perdía de vista a Quail. Sentíase profundamente perplejo. La voz de Jim Clay tenía un marcado dejo de impaciencia.

—¿Por qué no lo dijo? —saltó—. ¿Puso el hecho en conocimiento de la policía? ¿Se lo ha notificado a mi padre?

—No, James, no se lo he comunicado a la policía, ni a nadie —Quail miró a los chicos—. Es un asunto muy delicado, como tú no ignoras.

El joven Clay se mordió los labios.

—En efecto. Los chinos…

—Lo sucedido podría originar un gran escándalo que favorecería muy poco a tu padre —subrayó Quail.

—¡Pero tenemos que hacer algo! —insistió Jim Clay—. Podríamos recurrir a una agencia de detectives privados…

—¿En quién confiar? —objetó Quail—. Tu padre pensará que,

cuanta menos gente se entere de esto, mejor.

Jupiter se apresuró a intervenir en la conversación.

—Jim, nosotros conocemos unos detectives privados que están perfectamente enterados del robo del Diablo Danzante.

—¿Quiénes son esos detectives, Jupiter?

—¡Nosotros! —contestaron Bob y Pete a un tiempo. Jupiter extrajo una tarjeta comercial de uno de sus bolsillos, entregándosela a Clay. Éste la estudió, en unión de Walter Quail.

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador	Jupiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

—A nosotros nos invitó a participar en el caso otra de las víctimas del ladrón —declaró Jupiter—. Ahora bien, ese episodio ya fue aclarado.

—¿Unos detectives infantiles? —inquirió Quail, en tono burlón.

—¡Enséñale nuestra otra tarjeta, Primero! —solicitó Pete, acalorado.

Jim Clay procedió a leer la segunda tarjeta:

Certifico que el portador de la presente es ayudante voluntario de la policía y presta su colaboración al destacamento de Rocky Beach. Agradezco anticipadamente cualquier facilidad que pueda dársele.

Firmado: Samuel Reynolds.
Jefe de Policía.

El hijo del magnate levantó la vista.

—Todo parece indicar, amigos, que no bromeáis, y hasta que sois expertos en vuestro cometido. Interesa mucho ganar tiempo y, si trabajo con…

—¡Esto es absurdo, James! —saltó Quail—. Tu padre…

Jupiter le interrumpió:

—Sabemos ya qué hemos de hacer sobre la marcha, Jim. Disponemos de una buena pista…

Seguidamente, contó el joven todo lo referente al viejo vagabundo.

—De acuerdo —decidió Jim Clay—. Me iré con vosotros y ahora mismo. —Volvióse hacia Walter Quail—. A menos que usted, Walter, crea que debemos meter a la policía en esto.

Quail vaciló.

—No. Es posible que tú, James, estés en lo cierto.

El hombre dio la vuelta y salió de la habitación. Jim Clay sonrió, y Jupiter siguió con la vista a Quail.

—¿Cuánto tiempo lleva trabajando para su padre, Jim? —inquirió Jupiter.

—Unos dos años —respondió Clay—. Bueno, no irás a pensar que…

—Muy frecuentemente, en estas situaciones existen contactos internos —explicó Jupiter, gravemente—. Se daría usted cuenta, seguramente, de que empezó a mostrarse sorprendido al notificarle el robo del Diablo… Cambió entonces de actitud.

—Lo noté, en efecto —admitió Jim Clay—. No deja de extrañarme que siguiera al ladrón sin intentar detenerlo. Además, ¿por qué no llamó a la policía? —El hijo del magnate arrugó el ceño—. Desde luego, se trata de una delicada cuestión. Mi padre no querrá que trascienda en modo alguno el robo.

—¿Por qué? —preguntó Jupiter—. ¿Porque el Gobierno chino desea que sea devuelta la estatua y el ladrón podría originar un incidente internacional?

—Ya veo que eres un buen detective —señaló Clay—. Pues sí… Hace mucho tiempo que los comunistas chinos quieren la devolución de la estatua. Sólo, recientemente, sin embargo, empezó nuestro Gobierno a considerar en serio el problema. Nuestras primeras autoridades pretenden estrechar los lazos de amistad con la China roja, por lo cual han pedido a mi padre la entrega de la estatua. Él aspiraba a conservarla (su compra fue una transacción honesta), pero el presidente le pidió personalmente que renunciara a ella. Finalmente, mi padre se mostró conforme. Ahora mismo se

encuentra en Washington, dando los pasos necesarios para recibir al funcionario de la China comunista que ha de hacerse cargo del objeto. Puede regresar cualquier día de éstos y, si el Diablo no se encuentra aquí para entonces, tendremos serios problemas. Todo el mundo sabe que mi padre ha accedido con disgusto a su devolución.

—Pues entonces, lo que más nos conviene es localizar la estatua cuanto antes —puntualizó Jupiter, decidido.

—Es verdad —reconoció Jim Clay, que se quedó en actitud reflexiva—. ¿Qué aspecto me dijisteis que tenía el ladrón?

Jupiter contestó:

—Era pequeño y flaco, con una cara huesuda…

—¿Semejante a ésta? —inquirió Jim, señalando la ventana.

En la misma acababa de aparecer un rostro alargado y flaco, animado por unos brillantes ojos; la larga y pelirroja cabellera tocaba los hombros de aquel sujeto. La faz se veía cubierta parcialmente por una afilada y satánica barba también rojiza…

Capítulo 12

Reaparece el ladrón

Aquella diabólica barba pareció partirse en dos cuando su propietario esbozó una torva sonrisa.

—¡Es Andy! —exclamó Pete—. ¡Da la vuelta a la casa y entra, Andy!

Perdieron de vista a Andy momentáneamente. El mayordomo se encargó de llevarlo hasta la habitación de las colecciones.

—¡Hola, chicos! —dijo, con una ancha sonrisa.

Antes de que Jupe tuviera tiempo para presentarle a Jim Clay, Andy se fijó en los tesoros artísticos de procedencia oriental que contenía la estancia. Inmediatamente empezó a pasear por entre las vitrinas, profiriendo exclamaciones de asombro.

—¡Un auténtico traje de chamán mongol! ¡Un auténtico jarrón Ming! ¡Un tapiz Sung, un león de jade Ching, un Buda Tang! ¡Y todo es auténtico!

Andy contaría unos veinticinco años. Era de gran estatura y bien parecido. Llevaba una camisa de estilo indio, llena de desgarrones, unos pantalones de pana muy remendados, y calzaba mocasines altos. Una guitarra colgaba sobre su espalda y, sobre el desnudo pecho, lucía un medallón de plata que pendía de su cuello mediante una cadena. El medallón no conocía un momento de reposo a causa de los violentos movimientos de su propietario al estudiar, casi a la vez, distintas piezas de las que le rodeaban.

—¡Muy hermoso todo! —sentenció—. ¡Lo mejor de lo mejor!

Jim Clay no apartaba la vista de las ropas de Andy, de su guitarra…

—¿Es usted experto en arte oriental, señor…?

—Llámeme Andy —repuso el vagabundo.

—Andy tiene un título superior en Bellas Artes —explicó Jupiter.

—A mí me gusta vivir libremente —dijo Andy, fijando la mirada en el hijo del magnate—. Nada de casa, nada de coche, nada de muebles, ni de trabajo de nueve de la mañana hasta las cinco de la tarde. Me gusta poder ir a donde quiero cuando yo quiero, hacer lo que se me antoja. —Estudió a Jim Clay atentamente—. ¿Eres tú el chico de H.
P. Clay
? Tu padre y yo pensamos lo mismo, seguramente. ¿Tú qué opinas?

—¡Mi padre es un hombre que ha triunfado en la vida! —declaró Jim Clay.

—Todo depende de lo que tú consideres qué es triunfar. Fíjate en todas estas bellas cosas. Es una satisfacción grande poder contemplarlas, pero constituye un crimen meterlas en una habitación, ocultarlas, sustraerlas a la vista de los demás.

—Mi padre adquirió estas piezas pagando su justo precio por cada una —protestó Clay.

—Hubiera debido desprenderse de ellas, devolverlas a sus legítimos dueños —saltó Andy, bruscamente. A continuación, sonrió —. Bueno, supongo que no querrás que te eche un sermón. ¿Qué ocurre, Jupe?

Jupiter explicó a Andy todo lo relacionado con el viejo vagabundo que Frankie Bender viera en la cueva.

—Lo conozco. Nosotros le llamados «*el Jefe*» —replicó Andy—. Viste siempre una chaqueta que debió de pertenecer hace mucho tiempo a un oficial de la Armada.

—¿Sabe usted dónde para en estos momentos? —inquirió Jim Clay.

—Es posible que se halle cerca de aquí —dijo Andy, mirando a los muchachos—. ¿Para que lo queréis?

—Hemos sido contratados para… —empezó a explicarle Bob.

Jim Clay le interrumpió.

—Perdón. Quisiera hablar unos instantes con vosotros, chicos…

Andy obsequió al hijo del magnate con una burlona mirada, se encogió de hombros, y se alejó para ir de vitrina en vitrina, admirando una vez más los tesoros de los Clay.

—Escuchadme —dijo Jim, apresuradamente, a los investigadores —. No quiero que le habléis del Diablo Danzante. Cuanta menos gente esté enterada del asunto del robo, mejor.

Jupiter miró preocupado a Jim Clay.

—Andy se negará a ayudarnos a localizar al vagabundo si no justificamos plenamente nuestro interés por encontrarlo —opinó—. Y buscarlo por nuestra cuenta es una tarea que requeriría varios días.

Jim dudaba…

—Vuestro amigo, por lo visto, no siente el menor respeto por mi padre. ¿Seguro que podéis confiar en él?

—Desde luego —contestó Jupe—. Y estoy convencido de que nos ayudará muy a gusto en cuanto le contemos toda la historia. ¿Es que ya no recuerda lo que dijo acerca de la necesidad de devolver las piezas artísticas a quienes realmente pertenecen?

Jim esbozó una sonrisa no muy alegre.

—Pues adelante. Ponedlo al corriente de todo.

Jupiter no se había equivocado. A Andy, en efecto, le interesaba contribuir a la recuperación de la estatua robada, para que fuese enviada a China.

—Creo que me precipité al juzgar a tu padre —admitió, mirando a Jim Clay—. Se dispone a hacer una cosa justa, verdaderamente. Bueno, y decís que mi amigo el vagabundo pudo haber visto la estatua hace poco… Perfectamente. Encontrémosle cuanto antes.

—¿Se encuentra muy lejos de aquí en estos momentos? —quiso saber Jim Clay.

—Puede ser que esté lejos y puede ser que esté cerca —repuso Andy—. El Jefe va de un lado para otro como yo, continuamente y a su capricho.

—¿Por qué no utilizamos mi furgoneta? —propuso Jim al salir de la casa—. En la parte posterior del vehículo los chicos podrían colocar sus bicicletas.

El gran «Buick» enfiló el camino que iba señalando Andy, en dirección a las instalaciones del ferrocarril. Vieron por allí a unos cuantos vagabundos, pero entre ellos no estaba el Jefe. Nadie pudo dar razón alguna sobre su paradero. Andy movió la cabeza, pesaroso, al encaminarse al *Refugio de los Pájaros*.

—Habrá que procurar que esta suntuosa furgoneta no sea vista por nadie —declaró Andy—. Mis amigos se tornarían recelosos ante ella y se negarían hablar.

Pese a haber dejado el «Buick» cuidadosamente escondido en un

recodo de la carretera, los vagabundos que en aquellos instantes se hallaban en el Refugio de los Pájaros dijeron no saber nada sobre el Jefe.

Luego, se fueron aproximando a la costa. Una gran arboleda que quedaba más allá de los terrenos utilizados para las excursiones familiares, frecuentemente visitada por paseantes y vagabundos, podía haber servido al Jefe aquel día como escenario de su cambiante vida. Andy visitó solo el lugar pero regresó enseguida.

—Es probable que el Jefe esté en la zona de acampadas que no queda muy lejos del nuevo depósito franco del condado.

Jim se fue internando por una cantera que subía por unas laderas. Por las inmediaciones de las mismas estaba el vertedero de basuras. Era aquel paraje muy ruidoso y flotaba en el aire un punzante olor. Varias excavadoras gigantescas removían montañas de desperdicios. Unos cuantos centenares de gaviotas revoloteaban sobre ellas. El campamento de los vagabundos quedaba al otro lado de la otra carretera que conducía al vertedero, en un ancho y profundo valle dotado de abundante vegetación.

Se apearon del «Buick» a la entrada del valle, avanzando por un camino pedregoso; junto al canal se alineaban algunas chozas de mísero aspecto. Andy se adelantó y entabló conversación con uno de los hombres que vieron sentados a la puerta de sus míseras viviendas. Aquél le señaló la última choza. Andy hizo una seña a los chicos y todos se apresuraron a aproximarse a él y seguirle cuando, sin vacilar, entró en el pobre refugio.

—¡Jefe! —llamó Andy—. ¡Despiértate, viejo!

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, todos vieron al hombre que estaba tendido sobre un destrozado colchón. Tenía una barba canosa y desordenada; llevaba puesta la raída americana de oficial y calzaba sus botas de vaquero.

Sonrió al abrir los ojos y mirar a Andy. Movió una mano. Había dinero en ella.

—Uno tiene que descansar, querido Andy —manifestó, volviendo a cerrar los ojos.

—¡Jefe! —insistió Andy—. ¿De dónde has sacado este dinero?

—Lo compartiré contigo, muchacho —repuso el viejo, siguiendo con los ojos cerrados—. Me lo encontré por ahí… Una racha de suerte… Ssssss…

Jim Clay dio un paso adelante, tropezando con una botella de vino vacía.

—¿Encontró usted la estatua en aquella cueva? ¿Qué hizo con la estatua?

El jefe abrió los ojos, alarmado. Su gesto fue de miedo. Andy dejó caer una mano sobre sus hombros. El viejo sonrió, tornando a cerrar los ojos.

—No te preocupes, Jefe. Nadie va a molestarte. Sólo queremos saber qué hiciste con la estatua. La vendiste, ¿verdad?

—Probablemente, con una pequeña gratificación, le haríamos hablar —apuntó Jupiter.

El Jefe volvió a abrir los ojos.

—¿Una gratificación?

—Diez dólares —se apresuró a decir Jim Clay, tendiéndole un billete—. Y se los puede ganar sin más complicaciones. ¿A quién vendió usted la estatua?

—Me la encontré. En mi cueva… Anoche —replicó el vagabundo, asintiendo repetidas veces—. La vendí esta mañana. ¿Sabes a quién, Andy? Al de siempre —El hombre dejó oír una burlona risita—. Esta vez engañé al viejo Fritz. ¡Me dio veinte dólares por ella!

—¿Veinte dólares? —gimió Jim Clay—. ¿Quién es ese Fritz?

—El dueño de una tienda de *souvenirs* y curiosidades, un establecimiento que se encuentra en el puerto. Muchas de las cosas que encontramos durante nuestras andanzas se las llevamos a Fritz Hummer.

—¡Mi gratificación! —dijo el Jefe, extendiendo una mano. Jim Clay le entregó el billete de diez dólares y se encaminó a la puerta de la choza.

—Procurad sacarle más información. ¿Le ha visitado alguien últimamente? Voy a traer la furgoneta. Así evitaremos más pérdidas de tiempo.

Cuando Jim Clay hubo salido de allí, Andy miró al Jefe, muy contento a la vista del billete de diez dólares que tenía entre sus nudosos dedos.

—¿Qué más puedes decirnos de la estatua, Jefe?

—¿Ha venido hasta aquí alguien preguntando por ella? —preguntó Jupiter.

El vagabundo movió la cabeza varias veces, parpadeó y empezó a palpar el colchón como si hubiese perdido algo. Al contemplar de nuevo el billete de diez dólares, esbozó una sonrisa.

—¡Haz memoria, Jefe! —dijo Andy, apremiante—. ¿Ha estado buscándole alguien por la comarca?

El vagabundo echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Inmediatamente, comenzó a roncar. Andy indicó a los chicos la puerta. Los vagabundos de los alrededores los observaron con curiosidad, fijando seguidamente la vista en el vacío. La furgoneta no había llegado todavía. Jupiter contempló la choza, pensativo.

—¿Conocerá el valor real de la estatua el dueño de la tienda del puerto? —inquirió.

—Lo dudo, Jupe —contestó Andy—. Él allí sólo vende cosas corrientes.

Apareció el «Buick» sobre la polvorienta carretera. Andy y los investigadores se acomodaron en la furgoneta. Giraron rápidamente las ruedas del vehículo al arrancar, lanzando guijarros a un lado y a otro, como si hubieran sido proyectiles. Poco después, enfilaban la carretera que llevaba al puerto. Más adelante, Jim Clay se vio obligado a desplazarse más lentamente. Por Rocky Beach, el tráfico era intenso.

La tienda quedaba a alguna distancia de la zona de aparcamiento público.

—¿Por qué no os adelantáis, muchachos, mientras yo dejo la furgoneta en alguna parte? —propuso Jim.

Sus acompañantes se apearon en una esquina y el vehículo se alejó de ellos.

El establecimiento se hallaba entre otros separados por callejas, todas las cuales conducían a los muelles. Mientras caminaban, Andy y los chicos vieron a lo lejos algunos cascos de embarcaciones, mástiles y el mar. Pete lo miró fijamente, experimentando un sobresalto.

—¡Ahí está el ladrón!

Los investigadores contemplaron aquella faz de rata, vuelta hacia ellos. El sujeto todavía se cubría con la capa, que ondeó al emprender su dueño veloz carrera.

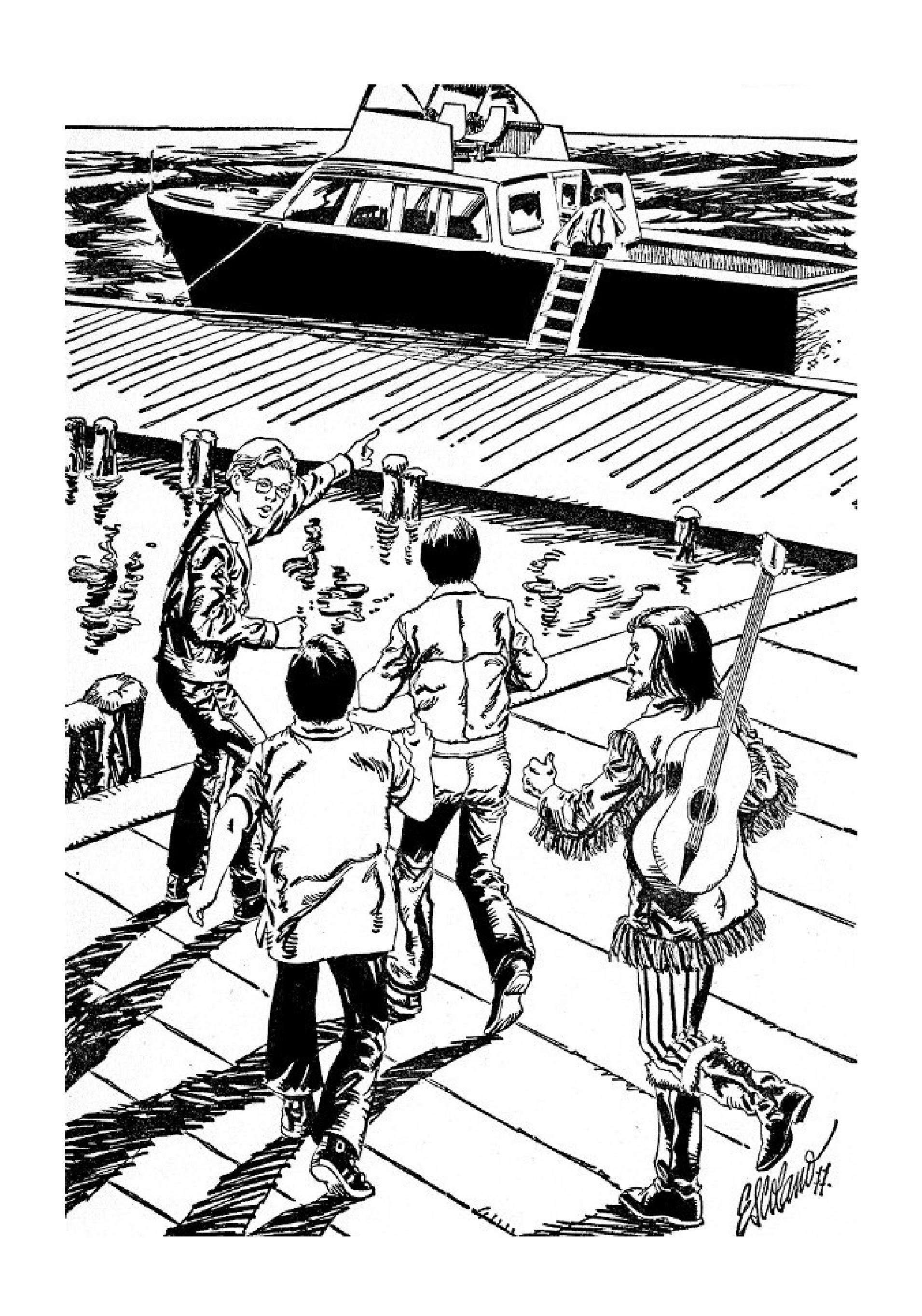
—¡Persigámosle, amigos! —gritó Bob.

Fueron acercándose a los embarcaderos corriendo a lo largo de

la vía en que se hallaban.

—¡Por ahí va! —señaló Andy.

El ladrón se plantó sobre un embarcadero de madera que era prolongación del muelle propiamente dicho. A continuación, saltó sobre la cubierta de una gran lancha atracada allí y se perdió de vista. Andy y los muchachos corrieron hacia la embarcación. Pete señaló una escotilla abierta que quedaba cerca de la proa.



—¡Voy a ver si logro salirle al encuentro por allí! —anunció.

Una vez a bordo de la lancha, Jupiter, Bob y Andy se internaron en la estructura central. No vieron al ladrón por ninguna parte. La puerta que conducía al camarote inferior se hallaba abierta.

—¡Mucho cuidado, amigos! —avisó Andy, al iniciar lentamente el descenso por una escalera.

Allí tampoco se encontraba su perseguido. Trasladáronse entonces al camarote de proa, en donde vieron a Pete.

—¡Yo tampoco he logrado localizarlo! —declaró el Segundo Investigador.

—Nos ha hecho una jugarreta —comprendió Jupiter—. Sin embargo…

Una puerta se cerró con fuerte estruendo en aquel momento. A este ruido siguió un metálico *clic*. Giraron en dirección a la escotilla de proa instintivamente. Ésta se abatió. Alguien estaba afirmando su cierre desde fuera. Luego, reinó un silencio absoluto en la embarcación.

Capítulo 13

Un hombre gordo, de codiciosa expresión…

Un rumor de pasos se perdió en la lejanía. La lancha se balanceaba suavemente sobre el agua. En su encierro, los investigadores se miraron mutuamente, muy abatidos.

—Bien —comentó Andy, encogiéndose de hombros—. Ese tipo nos ha tomado el pelo.

—Debió de esconderse bajo el puente —murmuró Bob, apesadumbrado—. En un armario, o algo por el estilo. Ha sido más listo que nosotros.

—Es posible que esto haya sido una trampa —manifestó Jupiter —. Seguramente estudió de antemano dónde podía ocultarse. Ha sido una operación planeada con tiempo.

—Pues nos ha dejado instalados en un lugar muy confortable —subrayó Andy.

Examinó con atención el lujoso camarote, una mezcla de cuarto de estar y dormitorio. A una y otra banda se veían confortables sillones que quedaban por debajo de unos amplios potrillos. De trecho en trecho, adosados a los mamparos, se encontraban bancos acolchados a babor y estribor. Evidentemente, eran utilizados durante el día para sentarse y durante la noche para dormir. En el centro del camarote había una mesa fija al piso. La madera aceitada de teca brillaba suavemente por todas partes.

Andy señaló un angosto pasillo que contaba con dos puertas, una a cada banda, con rótulos indicadores.

—Aquí está la cocina. Y ése es el cuarto de baño. Supongo que en la despensa habrá toda clase de alimentos. Vamos a poder atender a nuestras necesidades. —Sonriendo, el barbudo joven se descolgó la guitarra y, tendiéndose en uno de los bancos, comenzó a cantar:

—*¡Ay, ay, ay! Una botella de ron…*

Pete objetó, acalorado:

—¿Cómo tienes humor para ponerte a cantar, Andy? ¿Es que no te das cuenta de nuestra situación? Hemos quedado atrapados aquí. Tenemos que buscar la manera de salir de esta lancha…

—¿Y cómo va a poder ser esto? No cabemos por los potrillos. No te preocupes, hombre. El dueño de esta embarcación no tardará en dejarse ver. Te diré una cosa, Pete —manifestó Andy, cordialmente—. Tú eres de esas personas que mueren tres veces.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pete, sorprendido.

—Sencillamente: que te preocupas por todo antes de tiempo; luego, sufres mientras suceden las cosas; finalmente, padeces tras haberlas vivido. Yo, en cambio, soy de los que lo toman todo conforme viene. ¿Que nos hemos quedado encerrados aquí abajo? ¡Pues relajémonos y saquemos el máximo partido de la situación!

—Déjate de extravagancias, Andy —medió Jupiter, exasperado por la despreocupación de su amigo—. Mientras nosotros perdemos el tiempo hablando aquí, el ladrón va tras la estatua. ¡Quizá se haya apoderado de ella ya! Tenemos que ver la manera de salir de este encierro… ¡Y rápidamente!

—¡Tú eres el que manda! —contestó Andy, obediente—. ¿Qué crees que debemos hacer?

—Bob: tú ocúpate de los portillos. A ver si localizas desde ellos a alguien que pueda oírnos. Pete: explora bien el camarote. Pudiera haber abierta alguna otra escotilla. En estos sitios a veces hay una segunda de servicio. Yo veré si puedo forzar la puerta que da a la timonera.

Pete dio fin enseguida a la misión que acababa de asignarle el Primer Investigador.

Movió la cabeza, muy serio… Allí no había ninguna otra escotilla. Jupiter informó que la puerta de la timonera estaba firmemente cerrada y que, por su situación, no podía ser forzada aplicando violentamente sus hombros contra ella.

—¡Un momento, Primero! —gritó Bob, que estaba mirando por uno de los portillos opuestos al embarcadero—. Creo haber visto al colaborador del señor Clay, ¡a Walter Quail!

Los demás se lanzaron sobre los portillos. Por entre las embarcaciones, a lo lejos, sobre la explanada del muelle, divisaron confusamente una figura. Pete y Jupiter la observaron

detenidamente con los párpados entre abiertos para atenuar el deslumbramiento que producían los reflejos del sol en el agua.

—No estoy seguro… —dijo Pete, vacilante—. Pudiera ser él.

—Lleva gafas y está mirando hacia aquí —puntualizó Bob.

—Sí —convino Jupiter—. Y, al parecer, tiene interés en no ser visto. ¿Habéis localizado el «Mercedes-Benz» que conduce?

Los chicos repasaron con la vista los automóviles aparcados a alguna distancia.

—Veo la furgoneta de Jim —declaró Bob.

—¿Dónde está Jim? —preguntó Pete.

—¡El hombre se va! —exclamó Jupiter—. ¿Se trata realmente de Quail?

Ninguno estaba seguro de ello…

De repente, Andy identificó otra figura que surgió en la explanada.

—¡Eh! ¿No es ése Jim Clay? ¿El que acaba de salir de una de las callejas cercanas?

Los investigadores intercambiaron una mirada, suspirando aliviados.

—¡Eh, Jim! ¡Estamos aquí, Jim!

Procedieron a abrir los portillos, comenzando a dar grandes voces y a mover los brazos.

Jim parecía estar demasiado lejos para poder oírlos. Primeramente miró a su alrededor, y luego empezó a caminar sin mucha decisión en dirección a la lancha.

Abrió la boca, como si estuviera llamando a alguien. Por último, los investigadores percibieron sus palabras.

—¡Jupiter! ¡Bob! ¿Dónde estáis? ¡Pete!

—¡Estamos aquí! —aulló Pete—. ¡En la lancha grande! Jim echó a correr. Después lo perdieron de vista… A continuación percibieron un rumor de pasos apresurados en la cubierta. Uno de los portillos, finalmente, enmarcó el rostro del joven.

—¡Nos han encerrado aquí dentro! —chilló Bob.

—¡Un momento!

Oyeron unos fuertes golpes en la timonera. La puerta del camarote se abrió violentamente… Andy y los investigadores salieron de allí. Jim Clay les miró, inquieto.

—¿Qué ha ocurrido, amigos?

Facilitadas las explicaciones necesarias, Pete concluyó:

—El ladrón se ha hecho ya, probablemente, con el Diablo y ha huido acto seguido…

—Pudiera ser que no —opinó Jim, gravemente—. Estuve delante de la tienda de que nos habló Andy y no llegué a ver a nadie que pudiera ser él.

—Entonces, es posible que aún lleguemos a tiempo —dijo Jupiter.

Jim giró en redondo y todos echaron a correr. Penetraron en el establecimiento aludido por Clay. A aquella hora de la tarde, en un día de trabajo, sólo unos pocos turistas vagaban por el local. Por todas partes, desordenadamente exhibidas, veíanse chucherías nuevas y de segunda mano, al lado de artículos fabricados en Hong Kong.

Un hombre gordo y de corta estatura, embutido en un sucio jersey, se había instalado detrás de uno de los mostradores, daba chupadas a una maloliente pipa. Sus ojos de codiciosa expresión no se apartaban de los turistas. Acogió a Jim y a los investigadores con una servil sonrisa. Pero al ver a Andy su gesto risueño se esfumó.

—A los vagabundos siempre os recibo fuera de las horas normales —informó secamente. Para los chicos tuvo ahora una despectiva mirada—. No quiero chiquillos aquí; no puedo perder el tiempo. ¡A la calle!

—Usted, señor —dijo Jupiter, muy digno—, está aquí para servir al público. Nada de discriminaciones a causa de la edad. Es ilegal… Además, usted desarrolla ciertas actividades que nos inspiran una gran desconfianza. ¡Aquí tiene nuestra tarjeta!

El hombre gordo miró intimidado a Jupiter nada más escuchar su discurso. Luego, cogió la tarjeta que el chico le tendía. Andy sonrió.

—Es mejor que la leas, Fritz. Y ten mucho cuidado con lo que dices —sugirió.

Se trataba del certificado del jefe Reynolds presentando a los investigadores como colaboradores de la autoridad policíaca. El tipo gordo palideció al leerlo.

—Yo no tengo nada que ocultar —protestó—, y no consentiré que unos chiquillos…

Jim Clay intervino ahora.

—Seguramente son muchas las cosas que tiene que ocultar, pero, en fin, esto no importa. Yo soy James
L. Clay
III. ¿Va usted a decirme que me vaya?

—¿C… C… Clay? —tartamudeó Fritz—. ¿Es usted el hijo de H. P. Clay
…?

—Soy su hijo, sí —repuso Jim, secamente—. ¿Qué? ¿Podemos ya quedarnos aquí para hablar con usted?

Fritz Hummer asintió, muy nervioso, al tiempo que se limpiaba las manos en su jersey.

—Desde luego, señor Clay. ¿En qué puedo servirles, señores?

Los turistas habían ido abandonando el establecimiento en el curso de la discusión. En la tienda se encontraban solamente Hummer, los investigadores, Jim y Andy.

—Tiene usted que vendernos la estatua que compró al Jefe —dijo Pete, sin más rodeos.

—¿La estatua que…? —Hummer hizo un gesto que revelaba su desconcierto. Luego, sus ojos se iluminaron—. ¡Oh, sí! La figura danzante de los cuernos. Ya sé cuál es. Una pieza preciosa…

—Para nosotros tiene un valor sentimental —se apresuró a señalar Jupiter—. La tiene usted, ¿verdad? Estamos dispuestos a pagarle por ella una cantidad razonable…

—Bueno… No estoy seguro. La vendí…

Jim Clay frunció el ceño, muy irritado.

—¡La pieza es mía, Hummer, y deseo que me sea devuelta! ¿Me ha oído bien? ¡Dígame qué quiere por ella! ¡Póngale un precio!

El hombre gordo abrió ahora mucho los ojos.

—¿Usted desea que se la *devuelvan*?

—La estatua fue robada, Fritz —aclaró Andy—. Pero no por el Jefe.

Hummer seguía con la vista fija en Jim Clay.

—¿Robada? ¿Se la robaron a usted, señor Clay? Proviene de una de las colecciones de su padre, quizá, ¿no? Debe ser un objeto muy valioso. Veamos… Yo pagué cien dólares por él…

—¡Usted pagó por la estatua veinte dólares! —señaló Bob, indignado.

—Bueno, he mentido… —Fritz Hummer sonrió

desagradablemente—. Uno tiene derecho a conseguir un pequeño beneficio, ¿eh?

—Tendrá usted su beneficio —declaró Jim Clay—. Dígame ahora dónde para la pieza.

—En la trastienda —contestó Hummer.

Éste llevó a sus visitantes a una habitación atestada de cosas… El hombre se quedó, de pronto, como petrificado.

—¡Ha desaparecido! —exclamó Hummer. Indicó una mesa situada en las proximidades de una puerta—. ¡Estaba aquí!

—¡El ladrón! —exclamó Jupiter, describiendo a continuación al hombrecillo—. ¿Llegó a verlo por las inmediaciones de esta tienda?

—¿Era un sujeto menudo, cubierto con una capa? —preguntó Hummer—. Ahora que caigo en ello, sí, sí que vi un hombre curioseando por aquí…

Pete procedió a inspeccionar la puerta del fondo del cuarto.

—¡Jupe! ¡Esta cerradura ha sido forzada!

Jupiter examinó el cerrojo y consiguió abrir la puerta con algún trabajo, puesto que rozaba en todas partes. El chico se asomó a la calleja y reflexionó:

—Supongo que el ladrón entraría por aquí —consideró Pete—, mientras nosotros estábamos encerrados en la lancha.

—Eso parece —aprobó Jupiter.

—Fritz, ¿podría alguien colarse en este cuarto desde la tienda sin que tú lo advirtieses?

—¡No! ¡Yo no pierdo de vista un momento a mis clientes! ¡Me han robado! ¡Una estatua de precio!

Regresaron al establecimiento. El gordo Fritz estaba dado a todos los diablos porque acababa de perder una oportunidad maravillosa de ganarse unos dólares. Jupiter se palpó los bolsillos.

—Se me ha caído la pluma en algún lugar —dijo el Primer Investigador—. Vuelvo enseguida.

Nada más regresar, se separaron de Fritz Hummer, quien continuaba hablando en voz baja de su mala suerte. Se encaminaron al muelle bajo los últimos rayos de sol de aquella tarde. Andy, como de costumbre, se tomó las cosas con calma, pero Bob, Pete y Jim Clay estaban inconsolables.

—¡La estatua ha desaparecido definitivamente! —exclamó Jim Clay.

—El ladrón debe estar a muchos kilómetros de aquí —manifestó Bob—. Probablemente, en estos momentos se dirige a México…

—Puede ser —contestó Jupiter—. Ahora bien, si está a muchos kilómetros de aquí… ¡él no tiene la estatua!

Sus amigos fijaron la vista en él, sorprendidos.

Capítulo 14

El Diablo está informado

—Hummer ha mentido —declaró Jupiter—. Seguro que sabe dónde se encuentra la estatua… Y estoy convencido de que no se halla en poder del ladrón.

—¿Por qué piensas así, Jupiter? —inquirió Jim.

—Esa puerta trasera… Estaba rota la cerradura, ciertamente, pero hacía mucho tiempo que nadie la abría. Me costó trabajo abrirla y rozaba la parte inferior contra el piso. Dejó una profunda señal, la *única*. Unos residuos de herrumbre saltaron entre la puerta y el marco. Esto no habría ocurrido de haber sido abierta con anterioridad.

—¡Caramba! ¡Tienes razón, Jupe! —exclamó Pete—. También yo reparé en el detalle.

—Hummer sabía que la estatua no había sido robada. Fingió lo contrario y pronunció algunas palabras contra el ladrón. Os acordaréis de que Hummer empezó diciendo que había vendido la estatua y alteró después la historia. Debió de comprender de pronto que podía tratarse de un objeto muy valioso. ¿Os disteis cuenta de cómo asomó a sus ojos una mirada de codicia al saber que la pieza pertenecía a una de las colecciones del padre de Jim?

Éste se hallaba muy abatido.

—Yo vi enseguida que mentía…

—En efecto —corroboró Jupiter severamente—. A mí me puso en guardia el repentino cambio de Hummer. De otro lado, la puerta probaba que nadie podía haberse deslizado por allí… Era suficiente. —El Primer Investigador mostró a sus amigos una pequeña hoja de papel rayado—. Esto proviene de una especie de libro de cuentas. Cuando Hummer nos hizo pasar a la trastienda, vi que cerraba disimuladamente el libro en cuestión, abierto sobre una mesa. En consecuencia, me inventé una excusa para volver allí…, y arranqué

esta hoja. Fijaos en esta anotación: «Estatua danzante, $
100,00
».

—¡La vendió! —subrayó Bob, enfadado—. ¡El muy embustero!

—Pero… ¿a quién se la vendió? —preguntó Jim—. Hemos de obligarle a que nos lo diga.

—Nos lo dirá, Jim —afirmó Jupiter—. No sé si me equivocaré, pero lo más seguro ahora es que nuestro codicioso señor Hummer haga todo lo posible por recuperar la estatua, pues sabe que vale mucho más de cien dólares. Todo lo que nosotros tenemos que hacer es mantenernos atentos a los acontecimientos y esperar.

—Jupe está en lo cierto —opinó Andy—. Y me figuro que no tendremos que esperar mucho tiempo.

No estaba equivocado Andy. En el momento de regresar Jim con la furgoneta, Fritz Hummer abandonaba su establecimiento. Después de cerrar la puerta con llave, se metió en un viejo «Ford» y se alejó de allí. Los investigadores y sus dos amigos empezaron a seguir al vehículo en el «Buick».

El automóvil de Hummer se detuvo a menos de kilómetro y medio de su punto de partida, delante de una lavandería china.

—¿Os habéis fijado? —inquirió Jim, al pasar lentamente junto al establecimiento—. En el escaparate hay unas estatuas.

—Unas imitaciones baratas —juzgó Andy—. Sin embargo…

Jim detuvo el «Buick» a cierta distancia. Pete echó a andar y volvió sobre el camino recorrido para espiar a Hummer. Estuvo a punto de tropezar con el hombre gordo, al salir éste de la lavandería. Pete se perdió rápidamente en las sombras de un portal. El grupo del «Buick», advirtió que Hummer era portador de un paquete.

—¡No os pongáis nerviosos! —recomendó Pete al regresar a la furgoneta—. Ésa es la lavandería cuyos servicios utiliza habitualmente.

Desalentado, Jim se recostó en el asiento del conductor.

—No importa —decidió Jupiter—. Nadie puede sorprenderse de que tenga otras cosas que hacer.

Jim arrancó para lanzarse tras Hummer de nuevo. El hombre gordo se detuvo nuevamente en unos almacenes situados al otro lado de la población. Una vez estacionado su coche, Fritz se metió

en una taberna cercana al lugar. Andy se ofreció para entrar en el local y observar sus movimientos.

—Nos exponemos a que te vea —objetó Pete.

—¿Y si no ocurre así? —opuso Andy—. Esa taberna parece estar muy concurrida. Además, me ha visto en ella muchas veces. Recelaría algo raro, en cambio, si descubriera a Jim allí. Y vosotros, amigos, sois demasiado jóvenes para frecuentar esta clase de establecimientos.

El barbudo joven, sin prescindir siquiera de su guitarra, entró en el establecimiento. Volvió cinco minutos más tarde.

—Hummer está sentado frente al mostrador. Se ha hecho servir un bocadillo y una cerveza y charla animadamente con el camarero —informó Andy—. Lo más probable es que tarde un poco en salir.

Jim Clay descargó su puño sobre el volante.

—¡Tiene que llevarnos hasta donde se encuentre la estatua! ¡Es preciso que sea así!

Andy anunció que no podía continuar con ellos por más tiempo, siguiendo a Hummer.

—Estoy citado con unos amigos en cierto sitio a esta hora, de manera que no tengo más remedio que separarme de vosotros.

Los investigadores se quedaron perplejos. Jim asintió y dio a Andy las gracias por su ayuda.

—¡Buena suerte! —les deseó Andy.

Sonriendo, el joven de la guitarra se deslizó por entre unos automóviles.

Continuaron esperando. Jim Clay daba muestras de impaciencia. No estaba habituado como los Investigadores a aquellas situaciones. Suspiró repetidas veces, moviéndose inquieto en el asiento.

Hummer salió por fin de la taberna. Ahora, el «Ford» les guió hasta el pie de unas colinas, en dirección a una casona de estilo victoriano, situada en una hondonada.

Había allí una exuberante vegetación. Pete se quedó en la furgoneta. Jupiter, Bob y Jim se deslizaron por entre los matorrales y se acercaron a las ventanas de la mansión, dotada de una torre. Al otro lado de los cristales de la ventana correspondiente al cuarto de estar, vieron a Fritz Hummer hablando con un hombre muy alto y pálido, de cabellos negros y afilada nariz. Vestido de negro desde la cabeza hasta los pies, el desconocido parecía una figura de cera.

—¡Caracoles! —susurró Bob—. Que Pete no se encuentre aquí es lo mejor que ha podido pasar. ¡Ese tipo parece un vampiro!

—¡Un personaje de Drácula! —convino Jupe.

Los negros ojos del hombre alto eran como dos orificios en su blanca faz. Después de escuchar las palabras de Fritz Hummer, hizo una seña a éste para que le siguiera. Pasaron a otra estancia. Los investigadores y Jim buscaron las ventanas correspondientes a ella, pero… ¡se encontraron con que tenían las cortinas echadas!

Las otras ventanas daban a habitaciones vacías. No podían hacer más que una cosa: volver a la furgoneta. Fritz Hummer salió de la casa unos minutos más tarde. No llevaba nada en las manos, ningún paquete. Una vez más, puso el coche en marcha.

—Todavía no ha recuperado la estatua —señaló Pete al empezar a seguir al viejo «Ford».

—Efectivamente —contestó Jupiter, con un tono incierto.

—¿Queréis que os diga una cosa? —murmuró Jim Clay—. Juraría que he visto antes de ahora a ese tipo que parece un vampiro.

¡Sí! —exclamó Bob—. ¡En alguna película!

—No, no en la vida real, sin embargo no recuerdo recordar…

El joven guardó silencio de pronto y continuó conduciendo con aire abstraído.

¡Fritz Hummer les hizo volver al puerto! Regresaba a su tienda, pero, en lugar de introducirse en ésta, subió por una escalera a la planta superior.

Iluminose una ventana. Al parecer, el hombre gordo vivía sobre su establecimiento.

—En esto ha quedado todo —comentó Pete—. De la estatua, ni el menor rastro, Primero.

—Es verdad —admitió Jupiter, lúgubremente—. Estaba convencido, no obstante, de que intentaría recuperarla…

—¡Y, probablemente, eso es lo que ha ocurrido, chicos! —exclamó Jim Clay, de pronto—. ¡Acabo de recordar la identidad del vampiro! ¡Se trata de Jason Wilkes!

—¿Quién es Jason Wilkes? —inquirió Pete.

—Un tratante en objetos de arte. Un marchante sin escrúpulos. La asociación profesional que agrupa a estos comerciantes lo expulsó de su seno por haber realizado algunas operaciones

deshonestas. Además, se le ha acusado de vender algunas falsificaciones. Entiende algo de arte oriental… Intentó entrar en relación con mi padre. Se presentó en casa una vez, pero mi padre le ordenó que no volviera a poner los pies en ella.

Los ojos de Jupe brillaron.

—¡Hum! Una persona muy capaz de localizar una pieza de valor entre la chatarra de Fritz Hummer… ¡Y de no formular preguntas respecto a su procedencia!

—Pero, bueno, Jupe —objetó Pete—, si Jason Wilkes tiene la estatua, ¿cómo es que Fritz Hummer no la ha recuperado ya?

—Pueden haber muchas razones justificativas de tal hecho, Segundo. Probablemente, Wilkes se ha negado a vendérsela, o bien la ha vendido ya… También puede ser que Hummer no quisiera que lo viesen con ella, o que no dispusiese de suficiente dinero…

—Quizá Wilkes no la tuviera —añadió Jim Clay, ensombrecido de pronto. A continuación, su rostro se animó—. Es posible, asimismo, que Hummer haya estado tramitando la entrega de la estatua a Wilkes y no ha recurrido todavía a quien se la compró.

—¡Buena idea! —sentenció Pete—. ¿Qué podemos hacer de momento?

—¿Por qué no vamos simplemente a ver a Jason Wilkes y le preguntamos si tiene la estatua? —quiso saber Bob, siempre lógico.

—No. Eso no serviría de nada —repuso Jim, apresuradamente—. Antes, hemos de tener la seguridad de que obra en su poder. No podemos introducir en el caso a otra persona innecesariamente.

Jupiter opinó:

—Aquí lo que conviene es vigilar a Wilkes y a Hummer, para ver qué hacen los dos.

—Exactamente eso estaba pensando yo —manifestó Jim—. Tendremos que separarnos. ¿Cómo podríamos mantenernos en contacto, sin embargo?

—Utilizando nuestros transmisores-receptores —explicó Bob—. Disponemos de un puñado de ellos en el «Patio Salvaje».

—¿Y si quedáramos muy separados unos de otros, por tener que seguir a alguien? —opuso Jim—. Hemos de arreglárnoslas para dejar una pista.

—Nuestro sistema de la tiza nos ha dado siempre excelente resultado —manifestó Jupe—. Cada uno de nosotros lleva consigo

una tiza de color y pinta signos de interrogación adondequiera que vaya. Un signo de interrogación se hace rápidamente y no llama mucho la atención. Ahora bien —añadió el chico—, yendo en coche es muy difícil recurrir a este método…

—A mí me parece estupendo este sistema —declaró Jim, dando de lado a toda objeción. Acercó la cabeza a la ventanilla del «Buick»—. ¿Oís eso? Hummer, por lo que observo, ha organizado una fiesta en su piso. Seguramente tardará en salir de ahí. Bueno, a vosotros os estarán esperando en vuestras casas para cenar, ¿no? Yo me encargo de llevaros… Me entregaréis uno de vuestros aparatos transmisores-receptores y un poco de tiza. Seguramente regresaré a este lugar para continuar vigilando a Hummer. Vosotros, en cuanto podáis, cogeréis vuestras bicicletas para trasladaros a casa de Wilkes. No lo perdáis de vista un momento. Tenedme al corriente si ocurre algo. Yo haré lo mismo con respecto a Hummer. ¿De acuerdo?

* * *

A la puesta del sol, los Tres Investigadores se encontraban apostados en las inmediaciones de la vivienda de Jason Wilkes, ocultos entre los arbustos de sus alrededores, Pete y Jupiter estaban a un lado de la casa, vigilando también la fachada. Bob se había quedado en la carretera con objeto de avisarles en el caso de que alguien se acercara. Jupiter habló por su transmisor-receptor para Jim Clay:

—Aquí todo está tranquilo, Jim. Hay un coche en el garaje y luz en la planta superior, pero no hemos observado ningún movimiento.

Oyó a continuación la voz susurrante de Jim:

—Tampoco aquí ha pasado nada. Hummer acaba de encender su televisor… Lo noto en la luz de la habitación. No me extraña. Después de estar oyendo música, quiere ver el partido de fútbol que transmiten a esta hora, según he podido saber por la radio de mi «Buick». El segundo tiempo no ha hecho más que empezar.

—Ésta puede ser una noche muy larga —comentó Jupiter—. Te llamaré cada media hora.

Los investigadores iniciaron su vigilia. El firmamento fue oscureciéndose progresivamente, hasta que sólo fue visible la débil luz de las estrellas. No observaron nada a lo largo de la carretera, Jason Wilkes no tenía vecinos. En la hondonada había densas sombras. Periódicamente, Jupe y Pete se aproximaban a la casa, mirando por las ventanas que tenían las cortinas descorridas. Nada. No advirtieron el menor movimiento dentro.

—¡Se aproxima un coche! —anuncio Bob en voz muy baja a sus amigos, al cabo de una hora.

Los investigadores se dispusieron a pasar a la acción. El coche se deslizó lentamente junto a la solitaria casa y se detuvo allí donde la carretera parecía terminar en la hondonada. Sin embargo, nadie se apeó del vehículo. Unos momentos después, el automóvil daba la vuelta.

—Una falsa alarma —comentó Bob—. Alguien que se equivocó de camino, supongo.

Un rato más tarde, Jim informaba que el partido de fútbol había terminado. Hummer, no obstante, seguía en su piso. El tiempo pasaba y la doble vigilia se presentaba infructuosa. Luego, Pete informó, tartamudeando, desde el otro lado de la casa:

—¡Ju… pe! ¡Bob! Algo se mueve por aquí. No sé qué es… ¡Esperad! ¡Es el monstruo! ¡El Diablo Danzante! ¡Veo su cabeza!

Se hizo entonces un absoluto silencio.

—¡Pete! —llamó Jupiter, con los labios pegados a su transmisor-receptor mientras avanzaba en dirección al sitio de su amigo—. ¡Voy para allá!

—¡Segundo!

Esta voz, cargada de ansiedad, era la de Bob. Jim se apresuró a preguntar:

—¡Ha desaparecido! —Oyose la excitada voz de Pete.

—¿Dónde lo viste por última vez, Segundo? —preguntó nuevamente.

—Había mirado por una de las ventanas y se alejó luego por la hondonada, hacia arriba. ¿Qué pensáis vosotros? ¿Cómo sabe que la estatua se encuentra aquí?

—¡Con seguridad que sí! —exclamó Jim—. No os mováis de ahí, muchachos, ¡voy para allá!

Capítulo 15

Victoria… ¡y derrota!

—Ha… ha desaparecido, amigos —confirmó Pete, moviendo la cabeza, abatido.

Jupiter y Bob se habían deslizado por entre los espesos matorrales hasta el sitio en que se hallaba agachado Pete. Su faz, muy pálida, tenía un aspecto fantasmal bajo la débil luz de la Luna.

—¡Cuidado, eh! —advirtió Jupiter—. Pudiera ser que ese Diablo Danzante no se encontrase muy lejos de aquí.

Reinaba un impresionante silencio a su alrededor. Nerviosamente, escrutaron las sombras.

—¿Dónde lo viste por última vez, Segundo? —preguntó Jupiter.

—Junto a la casa. Luego, pareció desvanecerse en la hondonada… Bueno, más allá de la vivienda probablemente.

—¿De dónde salió, Pete? —quiso saber Bob.

—No… no lo sé. Surgió de pronto frente a mí, junto a esa construcción, casi… casi como…

—¿Como si se hubiera filtrado por una pared? —inquirió Bob—. ¿Igual que… un espíritu?

—Eres tú quien ha dicho eso, no yo…

Bob contempló, callado, la oscura y silenciosa casona.

—¡Jupe! ¿Crees tú que Jason Wilkes podría ser el Diablo Danzante?

—También a mí se me ha ocurrido esa idea —admitió Jupiter.

—Pero… ¿por qué, Primero? —preguntó Pete—. Teniendo en su poder la estatua…

—Precisamente por tenerla, quizá, Segundo —consideró Jupiter —. Eso le serviría para espantar a la gente, para evitar que alguien lo busque con el propósito de hacerse con la estatua. Es un traficante en objetos de arte… Sabrá, por tal motivo, qué significa realmente la estatua, conocerá su valor. Probablemente, el ladrón se

disponía a entregársela a Wilkes cuando la perdió. Y desde entonces Wilkes ha hecho lo posible por alejarnos de aquí y asustarnos.

Los investigadores continuaron esperando en la oscuridad, pero el Diablo no se dejó ver de nuevo. Cautelosamente, después, en grupo, rodearon la casa. No descubrieron ningún movimiento dentro ni fuera.

Varios minutos más tarde llegó Jim Clay. Dejó estacionada la furgoneta en la carretera y avanzó lentamente hacia la casa.

—¡Jupe! ¡Pete! ¡Bob! —llamó suavemente.

—Estamos aquí —contestó Jupiter en un susurro desde detrás de unos arbustos.

Contaron a Jim lo sucedido exponiéndole su nueva teoría: suponían que Jason Wilkes era el Diablo Danzante.

Jim Clay estudió la casa. Brillaron sus ojos por un momento.

—Escucha esto, Jupiter: si Wilkes es el Diablo Danzante y se ha ido a otra parte, esa vivienda estará vacía —manifestó el joven—. ¿Habéis visto entrar a alguien en ella tras la aparición del Diablo?

—No —repuso Pete—. Pero tampoco vimos a nadie dentro con anterioridad. Aquí ha reinado en todo momento la mayor soledad incluso andando el Diablo por los alrededores.

—¿Quién está viendo espíritus ahora? —dijo Bob.

—Yo opino —medió Jupiter— que nuestro Diablo Danzante es algo real y vivo, completamente humano. Estoy convencido de ello.

—Yo desearía tener la misma certeza —señaló Jim Clay—. ¡Y no lo he visto! Pero, a juzgar por vuestra descripción, chicos, él es exactamente igual que la estatua, y mi padre dice que los mongoles creen que hay un espíritu en todas las cosas.

—Lo sabemos —gimió Pete.

—Bueno —siguió diciendo Jim—, sea real o no, ha desaparecido. ¿Qué piensas que debemos hacer en estos instantes, Jupiter?

Éste asintió.

—Estoy pensando lo mismo que tú, Jim: que debiéramos entrar en la casa.

—¿Entrar en la casa? —inquirió Pete, con voz muy apagada.

—Esto puede significar nuestra última oportunidad, Segundo —subrayó Jupiter.

—¡Caracoles, Jupe! —exclamó Bob—. Convendría avisar al jefe

Reynolds, en tal caso.

—Tal paso implicaría una gran pérdida de tiempo, Bob —advirtió Jim—. Y nosotros, por otro lado, no tenemos la seguridad de que la estatua esté ahí. Me consta que mi padre no desearía la intervención de la policía, de poder nosotros recuperarla sin que trascendiera el hecho.

—Bueno —decidió Pete—. Puesto que el Diablo Danzante se ha ido, supongo que vale la pena probar suerte. Mientras tanto, yo vigilaré.

—Perfectamente —convino Jupiter—. Si llegas a ver a alguien, danos una voz.

—Os aseguro que me oiríais aunque estuvieseis en Nueva York.

Jupiter, Pete y Jim Clay empezaron a avanzar hacia la casa.

Éste último localizó rápidamente una ventana abierta y trepó por ella sin hacer ningún ruido. Cuando sus ojos se habituaron a las sombras, descubrieron que se encontraban en una estancia tan grande como aquella en que el padre de Jim guardaba las piezas de sus preciadas colecciones artísticas, con vitrinas y estantes.

—¡Jupe! —susurró Bob, asustado de pronto—. ¡Fíjate en eso!

Una grotesca faz, semejante a la de un león, parecía estar vuelta hacia ellos desde la parte superior de un cuerpo fantasmalmente humano. Jupiter y Bob se dispusieron a echar a correr, pero Jim Clay, más sereno, les contuvo y estudió aquella figura.

—Se trata de una estatua, amigos —explicó—. Corresponde al guardián de un templo tibetano. Es una falsificación…

Bob y Jupiter se tranquilizaron y empuñaron las diminutas linternas de bolsillo de que estaban provistos. Movieronse por la habitación en compañía de Jim. Fue Jupiter quien vio la segunda figura destacándose en las sombras.

—¿Qué… qué es eso? —inquirió el chico, boquiabierto. Era una forma dotada de cuatro brazos, con una alta corona y un círculo de manos…

—Esto es Siva —declaró Jim—, un dios hindú. He aquí otra falsificación.

Jupiter contempló pensativo la estatua.

—¿Siva? ¿El dios indio? ¿No nos dijiste que no sabías nada acerca del arte oriental?

—Seguramente, sé más de lo que me figuraba —replicó Jim, con

una mueca—. Mi padre se pasa el día hablando de arte. Supongo que algo se me habrá «pegado» de él…

—Pues a ver si yo logro aprender algo de ti ahora —contestó Jupiter—. Me gustaría estar un poco documentado sobre el tema.

—Ya hablaremos de eso cuando él regrese. Entonces…

Bob se acercó a ellos.

—¡Jim! ¿Es esto una falsificación también?

Jim y Jupiter vieron que su amigo tenía en las manos una pequeña y verdosa estatua, de cuya cabeza sobresalían unos cuernos.

—¡Es el Diablo Danzante! —exclamó Jim, levantando la voz descuidadamente—. ¡Acabas de encontrar lo que buscábamos, Bob!

Jupiter impuso silencio, siseando.

Los tres se quedaron inmóviles, atentos. No percibieron ningún sonido a su alrededor. Tranquilizados, contemplaron la pequeña estatua. Las débiles luces de las minúsculas linternas iluminaron la figura.

—¡Caracoles! —dijo Bob—. ¡Es igual que el Diablo vivo que conocemos!

La estatua de bronce estaba cubierta por una pátina verdosa, efecto del tiempo. Los cuernos eran afilados y lisos. Estudiaron la máscara, dotada de unos menudos ojos, de una boca de grandes dientes. La cabeza de lobo colgaba delante, con las fauces abiertas, ¡como si se dispusiera a morderles! En las piernas y en los brazos, levantados como si la figura danzara, el acolchado resultaba casi blando al tacto…

—Fijaos en el cinturón —señaló Bob—. Mirad estas diminutas campanillas, con sus pequeñísimos badajos: las raíces parecen tener tierra; nunca contemplé una mazorca tan reducida, pero en ella son perceptibles los minúsculos granos de maíz…

—¡Hemos conseguido hacernos con la estatua! —proclamó Jim, entusiasmado.

—¿Seguro que nos hallamos ante el auténtico Diablo Danzante? —quiso confirmar Jupiter—. Veo esta figura muy limpia y bien conservada para tratarse de algo tan viejo.

—¡Claro que sí! —declaró Jim—. La he visto muchas veces antes de ahora. No hay más que un ejemplar en todo el mundo y acabamos de recuperarlo. Mi padre sabrá recompensaros

generosamente por esto…

Bob y Jupiter examinaron nuevamente la figura danzante del chamán mongol. ¡Por fin habían encontrado la ansiada estatua! Intercambiaron una sonrisa, cuando Bob se acomodó la estatua bajo el brazo y se volvieron a un lado para seguir a Jim y salir de allí.

Pero Jim, inexplicablemente, se había quedado quieto. El hijo del magnate había fijado la vista en la puerta de la habitación. ¡Alguien se disponía a entrar!

—¡Pete! —exclamaron Jupiter y Bob a un tiempo. El Segundo Investigador surgió ante ellos.

—¡Hemos encontrado el Diablo Danzante, Pete! —dijo Bob, risueño. Una voz desconocida, a la espalda de Pete, contestó:

—¿De veras, chico?

—Lo… lo siento… amigos —murmuró Pete, muy serio—. Me atacó por detrás… No… oí sus pasos.

Las luces de la habitación se encendieron. Aquel individuo pálido, de hundidos ojos, Jason Wilkes, tenía en su esquelética mano derecha una pistola.



—¡Dame esa estatua, muchacho! —ordenó fríamente.

Muy a disgusto, Bob le alargó la figura del Diablo Danzante. Wilkes contempló muy contento la estatua y la dejó sobre una mesita.

—He confiscado esto a vuestro camarada —anunció Wilkes, mostrando a los sorprendidos jóvenes un transmisor-receptor—. Ahora vais a vaciar vuestros bolsillos y depositaréis en el suelo lo que guardéis en ellos.

Jim, Bob y Jupiter hicieron lo que acababa de indicarles con movimientos pausados. Los dos últimos, sin embargo, se reservaron sus linternas, tipo lápiz. Jason Wilkes, al parecer, no lo advirtió, o quizá no le dio la importancia necesaria.

—Echad a andar delante de mí. Vamos a trasladarnos a la parte posterior de la casa.

Cruzaron lentamente la vivienda. Wilkes iba encendiendo luces conforme avanzaban. Les obligó a detenerse frente a una maciza puerta.

—Abridla y bajad.

Pete se encargó de eso. Vieron entonces unos peldaños. Y más allá una absoluta oscuridad.

—Usted se quedará conmigo, señor Clay —anunció Wilkes al joven—. Es una prudente medida de seguridad, ¿comprende? Mis relaciones comerciales con su padre tendrán ahora un incentivo inédito… Es decir, si no surge otra persona que ofrezca más dinero que él por la estatua.

Wilkes dejó oír una desagradable risita. Jim Clay miró preocupado a los chicos, que empezaban a descender por la escalera. No habían llegado aún abajo cuando la maciza puerta se cerró de golpe…

Capítulo 16

Bob salva la situación

—¡Hemos vuelto a perder el Diablo Danzante! —se lamentó Bob en la oscuridad—. Ahora está de nuevo en manos de ese sujeto, y además retiene a Jim.

—Yo debiera haber notado su presencia fuera —se lamentó Pete —. Me fue imposible. Se lanzó sobre mí antes de que pudiera oírlo. Probablemente estuvo vigilándonos. Conocía el lugar en que estaba yo apostado.

—Ahora ya no hay nada que hacer —dijo Bob, desesperado.

La voz de Jupiter sonó muy severa:

—No podemos darnos por vencidos. Tenemos que ver la manera de salir de aquí. Enciende tu linterna y explora el marco de la puerta de ahí arriba y sus alrededores, por si existe algún interruptor…

Bob obedeció. El fino hilo de luz se paseó de un sitio para otro. No existía ningún interruptor.

—Quizás esté aquí abajo —sugirió Pete.

Entraron en funcionamiento las dos pequeñas linternas. Al pie de la escalera tampoco estaba lo que buscaban.

—Estamos en un sótano —señaló Jupiter—, pudiera ser que hubiese en el techo una luz de las que se encienden tirando de un cordón.

El techo quedaba muy bajo. Las luces de las linternas no descubrieron nada allí tampoco. Pete tropezó con una polvorienta caja.

—Hemos de permanecer a oscuras —declaró, abatido.

—¡Y nadie sabe que estamos aquí! —añadió Bob, sombrío.

—Jason Wilkes probablemente nos dejará en este lugar por algún tiempo —consideró Jupiter—, hasta que haya vendido la estatua. Luego, no dispondremos de ninguna prueba contra él. Será

ya demasiado tarde para intentar nada. ¡Hemos de salir de aquí ahora!

Pete, que había terminado por sentarse en la caja con que tropezara, paseó el haz luminoso de la linterna por todo el sótano.

—¿Y cómo, Jupe? —preguntó.

El techo del recinto contaba con unas gruesas vigas, y el piso se hallaba cubierto de suciedad. Los pétreos muros enmarcaban un espacio desprovisto de muebles. Allí no había ningún banco de trabajo, ni herramientas. En el lado opuesto a la escalera los chicos descubrieron una segunda puerta, y en las paredes, a cierta altura, dos estrechas ventanas. El centro del sótano estaba ocupado por una herrumbrosa estufa, no lejos de unas pilas de lavabo y varios recipientes de los empleados para depositar los desperdicios.

—¡Siempre existe una salida, Segundo! Esto es algo que hemos demostrado en numerosas ocasiones anteriormente —insistió Jupiter—. Veamos esa puerta. Debe de ser la entrada del sótano desde el exterior.

Mientras hablaba, Jupiter se había acercado a la puerta en cuestión. Pete y Bob enfocaron sus linternas sobre ella. No había cerradura, pero estaba bien sujeta al marco.

—Ha quedado tan fuerte como una pared, puesto que ha sido inmovilizada con dos docenas de clavos —señaló el Segundo Investigador—. ¡Si dispusiéramos de alguna herramienta con que sacarlos!

Bob examinó con atención el muro en que se hallaba encajada la puerta.

—Me parece que estuvimos estudiando esta parte de la casa desde fuera antes, y yo no recuerdo que viéramos ninguna entrada, Primero. Apostaría lo que fuera a que ha quedado totalmente bloqueada.

—¡Pues a las ventanas, entonces!

Jupiter volvió a cruzar con paso firme el sótano e inspeccionó las dos pequeñas ventanas situadas cerca del techo. A la débil luz de su linterna, comprobó que contaban con un pestillo corriente que estaba echado.

—¡Segundo! ¡Tercero! ¡Traed esa caja! ¡Estas ventanas se pueden abrir! Pete llevó la caja y Bob se encaramó en ella. Corrió un pestillo y…

—¡Aquí hay unos barrotes por fuera! —gritó Bob, desilusionado.

Se hizo un total silencio en el sótano. Hasta Jupiter se sintió presa del mayor desaliento, cuando Bob descendió de la caja y se quedó con la vista fija en la ventana, desconsolado. Pero el Primer Investigador no solía darse por vencido fácilmente.

—Hemos de pensar que en ocasiones los recipientes destinados a los desperdicios se colocan adosados a paredes dotadas de orificios, para los vertidos que se efectúan desde fuera —puntualizó—. Podría ser también que encontráramos en cualquiera de ellos alguna vieja herramienta con que hacer saltar los clavos de la puerta. Después, ya veríamos…

Pete volvió a sentarse en la caja.

—¿Quieres mirar tú, Primero? Yo no quiero seguir siendo el portador de las malas noticias.

Bob y Jupiter inspeccionaron detenidamente los recipientes. Eran de madera y se encontraban en muy mal estado. Sólo contenían unas cuantas telarañas. En la pared no había ninguna abertura que los comunicara con el exterior.

—Creo que estamos perdiendo el tiempo, Primero —comentó Bob, finalmente—. Tendremos que continuar aquí hasta que Wilkes quiera soltarnos…, si es que llega a querer tal cosa.

Se unió a Pete bajo la ventana y se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en el muro.

—Menos mal que la ventana ha quedado abierta —comentó Jupiter—. Nos oirán desde fuera cuando demos unas voces desde ahí… Estableceremos un turno. Habrá una sesión de cinco minutos cada quince.

—Jupe, en la hondonada no hay más casa que ésta —subrayó Bob, nada alegremente—. ¿Quién va a poder oírnos en tales condiciones?

—¡Quien nos oirá con toda seguridad será el Diablo Danzante! —exclamó Pete.

Jupiter era un chico obstinado, pero, frente a aquella situación, veíase obligado a renunciar a su empeño. Suspiró, sentándose en el último peldaño de la escalera.

Abstraídamente, empezó a amontonar el polvo que cubría el piso. De pronto, cruzó por su cabeza una idea…

—Este piso es de tierra —explicó—. Quizá podríamos abrir un

túnel para escapar de aquí.

Pete asintió.

—Claro, Primero. Para eso nos valdríamos de nuestras manos. Con una semana tendríamos bastante…

Jupiter suspiró, paciente.

—¿Es que no habéis reparado en la estufa? —inquirió Bob—. Fijaos bien en ella…

La estufa estaba emplazada en el mismo centro del sótano. De ella salían dos tubos grandes y tres de pequeño tamaño. Por los grandes, a causa de su diámetro, cabía cualquiera de los chicos.

—Esos tubos los vi nada más encender nuestras linternas, Tercero. Has de considerar que estarán fuertemente empotrados en la obra de arriba, siendo tan firmes como si fuesen unos barrotes.

—Si todos se adentrasen en la casa, sí —afirmó Bob—. Ahora bien, ésta es la mitad del sótano de la vivienda. Esa gran conducción sale al exterior antes de internarse en otra zona de la estructura.

—¡Tiene razón, Primero! —aulló Pete.

Lo investigadores, rápidamente, lograron separar el herrumbroso tubo del muro y quedó a su vista un orificio suficientemente grande para ellos.

—Voy a ver a dónde conduce —avisó Bob.

Bob, el más delgado de los tres, se perdió en la negra abertura. Pete observó atentamente cómo se desvanecía la tenue luz de su linterna. Bob llegó al codo del tubo, desde donde éste apuntaba hacia arriba. Oyose un ruido metálico y la apagada voz del investigador:

—Ya me encuentro debajo de la casa. ¡Adelante!

Pete se ofreció para ayudar a Jupiter a entrar en el conducto. La cara del Primer Investigador, excesivamente grueso, se puso roja como la grana.

—Tú y Bob, Segundo, saldréis por aquí. Luego, abriréis la puerta para que yo haga lo mismo.

Pete sonrió y se deslizó por el tubo para unirse a Bob bajo la vivienda. Así alcanzaron el borde del edificio. La abertura entre la construcción y el suelo estaba cubierta por algo. Suprimieron el último obstáculo fácilmente y se hallaron al aire libre.

—¡P… Pete! —susurró Bob.

¡Delante de ellos se habían plantado dos piernas! Levantaron la vista… ¡para fijarla en un par de negros y fríos ojos orientales!

Capítulo 17

Sobre la pista del villano

De corta talla y corpulento, el hombre vestía una chaqueta de cuello alto y color azul marino, bajo la cual no se veía ninguna camisa, ni tampoco ninguna corbata; los pantalones eran del mismo color que la chaqueta. En los ojos había una mirada de irritación. A su espalda se movían dos figuras más.

¡Uno de aquellos hombres era Walter Quail! El negro «Mercedes» que condujera por la ciudad se hallaba estacionado en la carretera.

El oriental preguntó, ásperamente:

—¿Dónde se encuentra, pues, el Diablo Danzante?

Bob y Pete se incorporaron lentamente, sacudiéndose el polvo de sus ropas.

—No… no lo sabemos —admitió Bob—. Wilkes se lo llevó…

El tercer hombre dio un paso adelante y echó con brusquedad al oriental a un lado. Miró a los dos investigadores alternativamente.

—¿Wilkes, has dicho muchacho? ¿Te refieres a Jason Wilkes?

Tratábase de un individuo de fuerte complexión, de enérgica y expresiva faz, con los cabellos grisáceos y la espalda de un atleta. Su elegante traje contrastaba con la pobre indumentaria del oriental.

—Sí, señor. Me refiero al tratante en objetos de arte —explicó Pete—. Obtuvo el Diablo Danzante de manos de Fritz Hummer, a quien se lo proporcionó el Jefe, el cual… a su vez…

—¿Hummer? ¿El Jefe? ¿Qué ocurre aquí? —tronó el hombre corpulento—. ¿Tú sabes quién soy yo, chico?

Bob respondió:

—¡Usted es H. P. Clay! ¡El magnate del petróleo!

—¿El magnate del petróleo? —H. P. Clay se echó a reír—. No soy más que un hombre de negocios, muchacho. —El padre de Jim señaló al oriental—. Os presento a Chiang

Pi-Peng
, enviado especial de la República Popular China, quien ha venido hasta aquí para hacerse cargo del Diablo Danzante, en nombre de su Gobierno. Me parece que ya conocéis a Quail.

—Sí, señor —contestó Bob—. Yo soy Bob Andrews; éste es Pete Crenshaw… Nuestro compañero todavía está encerrado en la casa, señor. Si…

—¿Que está encerrado aún ahí? —inquirió el señor Clay—. Saquémoslo enseguida…

Penetraron en la casa. Jupiter contempló con los párpados entreabiertos a Chiang
Pi-Peng
y al señor Clay al abandonar el sótano. Después, dirigió una mirada de curiosidad a Walter Quail. El colaborador del señor Clay se movió un tanto nervioso, al sentirse objeto de atención por parte del Primer Investigador.

—Tú debes de ser Jupiter Jones —dijo el señor Clay—. Quizá puedas ponerme al corriente de lo que ha pasado en las últimas horas.

Sin entrar en demasiados detalles, Jupiter describió los esfuerzos realizados por los investigadores y Jim para recobrar la estatua del Diablo Danzante.

—Jim estaba en lo cierto: éste es un asunto muy delicado. Cuanto menos gente esté informada acerca de él, tanto mejor. Por otro lado… —El hombre de negocios se interrumpió, mirando a su alrededor—. ¿Dónde se encuentra Jim? ¿No estaba con vosotros?

Jupiter procedió a referir al magnate del petróleo lo sucedido a primera hora de aquella noche.

—¿Quieres decir que ese canalla de Jason Wilkes ha secuestrado a Jim? ¡Se ha llevado a Jim y al Diablo Danzante! —El señor Clay se puso muy pálido. Volvióse hacia su ayudante—. ¿No me notificaste que Jim había dicho que estaba en esta casa, con los tres chicos?

Walter Quail asintió, parpadeando varias veces.

—Sí, señor. Describió el lugar en que se hallaba. Dijo que llamaba desde aquí. Él…

—¿Le llamó a usted? —preguntó Jupiter—. ¿Esta noche? ¿Supieron así que se encontraba aquí?

—Telefoneó hace cosa de una hora —explicó Walter Quail—, cuando me disponía a trasladarme al aeropuerto, con el fin de recibir al señor Clay y al señor Chiang. Estimé que era lo primero que debía hacer. Luego, nos vinimos directamente aquí.

—¡Dejemos eso a un lado ahora! —saltó H.
P. Clay
, enojado—. ¿Qué es, exactamente, lo que te dijo Jim, Walter? Quiero que pronuncies sus mismas palabras, una por una…

—Sí —aprobó Jupiter—. Quizá demos así con una pista sobre su paradero.

Quail frunció el ceño, tras sus gafas de montura.

—Bien… Me disponía a salir para el aeropuerto cuando Stevens me dijo que James llamaba por teléfono y que, al parecer, se trataba de algo urgente. Me dio la impresión de que se hallaba muy excitado, y me anunció que sería breve… Me comunicó que él y los chicos habían sido retenidos en esta casa y me dio las señas de la misma. Añadió que había encontrado el Diablo Danzante y lo había perdido de nuevo. Iba a darme el nombre de su secuestrador cuando se interrumpió de pronto la comunicación.

—¡Caramba! —exclamó Pete—. Lo más seguro es que consiguiera burlar la vigilancia de Wilkes por unos instantes y lo aprovechó para hacer la llamada.

—Más probable es que Wilkes lo encerrara en una de estas habitaciones, sin acordarse de que contaba con teléfono, ¿no? —sugirió Bob.

El señor Clay empezó a ir de un lado para otro, nerviosamente.

—De todas maneras, eso no nos proporciona ninguna indicación. ¿Qué hacemos ahora? Ese Wilkes tiene las mejores cartas en sus manos.

Chiang
Pi-Peng
preguntó en un inglés muy correcto.

—¿Se encuentra en peligro su hijo, señor Clay? ¿Se ha apoderado ese hombre del Diablo Danzante?

—Tiene el Diablo en su poder, sí, señor Chiang —contestó H.
P. Clay
, continuando con sus paseos—. Sin embargo, no creo que Jim corra peligro de momento. Ese Wilkes, indudablemente, pretende

venderme el Diablo, exigiendo una suma exorbitante, seguro. El pobre Jim es su rehén. Reteniendo a mi hijo, cree que podrá llevar a buen término la operación.

—Señor Clay —dijo Jupiter—. Hay algo más sobre este asunto…

El Primer Investigador habló ahora de la aparición que les había perseguido.

—¿Un Diablo Danzante vivo? ¡Eso es imposible! —exclamó el señor Clay.

—Será un espíritu —apuntó Bob—. El espíritu de la estatua.

—¡Qué disparate! —dijo el señor Chiang. No obstante, el funcionario chino se acarició una ceja, en un gesto de nerviosismo —. He aquí una superstición mongólica, que alude a los mitos de un pueblo atrasado al cual sacamos de su ignorancia. ¡No existen tales espíritus!

Su voz era clara y firme, pero miró a su alrededor, dentro de la casa en silencio, como si le inquietaran las sombras.

—Será un chamán real, entonces —opinó Jupiter—. O tal vez alguien que pretende que le tomemos por eso.

—Real o no —declaró ásperamente el señor Clay—, no pienso darme por vencido sin más. Haremos lo posible por descubrir una pista. Dos de vosotros, chicos, exploraréis la casa conmigo; el tercero acompañará a Quail y al señor Chiang en una inspección de los alrededores.

Bob y Pete se fueron con el señor Clay e hicieron un completo registro de arriba abajo. Jupiter salió del edificio en compañía de Chiang y Quail.

Eran cerca de las doce de la noche cuando el señor Clay, Bob y Pete dieron fin a su tarea y salieron de allí para unirse al otro grupo. No habían encontrado en la casa nada que pudiera facilitarles una indicación sobre el paradero de Wilkes y Jim.

Chiang y Quail habían conseguido idéntico resultado negativo tras su inspección de los alrededores.

—No hay nada que hacer —señaló el señor Clay, fatigado—. Tendremos que regresar a casa y esperar. ¡Dios sabe dónde están!

Jupiter emergió del garaje.

—He de decirle, señor Clay, que el coche de Jason Wilkes se encuentra todavía aquí… Comprobé la matrícula. No he descubierto huellas de ningún otro vehículo y vi que la furgoneta de Jim

continuaba estacionada en la carretera. Todo ello quiere decir que se alejaron de este lugar andando. Tendremos que separarnos y explorar el terreno en todas las direcciones.

Bob y Quail se encargaron de uno y otro lado de la carretera. El señor Chiang y Jupiter se trasladaron a la parte posterior de la construcción. El señor Clay y Pete se alejaron por el camino y se adentraron en la hondonada. Describieron un amplio circulo, progresivamente creciente, a partir de la vivienda.

—¡Primero! —gritó Pete—. ¡Tercero!

Todos se congregaron enseguida en torno a Pete. El chico estaba a un centenar de metros de la oscura y angosta hondonada existente más allá de la casona. El Segundo Investigador señaló con el haz luminoso de su diminuta linterna una roca, y luego una tabla de cerca partida.

—¡Jim se acordó de nuestro sistema de localización por medio de la tiza! —comentó Bob.

Tanto en la roca como en la tabla se veían unos signos de interrogación que señalaban con la efectividad de unas flechas la parte elevada del cañón.

Capítulo 18

¡El Diablo Danzante ataca!

—Busquemos el siguiente signo de interrogación —dijo Jupiter, en tono apremiante.

Bob lo localizó en un árbol, a unos veinte metros de distancia.

—¡Ya no hay duda! —exclamó Jupiter—. Wilkes se ha adentrado por este cañón con Jim y la estatua.

—El signo de interrogación es la marca secreta que nosotros utilizamos para dejar una pista a seguir —explicó Pete, al observar el gesto de extrañeza del señor Clay.

—Un signo de éstos se hace rápidamente, sin atraer la atención de un eventual secuestrador —añadió Jupiter.

—Dimos a Jim unos trozos de tiza y le explicamos lo que debía hacer si nos separábamos —remató Bob.

—Entonces, ¿qué hacemos parados aquí? —inquirió el señor Clay—. ¡Localicemos a mi hijo cuanto antes!

Pete, que era un excelente rastreador, se colocó delante del grupo, seguido por el señor Clay. Los otros fueron colocándose en fila india, cerrada por Quail y el señor Chiang. Pete halló el cuarto y el quinto signo de interrogación en unas rocas. Cada vez se internaban más en la hondonada.

—¿Y qué puede haber en estos parajes? —quiso saber el señor Clay.

—No mucho, seguramente… Por aquí no hay ni una mala carretera —respondió Bob—. Todo lo más encontraremos alguna granja abandonada, o las chozas vacías de antiguos buscadores de oro. Estoy convencido de que por aquí no vive nadie.

Continuaban descubriendo signos de interrogación. El terreno se tornaba cada vez más pedregoso y empinado. Las paredes laterales del cañón se destacaban en la noche. Los espinosos matorrales hacían destrozos en las ropas de los exploradores. Bajo el

firmamento, sin luna, el grupo no disponía de más luz que la proporcionada por las insignificantes linternas de los investigadores. Tropezaban a cada paso, resbalaban… Finalmente, ¡el rastro se desvaneció!

—¿Dónde aparecerá el siguiente signo? —preguntó el señor Clay, angustiado.

—Tendremos que separarnos —anunció Jupiter—, pero manteniéndonos a una distancia que nos permita oírnos mutuamente. Nada más fácil que extraviarse con esta oscuridad.

Veinte minutos más tarde, el señor Chiang localizaba la siguiente señal, un centenar de metros más adelante a la derecha.

—Es posible que Wilkes prefiera deslizarse en zig-zag por entre la vegetación, a fin de despistar a todo posible perseguidor —manifestó Pete—. Hay que mirar ahora hacia la izquierda…

La encontraron y continuaron avanzando… La marcha resultaba más lenta, sin embargo, porque los signos se hallaban más distanciados y el zig-zag era menos sistemático. Wilkes había obrado con cautela, pero sin llegar a descubrir lo que Jim iba haciendo. Unos kilómetros más adelante, entre unas paredes naturales ya muy elevadas, Walter Quail profirió un grito.

—¡Ayyyy!

Volvieron todos rápidamente sobre sus pasos. Walter Quail, el último de la fila, se había sentado en el suelo y se acariciaba insistentemente el tobillo izquierdo.

—Me he dislocado este tobillo —dijo, apretando los dientes—. Resbalé sobre un guijarro. Lo siento, señor Clay.

—¿Puedes andar, Walter?

—Sí, pero ustedes deben desentenderse de mí. Les obligaría a ir despacio. James puede estar necesitándoles.

El señor Clay vaciló por un momento.

—De acuerdo, Walter. Haz un esfuerzo y síguenos con la mayor rapidez posible.

Reanudaron la marcha. El terreno se tornaba más rocoso y la vegetación era más densa. El estrecho cañón torcía de pronto hacia

la izquierda. Luego, cobraba una mayor amplitud, hasta el punto de que, por segunda vez, dejaron de ver las señales hechas por Jim.

—Bien —dijo Pete—. Separémonos de nuevo, hasta que localicemos… Una figura surgió ante ellos, yendo a su encuentro directamente.

—¡Jim! —llamó el señor Clay.

La oscura figura se detuvo repentinamente y se quedó inmóvil, sin hacer el menor ruido.

—¿Eres tú, Jim?

El desconocido empezó a avanzar hacia el lado derecho del cañón. Los investigadores enfocaron sus linternas sobre el hombre y contemplaron una pálida faz, unos negros cabellos, unas oscuras ropas. Una pequeña bolsa colgaba de una de sus manos. El hombre echó a correr.

—¡Es Jason Wilkes! —exclamó Jupiter.

—¡Algo lleva consigo! —señaló Pete.

—¡Hay que alcanzar a ese hombre! —gritó el señor Clay.

Jason Wilkes corría en dirección a una de las paredes del empinado cañón. Sus perseguidores se movieron rápidamente para atajarle.

Finalmente, Wilkes se desvaneció…

Tropezando continuamente, escudriñando en la oscuridad, moviéndose torpemente en la pendiente, los cinco perseguidores concentraron su atención en el punto por el cual había huido el fugitivo.

—¡Ahí hay una abertura! —subrayó Bob.

—¡Otro cañón! —chilló Pete.

Se deslizaron atropelladamente por allí, llegando, entre robles, a un recinto de altas y ásperas paredes… ¡sin salida alguna! Hicieron un alto.

Tenían ante ellos a Jason Wilkes. Sus negros ojos brillaban como los de un animal acorralado. Había sido atrapado, en efecto.

—¿Qué ha hecho usted con mi hijo, canalla? —inquirió el señor Clay.

El tratante en objetos de arte, el hombre de aspecto de vampiro, miró a uno y otro lado en busca de un sitio por donde huir. Todos avanzaron hacia él… Bajo las luces de las linternas de los investigadores, pegado a la oscura pared, parecía un enorme y

negro insecto. Estaba como clavado allí. Sus ojos parecían haberse incendiado.

—¡No se acerque usted a mí si desea saberlo! —ordenó, secamente—. Tenía que ponerme en contacto con usted, pero quizá me haya ahorrado la molestia.

—Yo no hago tratos con secuestradores —replicó el señor Clay, furioso.

Wilkes se echó a reír.

—Su hijo y esos estúpidos chicos se metieron en mi casa. Retendré a su hijo, simplemente, hasta que pueda entregarlo a la policía. Conozco mis derechos, señor Clay. Haré que su hijo sea detenido…, a menos que nos pongamos de acuerdo.

Pete exclamó:

—¡Esa bolsa que lleva debe contener la estatua!

—¡Usted tiene algo que me pertenece! ¡Ha robado una cosa que es mía! —dijo Clay.

Wilkes sonrió.

—No lo sabía. Mire, señor Clay, este asunto puede quedar saldado mediante el pago por su parte de una modesta suma de dinero.

El señor Chiang no apartaba los ojos de la bolsa que Wilkes llevaba en una mano.

—¿Es que lleva el Diablo Danzante en esa bolsa? De ser así, tenemos que…

¡Un relámpago deslumbrante iluminó en toda su amplitud el cañón!

Todos retrocedieron un paso, instintivamente, llevándose las manos a los ojos…

A la espalda de Jason Wilkes se elevó una columna de humo.

—*¡Gggrrr…!*

El Diablo Danzante, con sus largos cuernos, con sus encendidos ojos, acababa de plantarse en el rocoso muro que dominaba el cañón. Movíase lentamente, como si se hallara en trance. ¡En la noche, flotaba el rumor de sus huesos y campanillas entrechocando!

Una voz rotunda resonó en aquellos parajes:

—*¡El Diablo Danzante de Batu Kan ha sido ofendido!*

Tembloroso, Jason Wilkes dejó caer su bolsa y avanzó torpemente hacia los chicos, el señor Clay y Chiang

Pi-Peng
. Aterrorizado, no acertaba a apartar la vista de aquella fantástica aparición.

—¡Apartadlo de mí! —gimió—. ¡Apartadlo de mí!

El señor Clay estaba muy pálido, pero se mantuvo en su sitio.

—Seas lo que seas, has de saber que no me asustas…

—*¡Silencio!* —tronó la voz—. *¡La envoltura profanada debe ser destruida! ¡El espíritu ha de quedar liberado!*

La terrible aparición elevó los brazos por encima de sus cuernos y los abatió para señalar la bolsa que se encontraba en el suelo. Un relámpago, una nube de humo muy denso, y ¡la bolsa comenzó a arder!



—*¡El espíritu regresa al Gran Kan!*

Vieronse otras llamas en lo alto de la pared rocosa. La intimidante forma quedó envuelta en una masa de humo y se perdió poco a poco en la noche.

El Diablo Danzante había desaparecido.

Capítulo 19

Una cara en la ventana

Sólo quedaba por encima de ellos un rastro de humo…

—¡Ha… ha… desaparecido! —tartamudeó Pete.

—Únicamente… ha quedado humo de él —manifestó Bob, horrorizado.

—¡Bah! —exclamó el señor H. P. Clay—. Debe de ser alguna treta.

Chiang
Pi-Peng
seguía paralizado, con la vista fija aún en los jirones de humo que flotaban en la noche. Su voz tenía una inflexión extraña y sonaba muy débil.

—Los espíritus… ¿Habrá algo de verdad en ello? —preguntó.

H. P. Clay hizo un gesto despectivo.

—Decididamente es una treta, y nada más que una treta. Todo ha sido hecho con una imagen proyectada, en unión de un altavoz, con el complemento de unas bombas de humo y fuego. ¡Pura ilusión todo! Probablemente Wilkes ha tenido mucho que ver con ello.

El padre de Jim se volvió hacia Jason Wilkes, quien retrocedió, encogiéndose, temeroso.

—¡Será mejor que lo confiese todo, Wilkes! ¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde para el Diablo Danzante?

—¡Bob! ¡Jupiter! ¡Señor Clay!

Era Pete quien acababa de hablar. El Segundo Investigador examinaba los humeantes restos de la bolsa que Jason Wilkes arrojara al suelo.

—Si todo fue una ilusión, espero que esto resulte lo mismo —añadió, separando, con la punta de su zapato, un objeto pequeño y pesado de la chamuscada tela.

Todos se quedaron mirando la informe masa metálica.

—¡Es la estatua! —exclamó Bob.

—*Era* la estatua —corrigió Pete.

—¡Ha quedado destruida! —dijo el señor Clay, muy pálido.

—¡Se ha fundido! —manifestó el señor Chiang, horrorizado—. ¡Ha desaparecido para siempre!

Jupiter se arrodilló y echó a un lado el resto de la tela chamuscada. Sus dedos entraron en contacto con el objeto.

—Apenas está caliente —señaló, con una inflexión de extrañeza en la voz—. Habría sido necesaria una temperatura más elevada para fundir el bronce. La de la bolsa no bastaba…

—Algo fundió la estatua —opinó Pete.

Se miraron en silencio. Habló por fin Chiang Pi-Peng:

—Ese espíritu… esa aparición —dijo, vacilante— declaró que la estatua tenía que ser destruida. ¡En nombre de Batu, nieto de Gengis Kan, de la Horda Dorada!

Una vez más, se quedaron todos callados.

—¿Seguro que es la estatua del Diablo Danzante, Jupiter? —inquirió el señor Clay con voz ahogada.

Jupiter asintió:

—Estoy viendo uno de los cuernos, y la pierna, sobre lo que ha quedado del pedestal. Parte del centro no se ha fundido… está entero. Veo asimismo una de las diminutas mazorcas…

Jupiter se interrumpió de pronto y examinó más de cerca la pieza de bronce, sin decir nada ya.

Jason Wilkes, de súbito, emitió un gemido.

—¡La he perdido, para siempre! ¡Una pieza de gran valor! ¡He tenido una fortuna en mis manos!

—Al cabo de más de setecientos años… ha desaparecido —comentó el señor Chiang.

—Bien. Eso es cierto —dijo el señor Clay, con voz firme de nuevo—. No podremos recuperarla ya. Pero todavía no he encontrado a mi hijo, Wilkes…

—Se encuentra perfectamente —repuso Jason Wilkes, sombrío—. Ésta es una cuestión secundaria ahora. Yo se lo entregaré. Recuerde que es el ladrón que sorprendí en mi casa. Tenía derecho a retenerle.

—Ya veremos qué opina la policía sobre el particular, granuja —contestó el señor Clay—. ¡Vamos! ¡Eche a andar ya!

Volvieron al cañón principal. Encabezaba la fila Jason Wilkes, a quien seguía el señor Clay. Empujado de cuando en cuando por éste, Wilkes les llevó por la hondonada arriba y se adentraron más en las montañas. Inesperadamente, Bob levantó un brazo.

—¿Qué es eso de ahí? —preguntó el chico, señalando algo en la noche.

Una oscura forma yacía en el suelo, en un claro entre los matorrales. Al aproximarse a ella oyeron unos quejidos. Sujetándose la cabeza con ambas manos, Walter Quail se incorporó y quedó sentado.

—¡Quail! —exclamó Clay—. ¿Qué ha ocurrido?

—Estaba siguiéndoles con toda la rapidez que me permitía mi tobillo —respondió el colaborador del señor Clay, con voz muy débil—. Llegado a este lugar, más o menos, dejé de oírles. Presté atención, y luego me figuré que se habían desviado ustedes hacia la derecha. Al ir a avanzar, sentí algo sobre mí. Antes de que pudiera dar la vuelta o ver alguna cosa, fui golpeado. Ya no recuerdo más…

El hombre se pasaba una mano continuamente por la cabeza. El dolor le hacía parpadear. Sus lentes sin montura le colgaban del cuello, sujetos por una cinta negra. Su elegante traje se veía sucio. Sacudiose el polvo, haciendo continuas muecas, como si sus movimientos incrementaran los dolores que sentía.

—¿No vio usted a su atacante? —le preguntó Jupiter.

—No —dijo Quail—. No vi ni oí nada. Únicamente experimenté la impresión de que no me hallaba solo, y luego fui golpeado.

—Los espíritus no se dejan ver ni oír —declaró Chiang Pi-Peng—. Esto es, mientras no quieren…

—¿Los espíritus? —repuso Quail, muy nervioso.

El señor Clay procedió a explicarle lo que les había ocurrido en la rinconada del cañón.

—¿Ha quedado destruida la estatua? —inquirió Walter Quail, mordiéndose los labios—. ¿Y ustedes creen que esa… cosa me golpeó?

—Probablemente —opinó el señor Clay—. Pero, en fin, lo que a mí me interesa en estos momentos es hallar a Jim. ¿Puedes

seguirnos?

—Probaré —prometió Quail.

Le ayudaron a ponerse en pie y echaron a andar. El señor Clay obligaba a Wilkes a acelerar el paso. Éste fue viendo los signos de interrogación trazados sucesivamente por el joven Jim.

—Así, pues, se han valido ustedes de ellos para localizarme —consideró con amargura.

—Jim y los chicos son demasiado listos para usted, Wilkes —replicó el señor Clay, despectivo.

Se deslizaron por otro recodo del cañón. Después, frente a ellos, divisaron una pequeña choza.

—El chico está dentro —explicó Jason Wilkes—. Yo no le he hecho nada. Me limité a retenerle…

El señor Clay recorrió apresuradamente la distancia que le separaba de la choza. La puerta había sido cerrada desde fuera y tenía una barra de hierro echada. Pete y Bob ayudaron al padre de Jim a abrir.

Inmediatamente enfocaron los haces de sus linternas sobre el interior.

—¡Déjeme… en paz… de una vez! —dijo alguien con voz tensa, que denotaba miedo, pero que aún resultaba desafiante.

Jim Clay se había acurrucado en una esquina del primer cuarto de la choza, que contaba con dos. Apoyaba la barbilla en sus rodillas y abría mucho los ojos, que miraban furtivamente como los de un animal asustado. Sin embargo, también había fuego en ellos. El joven fue incorporándose. Llevaba en las manos una estrecha tabla y estaba dispuesto a oponer resistencia…

—¡Jim! ¡Hijo! —exclamó el señor Clay, adelantándose a sus acompañantes.

—¿Eres tú, papá? —preguntó el joven, protegiéndose los ojos, debido a que había pasado muchas horas en la oscuridad—. ¡Pete! ¡Bob! ¡Conseguisteis capturar a este canalla!

—En efecto —dijo el señor Clay, oprimiendo cariñosamente uno de los hombros de su hijo.

—Hemos estado siguiendo el rastro que dejaste —explicó Bob, sonriendo.

—Esperaba que acabara ocurriendo eso. Había perdido ya casi todas las esperanzas cuando Wilkes me dejó encerrado aquí, y se

llevó consigo el Diablo Danzante… ¡La estatua! ¿Os habéis hecho con ella también?

El señor Clay movió la cabeza, denegando.

—No, hijo. La hemos perdido para siempre.

—Fue… fue destruida por la aparición —comentó Bob.

—Se quedó en una pieza informe de metal fundido —añadió Pete.

Sonó la voz del señor Chiang, como un sonsonete:

—El Diablo Danzante ha devuelto su espíritu a Batu, Kan de la Horda Dorada.

—Entonces… ¿era algo real? ¿Encerraba el espíritu de un chamán? ¿Fue destruida la estatua para que ese espíritu quedara liberado? —preguntó Jim.

—Verás… Jupiter cree… —empezó a decir Bob, mirando a su alrededor, en las sombras de la choza—. ¿Dónde está Jupiter?

Pete giró en redondo.

—¡Jupiter no se encuentra aquí! —exclamó el señor Clay—. Al…

—¡La ventana! —gritó Quail—. ¡Mirad!

Las linternas de Bob y Pete apuntaron hacia el sitio indicado, en el muro posterior de la mísera vivienda.

Una cabeza dotada de cuernos, de rojos ojos y abiertas fauces, se encontraba enmarcada allí…

—¡Ha vuelto! —proclamó el señor Clay.

Luego, la espantosa cabeza pareció elevarse en el aire, y ocupó su lugar la redonda faz de Jupiter.

—No, no ha vuelto —señaló el Primer Investigador desde fuera.

Se perdió de vista y todos pudieron oír el rumor de sus pasos al dar la vuelta a la choza. Fijaron la vista en la puerta. El jefe del trío de detectives entró en el cuarto llevando en las manos la máscara de los cuernos de buey, así como el cinturón del monstruo, con las campanillas, huesos y raíces que colgaban del mismo.

—No está de vuelta, ya que nunca existió realmente —anunció Jupiter—. ¡Y el Diablo Danzante no ha sido destruido!

Capítulo 20

El Diablo, desenmascarado

—¿Qué estás diciendo, Jupiter? —preguntó el señor Clay—. ¿Dónde encontraste esa máscara?

—La encontré entre los matorrales, detrás de esta choza, señor —explicó Jupiter, adentrándose lentamente en el cuarto—. Allí está el resto del atuendo, incluyendo las rojas bombillitas que se encendían mediante una pila para dar un aspecto siniestro a los ojos, y varios de los productos químicos utilizados con el fin de producir humo y llamaradas… Todo era bastante ingenioso, pero no tenía nada de particular, sobre todo para quien esté algo familiarizado con la química.

El Primer Investigador miró al señor Clay.

—Cuando inspeccione usted la máscara y otras partes del disfraz, descubrirá que todas proceden de sus colecciones.

El señor Clay frunció el ceño.

—Bueno, creo que hay máscaras semejantes a ésta en mi pequeño almacén. Hay allí objetos de procedencia mongólica todavía por clasificar, que, en consecuencia, nunca ha sido expuestos. Ahora bien, ¿qué fue lo que te hizo mirar ahí detrás?

—Nunca creí que la aparición fuese un espíritu auténtico y, después de convencerme de que habíamos presenciado un truco, un juego bastante espectacular, fui sumando cosas. Durante cierto tiempo pensé que podía existir un chamán mongol real tras el Diablo Danzante, pero a la llegada del señor Chiang rechacé tal idea. El señor Clay se disponía a devolver la estatua. En consecuencia, ¿por qué había de venir por ella aquí un chamán auténtico? —El Primer Investigador movió expresivamente la cabeza—. Naturalmente, la aparición tenía que ser otra cosa. Me dejé guiar entonces por una corazonada y decidí explorar ese trozo de terreno.

Pete no pudo contenerse más.

—¿A qué truco te refieres, Jupe? —quiso saber.

—Al de la destrucción de la estatua, Segundo. El Diablo Danzante no fue destruido allí, en el cañón.

El señor Chiang se permitió un gesto de incredulidad quizás involuntario.

—Todos vimos lo mismo… Tú también…

—Nosotros vimos *una* estatua destruida —informó Jupiter—, y no *la* estatua. Nosotros nunca vimos el auténtico Diablo Danzante, y sí siempre una falsificación.

—¿Una falsificación? —dijo Bob, no muy convencido— Jupe, tú no eres un experto en…

—Es verdad, Jupiter —medió Jim—. No puedes estar seguro de eso. Yo mismo no me atrevería a hacer una afirmación tan rotunda.

El señor H. P. Clay miró a Jupiter con los párpados entornados.

—¿No te equivocas, Jupiter?

—¡Oh, no! Lo que se fundió era una réplica de la estatua verdadera, una excelente imitación. Me figuro que fue obra del menudo ladrón de la capa. Nunca nos pareció un ladrón, ¿eh, Pete?

—Cierto. Teníamos nuestras dudas.

—Acabaremos descubriendo que es un artista, si bien poco honesto —concluyó Jupiter—. Hizo la imitación, la llevó a Rocky Beach, ¡y la perdió! Así fue como entramos en el caso.

—¿Cómo puedes mostrarte tan seguro, Jupiter? —preguntó Jim —. Cuando encontramos el ejemplar, yo no advertí la menor diferencia.

Jupiter hizo un gesto afirmativo.

—Era una excelente imitación, pero creo que el artista sólo se valió para realizar su trabajo de fotografías. No pudo copiar directamente el original. No le era posible llegar a éste sin suscitar sospechas. Y en las fotos empleadas no figuraban los detalles con claridad. En consecuencia, incurrió en un error…

—¿Un error? —saltó el señor Clay.

—Sí, señor —repuso Jupiter, con los ojos muy brillantes—. Para reproducir los diminutos objetos que colgaban del cinturón de la estatua se valió de una descripción. Probablemente, se trataba de la misma que nosotros leímos. ¿Te acuerdas, Tercero?

Bob dijo, en actitud reflexiva:

—Allí se decía que la máscara estaba adornada con unos cuernos de buey, y que del cinturón colgaban campanillas, hierbas, maíz, raíces…

—Sí —confirmó Jupiter—. ¡Hierbas, raíces y maíz! *¡Maíz!*

El señor Chiang abrió mucho los ojos.

—¿Maíz?

—Bien —medió el señor Clay—. Incorporó allí el maíz. Recuerdo haberte oído decir, Jupiter, que la mazorca de maíz no se había fundido en el cinturón de la estatua.

—Sí, señor, y ahí está su error… Hubiera debido darme cuenta de éste enseguida, al ver la estatua en casa de Jason Wilkes, pero se me pasó… Sólo al ver la diminuta mazorca de la estatua fundida a medias comprendí la verdad.

—¿Qué verdad, Primero? —gimió Pete.

—¡Que el auténtico Diablo Danzante no podía llevar una mazorca de maíz en el cinturón! La palabra inglesa «*corn*» (maíz) se utiliza en distintas partes del mundo para aludir a diferentes granos. Para los europeos significa «trigo». El libro de arte que consultamos era una publicación británica. Cuando el autor habló de *corn* en el cinturón del Diablo se refería realmente al trigo. El *corn* que nosotros conocemos es llamado maíz por los europeos… porque ésta es la palabra correspondiente de los indios americanos…

—¿Indios…? —murmuró el señor Clay.

—Sí, señor —continuó diciendo Jupiter—. Lo que nosotros llamamos maíz es natural de América. Los europeos y los mongoles tuvieron que esperar a que Colón descubriera América para saber lo que era una mazorca de maíz… ¡casi trescientos años después de que el Diablo Danzante fuese realizado, en el año 1240 de nuestra Era! El auténtico Diablo Danzante debía llevar una minúscula gavilla de trigo en su cinturón, y la estatua que nosotros vimos destruida era una falsificación.

Durante un buen rato reinó un profundo silencio en la choza.

—Pero… ¿por qué? —dijo el señor Clay, por fin—. ¿Por qué esa imitación? ¿Quién fue el que utilizó el atuendo del Diablo Danzante?

Jupiter se volvió hacia Walter Quail.

—¿Quiere usted decírnoslo, señor Quail?

El ayudante del señor Clay se puso blanco como el papel.

—Yo… yo… No, no lo diré…

—¡Una imitación! —exclamó Chiang Pi-Peng, de pronto, con los ojos encendidos—. ¡Para engañarme! ¡Para engañar a mi país! Esa imitación estaba destinada a nosotros.

—Eso creo yo —convino Jupiter—. De esta manera, el auténtico Diablo Danzante no habría regresado a China. El señor Chiang no es un experto en cuestiones de arte, así que hubiera dado por buena la falsificación. Sin embargo, más tarde, en China, los especialistas habrían advertido el engaño. La imitación había de ser destruida ante testigos. Nadie sabría entonces que el auténtico Diablo Danzante continuaba existiendo.

—¡Quail! —tronó el señor Clay—. Tendrás que responder de…

—No, no se trata de Quail —aclaró Jupiter—, si bien estuvo siempre al corriente de lo que ocurría. —El Primer Investigador miró de súbito al hijo del magnate—. ¿Verdad, Jim?

—¿Cómo? —chilló Jim Clay—. Tú… ¿Es que te has vuelto loco?

El señor Clay miró fijamente a su hijo.

—¿Jim? ¿Quieres darnos a entender, Jupiter, que mi hijo es…?

—Jim es el Diablo Danzante, en efecto —repuso Jupiter con firmeza—. Él se encargó de que fuera hecha la imitación. Hubiera debido adivinar que andaba mezclado en el asunto en el momento en que nos enfrentamos con Quail. Éste se sintió auténticamente sorprendido al saber que la estatua había desaparecido… Probablemente, la había visto recientemente. Pero, al ir nosotros a la casa, Jim se vio obligado a esconderla y decir que había sido robada. De lo contrario…, y más adelante, hubiéramos descubierto que había dos estatuas.

—¡Te equivocas! —estalló Jim Clay—. ¡Yo estaba encerrado aquí!

Jupiter movió la cabeza.

—Al dar la vuelta a la choza localicé las tablas que tú habías soltado para entrar después de actuar como el Diablo Danzante. También encontré esto.

El Primer Investigador mostró el cinturón del atuendo del Diablo. Estaba dotado de una especie de bolsillo. Al sacudirlo, cayó del mismo un trozo de tiza.

—Terminaste de hacer los últimos signos de interrogación

vistiendo todavía esta indumentaria… ¡Y no te acordaste de desembarazarte de la tiza!

Jim Clay miró a todos sucesivamente. Por último, fijó los ojos en su padre.

—¡Lo hice por ti, papá! ¡Para que pudieses continuar en posesión del Diablo Danzante! ¡Para que los chinos no te lo quitaran!

El señor Clay movió la cabeza a un lado y a otro, entristecido, y su hijo se derrumbó, presa de un desvanecimiento…

Capítulo 21

El señor Hitchcock tiene una tentación

Unos días más tarde, los Tres Investigadores se encontraban en el estudio de Alfred Hitchcock. El famoso director de cine se había acomodado tras su mesa de trabajo leyendo el informe de Bob sobre el último caso en que habían intervenido los chicos. Finalmente levantó la vista, frunciendo el ceño.

—Por tanto, Jason Wilkes fue sobornado para que ayudar al joven Clay en su empeño de conservar la estatua…

—Al principio, no, señor —explicó Jupiter—. El plan original de Jim consistía en la entrega al señor Chiang de la imitación, que sería robada posteriormente y destruida donde él pudiera verlo… Pero, al entrar nosotros en el caso, decidió utilizarnos como testigos de la destrucción de la estatua.

—Una decisión poco afortunada por su parte —comentó el director de cine, con un parpadeo.

Jupiter manifestó ahora, sonriente:

—Jim cambió de idea con respecto a nosotros varias veces. Y, por último, adoptó la decisión errónea.

—¿Qué quieres decir?

—Bien… Nada más empezar todo, cuando Jim ayudaba al pequeño ladrón en la búsqueda de la perdida estatua dentro de los límites de la manzana de Pete, intentó alejarnos asustándonos. Pero, como no pudo lograrlo, dispuso lo necesario para que nosotros le hiciéramos el trabajo. Y cada vez que, al parecer, nos encontrábamos cerca del objetivo, se esforzó por alentarnos a llegar hasta la estatua antes que nadie.

—Él, realmente, pensó tenerla ya cuando el Jefe dijo que la había vendido a Fritz Hummer —medió Pete.

—Entonces, ¿por qué llegamos a vernos encerrados en aquella embarcación? —preguntó Bob.

—Sí —dijo el señor Hitchcock—. ¿Cómo se las arregló el joven Clay para lograrlo?

Jupe continuó hablando:

—Cuando fue en busca de su furgoneta, en el sitio en que acampan los vagabundos de por aquí, ordenó al ladrón que se adelantara y dispuso lo necesario para atraparnos en la lancha que pertenece a su padre. Pero, a la llegada de Jim a la tienda de Hummer, el ladrón había descubierto ya que la estatua no se encontraba allí. Jim nos liberó para que pudiéramos ayudarle a recuperarla de nuevo. Tan pronto como Hummer nos condujo hasta Jason Wilkes, Jim tuvo la seguridad de que había llegado al final de su trabajo. Entonces decidió utilizarnos por última vez… Ignoraba que su padre y el señor Chiang regresaban a Rocky Beach aquélla noche. Se desembarazó de nosotros por algún tiempo, sobornó a Wilkes para que representara una comedia y, obrando inteligentemente, nos manipuló a su conveniencia. Hizo que Wilkes nos encerrara, se puso en contacto con Quail por si nosotros no lográbamos salir de nuestro encierro, dejó el rastro y preparó la escena del Diablo Danzante en el cañón, para que viéramos cómo quedaba destruida la estatua.

—Desde luego, estaba fundida dentro de la bolsa ya —señaló Bob.

—Se valió de un soplete para eso —indicó Pete.

—Una vez que comprendí que se trataba de una imitación —dijo Jupiter—, sospeché que Jim debía de estar detrás de todo. Había dispuesto de tiempo suficiente para montar nuestro encierro en la lancha y en la casa de Wilkes. Se había separado de nosotros con la supuesta misión de vigilar a Hummer, cuando Pete vio al Diablo en la casa de Wilkes. Nos hallábamos en contacto entonces sólo por medio de los transmisores-receptores. Y Jim había insistido mucho en que todos debíamos proveernos de tizas.

—También había manifestado que no sabía nada de arte oriental y demostró lo contrario en la casa de Wilkes —señaló Bob.

El famoso director de cine asintió.

—Hiciste muy bien, Jupiter, al analizar cuidadosamente esa serie de pequeños errores. ¿Y qué me dices de Walter Quail? Él sabía lo que estaba ocurriendo y, no obstante, no hizo nada para desbaratar el plan del joven…

—No le era posible —arguyó Jupiter—. ¿Comprende usted? Servidor leal del señor Clay, no quería que Jim se viese en apuros. Había visto a Jim con el pequeño ladrón, por eso vigilaba. Quería evitar que el joven siguiera adelante, pero deseaba protegerle también. En consecuencia, no podía franquearse con nadie. Lo que tuviera que hacer había de hacerlo solo.

—El joven Clay —resumió el señor Hitchcock— sabía que Quail no avisaría a la policía ni a nadie y sacó así buen partido de ello. ¡El muy bribón!

—Jim se ha visto siempre muy mimado —corrigió Bob—. Sabía que el señor Clay no quería perder el Diablo Danzante y deseaba complacerle. Pensó que su padre experimentaría una gran alegría. Tal vez todo sea culpa del propio señor Clay, por no haber educado a su hijo convenientemente.

—Puede ser —contestó el gran director—. Así que la mazorca de maíz fue el error delator, ¿eh? Ciertos conocimientos de tipo histórico resultan de gran importancia a veces. ¿Y ha sido detenido ya el artista-ladrón?

—Sí, señor —repuso Pete—. Y se ha declarado autor de la imitación.

—¿Cuál es ahora la suerte que aguarda a esos truhanes?

—El señor Clay no piensa formular ningún cargo contra nadie —indicó Bob—, y logró persuadir al señor Chiang para que procediera igual. Pero piensa enviar a Jim a trabajar en uno de los campos petrolíferos que posee en el extranjero. Allí será uno más y cobrará de acuerdo con lo que haga.

—Así aprenderá a abrirse paso y a trabajar honestamente si desea conseguir algo —explicó Jupiter.

—Por su parte, el jefe Reynolds está efectuando una investigación general sobre las andanzas del artista y de Jason Wilkes —añadió Bob.

—Me imagino, entonces, que no tienen un futuro muy brillante —observó el señor Hitchcock, con satisfacción—. Otra cosa, mis inteligentes amigos… Comprendo muy bien todo lo referente a la utilización de productos químicos destinados a causar humo y llamas con motivo de la actuación del Diablo Danzante. Sin embargo, ¿cómo se las arregló el joven Clay para lograr prender fuego a la bolsa a cierta distancia?

—Dispuso previamente en la bolsa una especie de explosivo que activó valiéndose de una señal de radio —manifestó Jupiter—. En el centro en que realizaba sus estudios Jim sacó siempre buenas notas en las asignaturas de química y electrónica.

—Esperemos que, de aquí en adelante, sepa dar una mejor aplicación a sus conocimientos —comentó el director de cine—. Hablemos del Diablo Danzante real… ¿Fue encontrado sin novedad? ¿Ha sido devuelto ya a China?

—Estaba en el sótano de la casa del señor Clay —Pete se inclinó, cogiendo una pequeña caja negra, como un estuche—. Pensamos todos que le gustaría echarle un vistazo antes de que el señor Chiang se lo lleve…

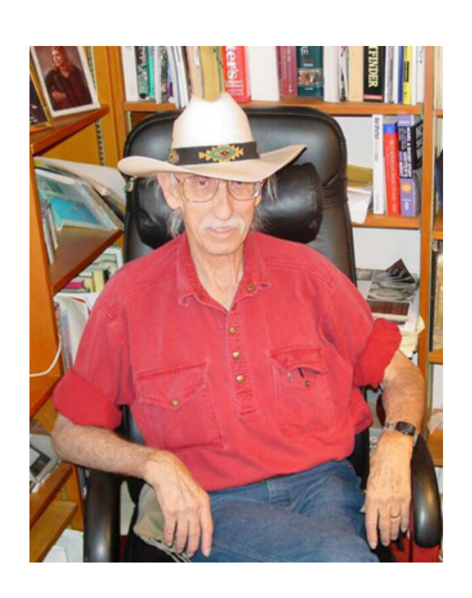
Después de abrir la caja colocó la pequeña estatua sobre la mesa del señor Hitchcock. Era de un tono verdoso brillante…

—¡Una pieza magnífica! —exclamó el famoso director—. ¡Pensar que hubo un tiempo en que perteneció al Kan de la Horda Dorada! ¡Quítala de aquí, muchacho! Sí, antes de que sienta la tentación de quedármela.

Sonrientes, los investigadores acomodaron la estatua del danzante chamán mongol en su estuche y abandonaron el estudio.

Una vez solo, el señor Hitchcock esbozó una sonrisa. Ni siquiera aquel aterrorizador Diablo Danzante había constituido un reto serio para los Tres Investigadores. Se preguntó si sus jóvenes y esforzados amigos llegarían a tropezar un día con algún enigma insoluble. ¡La próxima vez, quizá!

FIN



WILLIAM ARDEN, es uno de los seudónimos de Dennis Lynds (St. Louis, 1924 - San Francisco, 2005), escritor estadounidense. Creció en Nueva York, donde estudió en el Instituto de Brooklyn. Más tarde estudió Química en Hempstead y se licenció en Periodismo en la Universidad de Siracusa. Recibió varias condecoraciones por su papel durante la Segunda Guerra Mundial. Con la salud del creador de la serie, Robert Arthur, en declive, Dennis Lynds fue el primero de varios autores contratados para escribir para la serie de *Los Tres Investigadores*. Usando el seudónimo de William Arden, escribió trece de los títulos originales. Lynds también escribió bajo los seudónimos Nick Carter, Michael Collins, John Crowe, Carl Dekker, Maxwell Grant y Mark Sadler.

Notas

[1] Arbusto que se encuentra en abundancia en México y California. (N. del T.) <<